

Rosas de sangre

Manuel Alba González

ROSAS DE SANGRE

UNA APUESTA POR LO IMPOSIBLE



MANUEL ALBA GONZÁLEZ

Capítulo 1

Rosas de Sangre:

Una apuesta por lo imposible

Manuel Alba González

2018 MANUEL ALBA GONZÁLEZ

Todos los derechos reservados

Publicado por MANUEL ALBA GONZÁLEZ

ISBN 978-1-71670-994-4 Fotografía portada: María Cazorla
Diseño portada: Almudena Romero Lozano

Esta novela está dedicada a Araceli por su apoyo y paciencia,

así como a Daniel, Rocío, Almudena, Amanda y Ester.

No me pidas que te deje y me aparte de ti, porque donde tú vayas, iré yo, y donde tú vivas, viviré. Tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios. (Rut 1:16).

22 DE DICIEMBRE DE 2010

«Alguna vez lo conseguiré».

Pensó mientras dejaba el cigarrillo entre sus labios. Sacó el encendedor de uno de los bolsillos del pantalón y lo encendió. Apuró aquel instante como el condenado a muerte apura su último deseo. Todo el placer del mundo estaba contenido en aquella bocanada, tan intensa y fugaz como la vida misma. Su silueta se recortaba en el horizonte. Sentado sobre una roca y recogida la cabeza entre sus rodillas, pensaba en Lidia y en todo cuanto había dejado en Madrid. Divagaba errante en la más extraña simbiosis de conclusiones y dudas.

Bajo aquel aspecto rudo de torso bronceado y tez morena, se escondía un hombre sensible. Sus cabellos negros languidecían como la noche comenzando a teñir de gris las sienes, ojos moros de enigmática expresión, nariz puntiaguda y labios gruesos, los mismos que usó, finalmente, para dar el adiós definitivo a aquel cigarrillo. Ese era su propósito, su codiciado propósito. Lo atrapó con fuerza entre pulgar y corazón, y, a modo de catapulta, lo lanzó contra las olas.

Javier Acosta se encontraba frente a un mar que embravecía por momentos mientras naufragaba en su inútil empeño por vencer la batalla contra las rocas. La noche, fría como un témpano, se hacía cada vez más negra y muy cerca, a sus pies, podía ver el blanco chispeante de la espuma al saltar con el choque de cada ola.

El espectáculo, tan inquietante como hermoso, no le hizo retroceder aun dejándolo empapado. Nunca hubiera permanecido sereno frente a tal fenómeno de la naturaleza; el verdadero temor nacía de la tempestad que se cernía en su interior. De nada sirvieron los esfuerzos por sofocar el devastador incendio que tantas cavilaciones había provocado.

La humedad le había calado hasta los huesos. Tal vez no se había abrigado lo suficiente. El jersey de hilo gris que Lidia le regaló por su cuarenta y cuatro cumpleaños, una cazadora negra y una bufanda, también gris, no era la vestimenta más adecuada para la ocasión. «Si Lidia estuviese aquí —se decía—, habría acertado con la ropa apropiada».

Desafiando a la intemperie, se quitó la cazadora de sobre sus hombros y, realizando una hábil manipulación, la transformó en una acogedora almohada. Tumbado en el malecón, podía oír el rugir lejano de las olas sacudiendo la costa y el leve susurro de sus aguas acariciando la bahía.

«¡Qué tranquilidad!».

VUELVE PRONTO, PAPÁ

9 de agosto de 2010

La megafonía de la terminal anunciaba la llegada del tren procedente de Madrid. A pesar de todo, el viaje había resultado agradable. En esa ocasión, sin embargo, no regresaba por placer. Una fatalidad le conducía de nuevo a la ciudad en la que nació. En ningún momento intuyó lo que le aguardaba en Málaga: las horas de hospital junto a Alberto, su hermano, solo serían el comienzo. Con gran expectación, se dispuso a bajar del AVE.

Al salir de la estación, un fulgor inusitado lo deslumbró. Las calles estaban bañadas por una luz intensa. Se detuvo un instante. Aun con los ojos medio cerrados, atinó a ponerse las gafas de sol. La ciudad, exultante de vida, emanaba energía desde cada rincón. El terral soplaba con fuerza. Sentía que iba a echar a arder y comenzó a sudar. Enseguida, entendió que su ciudad lo estaba recibiendo con un caluroso abrazo.

Un coche trataba de incorporarse a la vía desde la parada de taxis, pero el tráfico impedía la maniobra. El conductor, impaciente, comenzó a tocar el claxon insistentemente mientras acribillaba con una retahíla de insultos a los demás conductores; su mujer, con cierta indiferencia, arrojaba

cáscaras de pipas de girasol por la ventanilla; en los asientos traseros, dos críos se propinaban golpes sin parar. Uno de ellos, el más pequeño, lanzó a la calzada la envoltura de una chokolatina.

En la acera, junto al semáforo, otro niño de apenas siete años gritaba a quien parecía ser su hermana:

—¡*Hia* puta, *hia* puta!

—¡Vete a tomar por culo, maricón! —la niña respondió desde el otro lado de la carretera subida a una vieja bicicleta al tiempo que le hacía un corte de mangas; era algo mayor que el chico y tendría unos diez años.

Una construcción de 1800 se erigía, casi incólume, frente a él. Arcos de medio punto coronaban las ventanas de la fachada norte. Sin duda, hacía poco tiempo que habían restaurado el edificio. Pudo recordar entonces el rótulo sobre la antigua entrada: «Casa de Ancianos Hermanitas de los Pobres».

Compró un periódico en el quiosco y cruzó la avenida. De camino hacia el puerto, intentó reconocer el lugar donde estuvo el barrio que, durante años, se conoció como El Bulto. Era uno de los más emblemáticos de Málaga; pobre, de pescadores, con sus pequeñas casas adosadas en las que, según había oído, una sola habitación era comedor, dormitorio, cocina y retrete a la vez. Se preguntaba cómo fueron capaces de vivir allí todas esas familias y lo difícil que le podía resultar acomodarse al estudio de Alberto. No quedaba rastro de los antiguos corralones, aquellas casas de vecinos junto a la Iglesia del Santo Ángel. Tampoco se veía corretear a los niños por las calles, las barcas atracadas en la arena ni los hombres sentados al atardecer remendando las redes después de la jornada.

Alrededor, se erigían modernos edificios circundados por grandes hoteles y lujosos restaurantes. Islotes de césped laureados con palmeras afloraban del arenal como pequeños oasis.

Entre el olor a mar y a espetos de sardinas, se podía distinguir un ligero aroma a coco. Supuso que procedería de alguna crema solar, aunque no resultaba nada discordante y hasta añadía una pizca de sabor tropical. A ratos, la marejada bañaba de blanco la costa con el romper de sus olas para regresar estas de nuevo a un océano tan sereno y centelleante que parecía un manto de purpurina azul.

Bellos cuerpos lucían un bronceado envidiable bajo el sol. Chicas imponentes paseaban semidesnudas por las aceras; otras corrían por el rebalaje hasta zambullirse en el agua; otras, tumbadas en las toallas, se dejaban acariciar por los rayos del sol y las miradas embelesadas de los chicos. Tres morenos esculturales exhibían sus torsos desnudos bajo la ducha. Mientras, los mayores, sentados en sillas plegables bajo enormes

sombrillas, pedían a los más pequeños que les llenasen cubos de agua para aliviar el bochorno. Unos chiquillos, ajenos a todo, se divertían con el oleaje.

En ese momento, estaba viendo con sus propios ojos todo cuanto Alberto le había contado; a veces, por teléfono; a veces, por correo electrónico.

—Cuando vengas a Málaga, no la vas a reconocer. No te imaginas lo mucho que ha cambiado desde que no vienes. ¡Vas a flipar!

Le contaba cuánto había crecido la ciudad, cómo habían mejorado sus carreteras, el aeropuerto, la estación de trenes, la de autobuses, sus playas...

—Ven pronto, te echo de menos —terminaba diciendo siempre.

Después de instalarse en el apartamento de Alberto, fue a casa de sus padres. A partir de entonces, el tiempo pasó lentamente, como si una carga de plomo cayera sobre sus hombros. Los encontró acostados, llorosos, sin fuerzas para levantarse. Una desoladora oscuridad se había apoderado de la vivienda.

Más tarde, las horas de hospital.

Al fin, llegó la noche. Tampoco parecía acabar. Habían transcurrido tres horas desde que se despidiera de la familia y aún andaba dando vueltas por la habitación.

La luz de luna se adentraba a través del ventanal. Era como si la noche desistiera de su empeño y comenzara a amanecer. Sin embargo, todavía mantenía la promesa de prolongarse más allá de su brillantez. Javier, ante la perpetuidad del momento, tomó un folio y comenzó a escribir.

En la mesa, junto al Martini con hielo, un cigarrillo se consumía en el cenicero y una canción de Revólver comenzó a escucharse en la radio. Las guitarras sonaban en su máxima expresión. Retomó aquel instante, se dirigió hacia la cama y se sentó sobre ella. Cerca de él, en la mesita de noche, descansaba un jarrón de vidrio conteniendo una rosa roja. Al acabar la canción, bajó el volumen del receptor, abrió el cajón de la mesita y sacó una caja de música de su interior. Se trataba de un joyero con tonos rosas y detalles lilas que regaló a su pequeña en su quinto cumpleaños. Lo había llevado consigo junto a un retrato de Juan y María, una carta en que le decían cuánto le echarían de menos y un «Por favor, vuelve pronto. Te queremos, papá». Liberó la aldabilla y abrió la tapa. Entonces, una bailarina comenzó a girar al son del *Lago de los cisnes*. La sostuvo un largo rato entre sus manos y dio cuerda repetidas veces. Mientras contemplaba la danza, parecía no estar allí, en aquella

habitación.

La terraza permanecía cerrada por temor a las frecuentes ráfagas de aire que irrumpían casi tan abrasadoras como durante el día. Bebió un trago del Martini, apuró el cigarrillo y abrió la puerta corredera con la tímida esperanza de calmar el sofoco que sentía. Entonces, un soplo de aire fresco acarició su cara, la brisa del mar había tomado el relevo. Llenó de oxígeno sus pulmones y, a pesar de las circunstancias que le habían llevado allí, logró esbozar una leve sonrisa.

Apoyado en la barandilla de la terraza, contemplaba el cielo iluminado entre tonos grises y azules. Desde aquel diminuto mirador, podía apreciar pequeños fragmentos del paseo marítimo, el humo procedente de las brasas que se extendía por encima de los tejados y el olor de la carne asada. Grupos de jóvenes iban y venían al amparo de «la movida» que la noche les brindaba. La visión le resultó agradable, pero nada pudo acunar su desvelo. Encajar aquel golpe tan brutal le estaba resultando, cuando menos, un desatino.

«¿Por qué aquella paliza tan salvaje?», se preguntaba.

Todo lo ocurrido hasta entonces martilleaba su cabeza desde que recibiera la terrible noticia. La salida de Madrid, el viaje, la llegada a Málaga... Cada imagen, cada frase, todo resonaba en su interior con insistencia, y para colmo, su mujer, tan sola y tan lejos de él.

—Esta enfermedad suya me está matando —musitó.

Cogió la rosa, la besó y devolvió a su lugar. La emisora acababa de anunciar las seis de la mañana. Una ducha y un largo paseo por la playa era cuanto le apetecía en ese momento.

Ya en la calle, respiró profundamente. El fresco de la madrugada penetraba por cada uno de sus sentidos. Se abrigó, encendió un cigarrillo y se dispuso a caminar.

Seducido por el suave romper de las olas, fue adentrándose en el crepúsculo. Era la primera vez en mucho tiempo que veía la playa completamente vacía. En la negrura, ondulaba el mar satinado por las estrellas. Se descalzó y recostó bajo una de aquellas palmeras para contemplar el cielo estrellado y, entre el agotamiento y la serenidad del lugar, cayó vencido en un profundo sueño. Cuando despertó, ya había amanecido. Los rayos del sol llegaban tenues a su rostro. En un esfuerzo por salir del adormecimiento, echó a andar. Sus pies se hundían a cada paso en la arena templada. No tenía prisa, era temprano todavía.

Transcurridos veinte minutos, volvió a reclinarse a orillas del Mediterráneo. Esta vez, la arena estaba caliente y el calor se empezaba a

dejar notar. Quedó quieto, su cuerpo comenzaba a agradecer las cálidas caricias. Clavó la mirada en el horizonte y creyó estar en la Málaga de 1975, en la Estación del perro, con sus chabolas construidas junto al mar y sus pequeñas calles sin nombre repletas de macetas. Uralitas, cajas de cartón y un sinfín de materiales desechados daban forma al paisaje urbano que Javier recreaba en su mente. Siempre lo había considerado fresco e inocente, como en los comienzos del mundo. Ya no estaban allí los vecinos de entonces, ni sus casas ni sus calles. Esa imagen pertenecía, sin duda, a otro tiempo. Sin embargo, la magia del pasado permanecía impregnada en el ambiente, la misma que lo hizo pasear, como en su niñez, por aquellas callejuelas, por entre las boyas y el mar, las chabolas y las jábegas atracadas en la ribera. Memoraba con agrado las embarcaciones que faenaban cerca de la costa y aquellos hombres con los pantalones remangados tirando de las redes repletas de boquerones.

Habría permanecido allí, inmerso en ese ensueño, de no haber sido por el bronco sonido de una moto acuática que le hizo regresar de nuevo a la Málaga de 2010 con sus grandes hoteles y sus lujosos restaurantes.

Un repique de campanas provocó que una bandada inmensa de gaviotas levantara el vuelo hasta trazar en el lienzo celeste miles de formas blancas y agrisadas. A lo lejos, un barco anunciaba su llegada con un eco cavernario, profundo, remoto.

Después de su meditabundo paseo por la playa, se dirigió al hospital. La brisa cálida y la visión del mar tranquilizaron por un momento el maremágnum en que se estaba adentrando sin apenas darse cuenta y que pretendía asimilar a golpes de corazón.

UNA CITA CON EL PASADO

Perdido entre las paredes de aquella funesta habitación, observaba horrorizado los cables que mantenían a su hermano conectado a la vida. Desde la ventana, podía divisar el constante trasiego de las ambulancias con esa infernal sinfonía que le ponía la carne de gallina.

—Puedes venir a casa una temporada cuando te recuperes, e incluso quedarte a vivir con nosotros en Madrid. A Lidia le encantará, y ni te cuento a los niños. Ya sabes lo que te quieren. Eso sí, antes nos quedaremos unos días por Málaga, hay que aprovechar el verano. Con algo de sol y playa, los dos nos recuperaremos.

Se preguntaba qué hacía hablando solo. Sin embargo, continuó. Prefería creer que le escuchaba, como tantas otras veces. Al fin y al cabo, su soliloquio no causaba mal a nadie; más bien, le hacía sentir mejor.

—Lidia ha vuelto a recaer. También está ingresada, ¿sabes? Esta vez ha sido más serio, aunque ya se encuentra bastante mejor. Los niños están

estupendos, han cambiado mucho desde que no los ves. Juan me recuerda mucho a ti.

Alguien irrumpió en la habitación.

—¿Qué tal estás, Javier?

En ese instante, los mejores momentos de su juventud regresaron del pasado.

—Hola, Diego. ¡Qué alegría verte! Yo estoy bien. ¿Y tú? ¿Cómo estás?

—Bien, contento de saludarte. ¡Cuánto tiempo!

Se abrazaron con fuerza como queriendo recuperar todo el tiempo perdido, como si aquel abrazo tuviese la energía suficiente para rescatar tantas vivencias olvidadas y fundir los momentos no compartidos.

—He venido lo antes posible. Me quedé de piedra cuando lo escuché anoche en las noticias. No podía creer que se tratase de Alberto. Dijeron que lo ingresaron con traumatismo craneoencefálico a causa de una paliza. Lo siento, de verdad, lo siento.

—Gracias, yo tampoco lo puedo creer.

—Desde luego. ¿Cuándo has llegado a Málaga?

—Ayer por la mañana.

—Seguro que no has descansado desde entonces.

—Pues no, la verdad es que no he podido descansar nada. No paro de darle vueltas a la cabeza.

—Te convendría reposar, tienes mala cara.

—Ya.

—Pues eso, descansa un poco y come, que el día va a ser largo.

—¡Y tanto!

—¿Se sabe algo ya?

—No, todavía no hay nada claro —las manos de Javier se posaron sobre los hombros de su amigo—. Bueno, cuéntame, ¿cómo están tus padres?

—Bien, están bien gracias a Dios. ¿Y los tuyos? ¿Cómo están? Hechos polvo, imagino.

—Ya ves, destrozados. Tener que pasar ahora por esto tan mayores...

—No es para menos, los pobres... ¿Y tus suegros?

—Bueno, mi suegra está bastante pachucha. Vive sola desde que su marido murió.

—¡Ah!, ¿sí? No lo sabía.

—Sí, por un infarto agudo de miocardio. Dijeron que fue a causa de una trombosis coronaria. Total, un ataque al corazón. La cosa es que el hombre no llegó al hospital, murió en el camino. Fue algo fulminante. En fin, mejor cambiar de tema.

—Sí, mejor. ¿Sabes con quién he venido?

—¿Con quién?

—Con alguien que conoces muy bien. Ahora sube, se ha entretenido con un conocido.

—¿Quién es?

No hubo acabado de hablar cuando apareció Julia: la mujer que una vez, siendo jóvenes, le hizo perder la cabeza. Mil cicatrices se le abrieron al verla.

La encontró muy cambiada. Aquella muchacha de ojos azules que tenía el cabello dorado y la piel más clara y delicada que jamás había visto, no estaba tan radiante como entonces. El paso del tiempo la había oscurecido. Empero, conservaba el mismo brillo en su sonrisa. Sus amigos siempre la habían considerado una chica alegre, más bien loca —pensaba él—. Era la que decía y no decía, la que quería, pero no quería, tan cercana como distante y tan bella como cruel. Nunca supo si le amó de verdad. Lo que sí supo es que se le escapó de las manos al tiempo que el alma se escurría entre sus dedos.

—Hola, Javier.

—Hola, Julia.

Dos besos no fueron suficientes para derribar los muros que levantaron en el pasado. Vertiginosamente, descendió por la amarga fosa del recuerdo hasta quedar encarcelado en el tiempo. Nunca imaginó que «muerto el

rey, pudiera volver para robarle el aliento».

—¿Cómo se encuentra tu hermano?

—Mal —respondió con tono grave.

—Vaya, lo siento.

—Gracias. ¿Cómo estás tú?

—Muy bien. A ti ni te pregunto, porque tienes una cara que parece la de un muerto.

—Ya. Ayer no pude pegar ojo. A ver si consigo dormir algo esta noche.

—Sí, falta te hace. ¿Tienes donde quedarte a dormir?

—En el apartamento de Alberto.

—¡Ah, estupendo! Cuenta conmigo para lo que necesites, ¿vale?

—Lo tendré en cuenta, gracias.

Los dos intentaron sofocar los celos que todavía se podían entrever por los resquicios de las ruinas dejadas quince años atrás.

Diego, satisfecho por sus logros, hizo alarde de sus aptitudes investigadoras como un neófito detective:

—He averiguado que anteanoche vieron salir a tu hermano del Rocamar poco antes de que todo ocurriera. Iba con alguien. No sé quién es, pero me han dicho que se llama Jesús.

Aquello fue para Javier una luz en medio de la oscuridad. Sin duda, su viejo amigo le acababa de proporcionar una pista de lo más valiosa. En ese momento, solo quedaba hacérselo saber a la Policía.

—¿Del Rocamar?

—Sí, es un bar de copas.

—¿Sabes dónde está?

—Claro, en la calle Mendoza. Es una bocacalle del paseo marítimo Antonio Machado.

—Me suena mucho. ¿A qué altura está?

—¿Por qué? ¿Quieres llegarte por allí?

—Sí.

—Te acompaño.

—Estupendo, así hablamos un rato y nos tomamos algo.

—¿Cuándo quieres ir?

—¿Te viene bien esta noche?

—¿Esta noche? Bueno... Esta misma noche... no puedo. He quedado para cenar y me es imposible, pero... ¿Puedes acompañarlo tú? —preguntó a Julia.

Ella no dudó en aceptar.

Sin saber de qué manera, Javier se encontró, entre calles oscuras, a solas con la mujer que tanto amó. Mientras caminaban, no terminaba de asimilar la situación. Acababa de estar en el hospital con su hermano, víctima de una brutal paliza por la que se encontraba más en el limbo que en este mundo. El día anterior, a más de quinientos kilómetros asimilando los desvaríos de su mujer, y, en esos momentos, frente a Julia... La noche se dibujaba algo extraña.

—¿Y tu mujer, cómo está? —se interesó Julia con ánimo de romper el hielo.

—Bien. No sé si sabrás que... bueno, después de un tiempo en Madrid, le diagnosticaron una enfermedad... mental.

—Sí, algo había oído.

—Pues ha vuelto a recaer y me temo que va para largo. Se encuentra completamente fuera de sí. La visito todas las semanas, pero ella está en su mundo. Ni me reconoce, y lo que me faltaba ahora es lo de Alberto.

—¡Vaya! No sabía que fuese tan grave. ¡No veas el plan que tienes!

—¡Ya te digo!

El camino se les hizo corto. No había mucho tráfico y el taxi circuló a sus anchas. El pub todavía estaba cerrado, así que decidieron hacer tiempo

por las calles que frecuentaron siendo jóvenes.

En dirección al centro de la ciudad, pudieron contemplar las nuevas edificaciones al otro lado de la calle, una imagen completamente nueva para él.

—¡Cuánto ha cambiado todo! —apuntó Javier—. Málaga es, cada vez más, una gran ciudad.

—Lo malo es que se pierden muchos valores.

—Pues no veo por qué, la verdad.

—Bueno, yo creo que sí. Esta forma de vida propicia el aislamiento. Mira ese conjunto residencial, parece un gueto.

—Sí, es posible.

—Y si, encima, le sumas el estrés con el que se vive... La gente ni se mira a la cara cuando se cruzan unos con otros. Bueno, metámonos todos, yo la primera.

—Ya. Imagino que el trato no es como antes.

—Ahora la gente es más fría, más distante —explicó Julia con clara pesadumbre—. Vamos siempre corriendo, ya no nos paramos a saludar como antes. Vivimos entre moles de hormigón más heladas que un iceberg. Cuando nos detenemos frente a alguien, no es para hablar, sino para discutir. A cada cual le duele lo suyo y le trae sin cuidado lo del otro. Es una verdadera pena, pero ¿qué te voy a decir yo a ti, que vienes de la capital? Allí será aún peor.

—Tú lo has dicho, aunque sigo pensando que el problema es más profundo. No creo que sea algo exclusivo de las grandes capitales.

—Menos mal que, después de todo, los «bidones» de la Campsa han desaparecido gracias a la construcción de estos edificios. Ya es algo.

—Eso sí que es verdad.

Tras un significativo silencio, añadió:

—No sé cómo va a acabar todo esto. ¿Quién coño me habrá echado esta maldición?

—Ya verás como las cosas mejoran —Julia le alentó reanudando el paseo

mientras se asía de su brazo.

—¡Ojalá! Dios te oiga.

El lado izquierdo de la calle permanecía casi intacto, prácticamente tal y como lo recordaba. Parecía asistir al reestreno de una antigua función con el viejo decorado de casas y las mismas escenas de entonces: la mujer que riega sus macetas mientras canturrea una copla, el matrimonio de avanzada edad que ve la televisión desde el patio, el bar de la esquina repleto de hombres que vociferan ante la incompetencia arbitral y, por supuesto, Julia cogida de su brazo.

De repente, pudo percibir, llevado por la brisa, un penetrante olor a damas de noche.

«¡Cuántos recuerdos...!», pensó Javier.

Apenas pasar junto al ferrocarril del puerto, la calle se hizo más oscura y Julia se aferró al brazo de Javier con mayor fuerza. Solo se oían sus pasos en el silencio de la noche y algún que otro coche que pasaba por allí. Al final de la acera, cruzaron hacia la playa y tomaron el camino de regreso al Rocamar. Sin duda, ya debía de estar abierto. Las farolas alumbraban generosamente todo el recorrido, aquella travesía presentaba mucha más vida que la anterior. Desde allí, podían distinguir grupos de personas en la playa alrededor de las barbacoas, el olor a pinchitos y las rojizas ascuas del carbón, que proporcionaban un encanto especial a la noche.

—Al final, terminamos juntos —advirtió ella—. ¿No crees que el destino nos ha vuelto a reunir por algo? Yo creo que las cosas no pasan porque sí —Javier escuchaba perplejo—. ¿Qué opinas?

—¿Quién sabe? —eludió con tono indiferente.

—Relájate un poco y déjate llevar; al menos, esta noche.

—Eso es imposible. ¿No crees?

—Venga, hombre, verás como mañana te encuentras mejor.

—Tal vez, pero es que no puedo. Ni puedo ni quiero.

La respuesta resultó contundente y tenía sus motivos para que así fuera. Intuía cierto interés por parte de Julia y no le apetecía volver a las andadas y a sus insistentes ataques, como las muchas insinuaciones que de ella recibió después de casarse con Lidia. Javier tenía claro que la única dueña de sus días lo sería también de sus noches y, si bien, ya hacía algunos años que manifestó a Julia su determinación, no estaba dispuesto

a pasar por el mismo trance.

Apenas hubo concluido ese pensamiento, se lamentó de su propia arrogancia por creerse nuevamente digno de los desvelos de Julia. Al instante, el miedo le asaltó; por un lado, miedo a no sentirse deseado por quien una vez le amó y, por otro, a no saber decir que no si el destino decidía tentarle de nuevo.

—No entiendo cómo aguantas, pareces de hierro —señaló su acompañante.

—Créeme, estoy cansado. Cansadísimo. La enfermedad de Lidia va a acabar conmigo. Es la tercera vez que recae y no sé qué va a pasar ahora, porque no volvió a ser la misma después de la segunda.

—Todavía la amas, ¿verdad?

—Sí, siempre.

—¡Qué suerte tiene esa mujer al tenerte a su lado! ¡Y pensar que te tuve tan cerca...!

—¿Qué? —respondió desde la inopia.

—No... Nada...

El paseo, que Javier presumía interesante en un principio, se estaba convirtiendo en una paseata interminable.

—Bueno, ahora háblame de ti —se interesó él.

—A mí me va bien. Últimamente, mejor que nunca respondió sorprendida por el repentino giro en la conversación—. Desde que me separé de Andrés, estoy más tranquila y más feliz. Vivo sola y sin compromiso. ¡Mira! Ya hemos llegado —eludió dar más explicaciones con un golpe de timón.

CUANDO EL RÍO SUENA...

Se trataba de un bar de copas de reducidas dimensiones, tan sumamente pequeño que una sola conversación resultaba suficiente para hacer partícipe de ella a toda la concurrencia. Bajo la atenta mirada de esta, se encontraron justo al cruzar el umbral de la puerta. Al fondo de la barra, indiferente a los recién llegados, un individuo de mediana edad deambulaba de un lado para otro. Encorvado, movía los brazos en aspavientos y hablaba consigo mismo en una escena nada fuera de lo común para la ya acostumbrada clientela. Lucía una gorra mugrienta por la que asomaba una greña bastante descuidada. Unas barbas de varias

semanas que corrían la misma suerte ocultaban un rostro anguloso de nariz aguileña y mirada extraviada. Sus arremangados brazos exhibían tatuajes de lo más variopinto. Por momentos, se acompañaba de tan elegantes gestos que parecía estar impartiendo una clase magistral, muy elocuente a veces y disparatada otras. Su acento no era andaluz. Los que decían haberlo conocido con anterioridad a su demencia aseguraban que procedía de algún lugar del norte, y que le dio por decir que era «ciudadano del mundo, de la gran república mundial» cuando perdió la cabeza. De ese modo, nadie sabía con certeza de dónde era. Algunos afirmaban que era catedrático y que acabó en Málaga huyendo de la sombra de una mujer a la que amó y que le abandonó después de algunos años de matrimonio.

Era frecuente encontrarlo hablando solo por las calles. Hablaba y hablaba como si mantuviese una conversación fluida con alguien. A veces, callaba como quien escucha con atención a un amigo tan quimérico y real como él mismo. A menudo, parecía compartir numerosas y profundas lucubraciones con su imaginario interlocutor dada la coherencia de sus pensamientos y lucidez con que los exponía. Tanto, que a veces daban ganas de saber qué decían aquellas palabras que solo él tenía el privilegio de oír. Igualmente encontraba la solución a la crisis mundial como arreglaba el país, o simplemente divagaba a caballo entre la literatura y la filosofía. En otras ocasiones, en cambio, trajinaba por su mundo, perdido entre escombros que hubiesen caído sobre él tras un devastador terremoto o sorteando amasijos de hierro para salir de un desafortunado accidente. Detrás de las risas juveniles, las palmadas adultas y las condescendientes palabras, solo hallaba la burla de quienes se consideran normales.

El mundo le parecía una gran orquesta en la que todos adaptan el tempo y cuidan cada nota con sublime precisión, un elenco de músicos en el que se encontraba como intérprete descompasado, instrumento disonante. Muchas veces, se le oía pronunciar coletillas que terminaron haciéndose famosas en toda la ciudad. No había nadie que no hubiese imitado alguna vez a Venancio con evidente sarcasmo: «¡Compadre, que viva el Che, pero que no viva tan lejos! ¡A mí me la van a pegar, que tengo tiros pegados por todo el cuerpo! ¡Mira! Aquí tengo uno, aquí otro... Tengo tiros hasta en el culo. ¡A mí me la van a pegar...! ¡A mí! ¡A mí la Legión! ¡Me cago en la *má*!».

No hablaba en tono agresivo; más bien, se trataba de un lamento ahogándose en el sutil mar de su timidez. Sus palabras sonaban delicadas, aunque encerraban un profundo dolor, un insondable malestar con el ser humano.

—Buenas noches —saludaron los recién llegados.

—Buenas noches. ¿Qué van a tomar? —respondió el camarero.

—A mí me pone un Jack Daniel's con hielo y un botellín de agua. ¿Qué quieres tomar, Julia?

—Un Martini blanco con hielo, por favor.

—Ahora mismo.

—¿Nos pone algo para picar? —preguntó ella.

—Sí, ¿cómo no? ¿Unos cacahuetes? —la pareja asintió con sendos gestos afirmativos de sus cabezas—. Enseguida os los pongo.

Venancio, que hasta ese momento había permanecido al fondo de la barra, dejó de hablar con su invisible compañero para presentarse a la pareja:

—Buenas noches, forasteros, se presenta el cabo primero de las Fuerzas Revolucionarias de la República Mundial sin novedad en el frente. ¡Viva el Che!

—Hola, amigo. ¿Vienes mucho por aquí? —le preguntó Javier.

—Todos los días y a todas horas, siempre que esté abierto y me dejen entrar...

Javier no entendía bien la situación. ¿Aquel personaje le tomaba el pelo? ¿Se trataba de una broma o simplemente estaba ido de la azotea? Su sorpresa no acabó ahí, pues el surrealismo llegó aún más lejos. El hombre se acercó hasta hacerle sentir su aliento saturado de alcohol abrasando su cara con un repugnante hedor. El pavor y la grima se aliaron hasta turbar a Javier atravesándolo de pies a cabeza. Aquel tipo tenía los ojos tan abiertos que parecía iban a salirse de sus órbitas.

—¿Has leído la Biblia? —le preguntó.

—Sí, un poco, aunque hace tiempo desde la última vez.

—Pues léela más, deberías hacerlo. Ahí está la verdad, en Jesucristo. ¡Viva la república!

—Lo haré.

Javier atajó la conversación sin más rodeos. ¿Para qué iba a dar explicaciones a aquel extraño sobre sus hábitos, sobre si era dado, o no, a las lecturas espirituales? Total, parecía tratarse de un colgado. ¿Por qué,

si no, iba a relacionar a Jesucristo con la república?

—¿Me invitas a un trago? —susurró el hombre al oído de Javier.

—¿Qué tomas? —respondió él.

—¡Shhh! ¡Que no te oiga Antonio! —atemorizado, prosiguió—: Como me vea pidiendo, me echa.

—¿Qué tomas? —repitió con cierto tono de complicidad.

—No, gracias, ya me iba... Bueno, si me invitas, me quedo un rato más —respondió mirando de soslayo al camarero mientras dejaba entrever una pícaro sonrisa.

—¡Te tengo dicho que no pidas nada a los clientes! —le increpó, recia, la voz desde detrás de la barra—. ¡Lárgate de aquí!

—Yo no le he pedido nada —balbuceó apabullado.

Venancio, haciendo un amago de retirarse, volteó la cabeza y, con el índice amenazante, reprochó:

—Arrieritos semos y en el caminito nos encontraremos.

El camarero aceptó el desafío.

—¡Chitón, Veni, que todavía no te dejo entrar más! ¡Lárgate ya! ¡Ah, y ese dedo te lo metes por el culo!

Javier intervino con la intención de aclarar el supuesto malentendido. Todos volvieron a la calma, pero Venancio insistió:

—Ya has oído, Antonio, me ha invitado él porque ha querido. Yo no le he pedido nada —adujo—. Muchas gracias por tu confianza y amabilidad —añadió con evidente matiz irónico y exclamó dirigiéndose a Javier—: ¡Ron, pero sin Coca-Cola! ¡Siempre sin Coca-Cola! Todos los imperios que han ido surgiendo a lo largo de la historia han terminado cayendo. Este no será menos. ¡Viva Cuba libre, compañero! ¡Fuera el imperio! ¡Ja, ja, ja! ¡Me parto! —de masetero a masetero, los contornos de una gran sonrisa se dilataron.

—Que aproveche, soldado —brindó Javier mientras le acercaba la copa.

—¡Gracias, camarada, igualmente! —la alzó y, después de dar un trago, volvió a su rincón.

—¿Conocéis a Alberto? —preguntó Javier.

—¿Qué Alberto? —respondió Venancio desde el otro extremo.

—Alberto Acosta.

—¿Alberto Acosta? ¿El muchacho al que casi mataron anteanoche ahí mismo? —preguntó indicando hacia la playa—. ¿Bromeas? ¿Lo conoces tú?

—Sí, es mi hermano —dijo con un hilo de voz.

—¿Alberto es tu hermano? —intervino el camarero—. Aquí lo apreciamos mucho, es un buen muchacho. ¿Cómo está? Imagino que bastante mal.

—En coma.

—Lo siento, espero que se recupere pronto —un señor que tomaba un aperitivo en compañía de su esposa le mostró sus condolencias y los demás presentes se unieron al sentimiento.

—¡Vaya faena la gracia que han hecho esos hijos de puta! —el camarero volvió a tomar la palabra mientras se secaba las manos con un paño que le colgaba del cinto—. ¡Y a saber qué habrá pasado con Jesús!

—¿Jesús? —inquirió Javier.

—¿Se puede visitar a Alberto? interrumpió Alejandro, el hijo de Antonio.

—No —Javier miró al muchacho con tristeza—, aún no conviene.

—Normal, todavía es pronto. ¡El pobre...! —secundó la señora del aperitivo.

—Le encontraron justo ahí enfrente, detrás de una barca. Lo extraño es que nadie viese nada —apuntó Francisco, un joven asiduo a aquel lugar.

—¿Extraño? ¿Por qué? Los domingos, a esas horas, no suelen pasear ni los amantes más apasionados. Si fuese un viernes, otro gallo cantaría —aventuró Pablo, su amigo.

—Pues Alberto estaba allí —replicó Francisco.

—Sí, pero no sabemos si por voluntad propia —Pablo insistió.

El tema fue acaparando toda la atención de la concurrencia y, si bien algunos parroquianos no hicieron ningún tipo de comentario, mantuvieron

concentrados todos sus sentidos en lo que allí se decía.

Jorge, el señor que estaba con su esposa, preguntó:

—¿Y qué se sabe de Jesús?

Las palabras de Jorge resonaron con contundencia en la cabeza de Javier, era el hilo perdido que trataba de retomar.

—A ese no se le ha visto el pelo desde entonces —respondió Antonio.

—Debe de estar aterrorizado. ¡Pobre muchacho! —justificó Gloria, la mujer de Jorge.

Ya nadie prestaba atención al bufón de los manotazos, que mantenía su eterna conversación en el fondo de la barra totalmente ajeno a cuanto ocurría más allá de su copa vacía. Javier se percató, templó los ánimos, pospuso su interés y pidió al camarero que le llenara de nuevo su vaso.

—Gracias, amigo.

—No hay de qué.

—¿Quién es Jesús? —se adelantó Julia, que había permanecido en silencio hasta ese momento.

—Es el amigo de Alberto —respondió Antonio—. Siempre van juntos.

—Sí, lo conozco —aclaró Javier—. ¿Estuvo aquí con él esa noche?

—Nos han dicho que los vieron salir de aquí el domingo por la noche —secundó Julia.

—Sí, salieron juntos hacia la playa —informó Antonio—. Según cuenta el Navajas, el Veni también andaba por allí.

—¿Te refieres al que está en la esquina hablando solo? —Javier señaló a Venancio.

—El mismo —respondió el camarero.

«En ese caso, ¿quiénes vieron a Venancio? ¿Por qué el Navajas lo sabía? Pero, sobre todo, ¿por qué no lo han declarado? Siendo así, podría haber más de un testigo». Un sinfín de flecos surgió en la conversación. Antonio acabó zanjando:

—Yo solamente sé lo que me han contado, hasta ahí puedo decir. ¡Vete tú

a saber!

—Pero Jesús está bien, ¿no? —se interesó Gloria.

—Creemos que sí. Se rumorea que logró escapar y esconderse. Todo el mundo parece saber algo, pero nadie sabe nada al final. Aquí lo que hay es mucho lleva y trae. A la gente, y yo me incluyo el primero, le encanta hablar por hablar y embrollar todo, pero ya se sabe, cuando el río suena...

Antonio no había terminado de hablar cuando Pablo intervino:

—Seguro que él sabe lo que ocurrió.

—O quizá no —objetó Francisco.

Camoteando entre argumentos, naufragaron en el mar de las hipótesis, donde no hicieron otra cosa más que nadar en la incertidumbre.

—¡Vaya usted a saber! Habrá que esperar a que Jesús hable. Él sabrá algo, digo yo. Mientras tanto, todo son conjeturas —replicó Antonio.

—De todos modos —intervino de nuevo Pablo—, tiene que dar la cara. No puede seguir escondido para siempre por muy asustado que esté, porque yo no entiendo mucho del tema, pero eso le convierte en sospechoso. ¿No? Vamos, no sé, digo yo.

—Pues, ¿sabéis qué va diciendo el Navajas? —el dueño del local tomó la palabra una vez más.

—¿Qué? —preguntaron los presentes casi al unísono.

—Que el Chaqueta debió de ver todo —el camarero dirigió la mirada hacia Venancio, que se encontraba como un sordo en una zarzuela.

Todos fijaron su atención en el «colgao» que les entretenía cada noche con sus bufonadas para ganarse unas copas de ron y, como bien sabía él, también la burla de aquellos desalmados con su hiriente e hipócrita generosidad. Venancio, empero, no se dio por aludido.

—Perdón. ¿Quién es el Navajas? —la curiosidad de Javier atrajo todas las miradas.

—Un metomentodo de mucho cuidado que lleva la vida de todo el mundo —respondió Pablo.

—Le llaman el Navajas por aquello que dicen: «corta más que una mala

lengua» —esta vez, confirmó Francisco.

Pero su mala lengua corta más que una buena navaja —precisó Pablo y agregó retomando el hilo de la conversación: ¿Qué pasó entonces, Antonio?

—Pues que no se aclaró nada. Imagínate, el Chaqueta salió por peteneras. ¿No, Chaqueta?

Interpeló al caballero de extraños modales, que extrajo una colilla de tabaco negro del bolsillo de su raída chaqueta después de apurar el último sorbo de la copa que sostenía con pulso errante. Llevó la colilla hacia sus labios agrietados y, efectuando una peripecia facial, la paseó de un extremo a otro de su boca. Con mirada insinuante, ladeó la cabeza y enarcó una ceja, esperó unos segundos, sacó una cerilla del mismo bolsillo y encendió aquel resto de cigarrillo por tercera vez. El humo se expandió difuminando su rostro hasta hacerlo desaparecer por completo. Al instante, cerró los ojos y se limpió las lágrimas.

—¿Quién sabe?

Sin dar más explicaciones, posó el cuenco de cristal vacío sobre el mostrador y se marchó tal como había llegado: hablando con su invisible compañero y haciendo aspavientos a diestras y siniestras.

—¡A mí me la van a dar! ¡A mí, que estuve diez años en la Legión! Tengo tiros por todo el cuerpo. ¡Ja! Me han pegado más tiros que años tengo. ¡Gilipollas, que sois todos unos gilipollas! Que tengo tiros hasta en el culo, a mí... ¡Serán gilipollas...! Muchas gracias, camarada, hasta la vista —concluyó clavando sus ojos en los de Javier.

La charla se había dilatado más allá de la hora de cierre. Antonio comenzó a recoger y los clientes fueron despidiéndose. El silencio se adueñó del local durante unos minutos. De repente, la música proveniente de un coche los sobresaltó.

—¡Joder, coño! —gritó Gloria al tiempo que se llevaba las manos al pecho—. ¡Casi me mata del susto! Estaba pensando, ya sabéis, cuando el río suena...

A solas de nuevo, caminaron un largo trecho en silencio. Iban ensimismados, cada cual en sus propios pensamientos.

—¿Cómo piensas hacerlo? —le espetó Julia.

—¿Hacer qué?

—Dividirte entre Málaga y Madrid.

—Esperaré a que Alberto se recupere y me lo llevaré una temporada.

—Pues tendrás que tomártelo con calma.

—Sí, eso parece. Estoy pensando que deberé organizarme. Me da la impresión de que voy a tener que hacer algunos viajes de ida y vuelta. Por lo pronto, este viernes salgo para Madrid. Volveré el domingo por la tarde.

Así fue, muchos más viajes se sucedieron a ese. La vida de Javier transcurrió como la de un inspector de la red de ferrocarriles. Cada semana, en una ciudad y, entre mejoras y recaídas, entre alegrías y tristezas, cada semana en un hospital.

BUSCANDO RESPUESTAS

La noche parecía acabar y el regreso junto a su hermano era ya ineludible.

—¿Te apetece un paseo antes de despedirnos?

La petición de Julia parecía adivinar los solapados deseos de Javier. Él, con el pánico de quien se siente descubierto, se rindió al destino.

Enfilaron la costa desde la playa del Bulto hasta llegar a Sacaba. Nada tenía que ver con lo que él conoció. La Misericordia, donde el Balneario de San Patricio estuvo una vez ubicado, le resultó distinta. Frente a ellos, la fastuosa chimenea del Plomo se erguía omnipresente más majestuosa que nunca en ese momento. Todavía se encontraba de pie, retando al tiempo, vestida de luces como reconocimiento a la Málaga industrial, rindiendo tributo a cuantos obreros perdieron allí su salud en una auténtica oblación por sus proles. Permanecía absoluta y callada como si nada ante la curiosa mirada de los transeúntes.

Cuando llegaron al espigón, les sorprendió la luna llena y su esfuminado reflejo sobre el agua, la luz titubeante de los barcos en la lejanía y el destello de los peces al saltar.

—Así que conocías a Jesús —Julia le miró con reticencia—. ¿Y eso?

—Sí. Vino con Alberto a Madrid para celebrar el cumpleaños de Juan y se quedaron en casa unos días.

—¿Y qué te pareció?

—Buen chico.

—Pues a mí ese tío me da muy mala espina.

—¿Por qué?

—No sé... Me resulta un poco extraño. ¿A ti no? Me refiero a que haya desaparecido.

—Bueno, eso no quiere decir nada.

—¿Tú eres tonto?

—¿Qué? —respondió asombrado.

—Seguro que ese ha tenido algo que ver en el asunto.

—¡No, qué va! Son buenos amigos.

—Si tan amigos son, ¿por qué aún no ha ido a verlo? —puntualizó Julia.

—Bueno, nadie lo ha visto desde entonces. Quizá tenga miedo y se haya escondido o, lo que es peor, lo mismo le han —titubeó—... Vete a saber —prosiguió tras un breve silencio—: Lo mismo aparece mañana por el hospital.

Julia detuvo el paso.

—Acabo de acordarme de que me encontré con tu hermano en el Poseidón hace dos meses poco más o menos.

—¿La discoteca?

—Sí, iba con dos amigos y tengo la corazonada de que uno de ellos era Jesús. Vamos a llegarnos, me dijeron que trabajan allí.

Decirlo y hacerlo fue una misma cosa.

Tomaron el tren de cercanías y, en menos de una hora, entraban por las puertas del Poseidón. El portero les había indicado dónde localizar a uno de los chicos por los que preguntaban.

—Daniel está en la pista, pero Jesús lleva dos días sin venir —les informó.

Fue fácil encontrarlo. No había demasiada gente esa noche y, además, debido a su altura, sobresalía por encima de los pocos que también bailaban. Tenía la camiseta empapada en sudor. Al rato, Daniel se retiró a descansar y ellos aprovecharon para presentarse. Después, les condujo a

una mesa apartada donde podrían hablar con más tranquilidad.

—¿Qué vais a tomar? —preguntó a la pareja.

Julia y Javier querían lo mismo: un Ballantine's con Seven up. Daniel se dirigió a la barra y pidió los dos whiskys y un refresco para él. Continuaron su conversación cuando regresó con las copas, pero el joven «stripper» tomó la iniciativa esta vez. Los dos escucharon atentamente.

—La última vez que supe de ellos fue el domingo por la tarde. Jesús me llamó desde el móvil y dijo que pasarían juntos todo el día. Ayer descansaba, pero hoy tenía que trabajar y no ha venido.

—Entonces, ¿no sabes nada? —interrumpió Javier.

—Nada. ¿Por qué lo dices? —respondió algo desconcertado.

—Ya veo que no —dedujo él.

Javier tragó saliva y comenzó a contarle todo cuanto sabía de lo ocurrido el domingo por la noche.

—¡Joder! —súbitamente, el joven comenzó a sollozar al tiempo que se llevaba las manos a la cabeza.

—¿Tienes idea de dónde localizarlo? —preguntó Julia.

—Sí —bajó la mirada—, mañana iré a su casa.

—¿Te importa que te acompañe? —intervino Javier.

—No, claro que no. Al contrario, te agradecería que lo hicieras.

—Pues cuenta conmigo.

—Y conmigo —secundó Julia.

Tras citarse para el día siguiente, se despidieron sin más. El reloj marcaba las cuatro y media de la madrugada. El día había dado mucho de sí y, sin duda, la noche se estaba dilatando más de lo que cabía imaginar. Así pues, decidieron que lo mejor era ir a descansar.

No articularon más palabras hasta el instante de la despedida en el portal de Julia tras un tímido y fugaz beso en la mejilla.

—Buenas noches, Javier.

—Buenas noches. ¿Cuento contigo mañana?

—Por supuesto, nos vemos en el hospital a las nueve y media.

En ese momento, Javier recordó el atardecer del 5 de junio de 1982. Salieron juntos aquel día, hacía una temperatura agradable. Después de tomar unos helados, se dirigieron al parque cogidos de la mano. Allí pasearon entre palmeras y coníferas, entre el canto de las aves y el traqueteo de los coches de caballo, que circulaban en hilera a lo largo de la alameda. Un mismo deseo los sedujo: estar a solas y escondidos del mundo.

—¿Vamos a los montes de Málaga? —propuso él no muy decidido.

—Sí —respondió ella sin ninguna sombra de duda.

Sin más preámbulos, lo hicieron. Comenzaba a anochecer. Julia se recostó sobre un tronco que había justo al borde del camino. Las luces que llegaban desde la lejanía perfilaban su figura. Él la contemplaba incansable. Hablaban sin parar de las estrellas, de sus sueños... hasta que sus labios enmudecieron ante el lenguaje de sus cuerpos.

Ocho meses después, Javier volvería a aquel lugar. La ciudad estaba triste; el mundo, callado, y él, en la inmensidad de la noche oscura, se sentía morir.

—¿Qué piensas? —preguntó ella devolviéndolo al presente.

—No, nada... Recordaba viejos tiempos.

—¿Sí? ¿Y qué recordabas?

—La última noche que subimos a los montes.

—¡No me digas! Yo la recuerdo a menudo —Julia se acercó a él y lo rodeó con sus brazos— Venga, sube. Pasa la noche conmigo.

—No —Javier la despegó de su cuerpo.

—Pasa página de una vez —protestó ella.

—¿La has pasado tú? —él la miró con ironía.

—Déjate de tonterías. Sabes a lo que me refiero, ya no somos niños.

—Me dejas alucinado. Entre las copas y la hora que es, creo que estás...

—Es verdad —interrumpió—, no me hagas caso.

—Será mejor que me vaya, ya es tarde.

En el fondo, Javier deseaba subir, pasar la noche con ella y dormir abrazados bajo la misma sábana después de hacer el amor. A fin de cuentas, nadie podría reprocharle nada si lo hacía, nadie excepto él.

Sin más demora, retomó sus pasos hacia la última parada: el desolado apartamento de Alberto. Anduvo lo que restaba de camino envuelto en un mar de incertidumbres. Lo vivido minutos antes le había resultado tan violento como halagador. Una a una fue desgranando las razones por las que, afortunadamente, rechazó la mejor de las ofertas que le habían hecho en años.

—Podemos ser amigos con derecho a roce —Julia le había dicho al oído esa misma noche mientras aplastaba su cuerpo contra el de él.

—No es que no me guste la idea, pero deberías entender que no puede ser. De sobra sabes que estoy casado.

—Sí —dudó un instante—. Infelizmente casado, sé honesto. ¿Cuánto tiempo hace que tu matrimonio dejó de funcionar?

—Está enferma.

—Ya, más cosas...

—¡Ah! ¿Sí? ¡¿Qué sabrás tú?!

—Las noticias vuelan.

—¿Y han llegado volando hasta Málaga?

—Pues sí. Mantengo una buena relación con Andrés, seguimos en contacto, aunque se fue a Madrid hace años. Vamos, que me lo contó todo. Supo cómo ganársela.

—Vale, déjalo ahí. Eso ya pasó a la historia y está olvidado. Fue un error ya perdonado.

—¿Perdonado y olvidado?

—Así no me estás ayudando. Será mejor que no volvamos a vernos.

—Eres un cobarde, ¿lo sabías?

—Tal vez.

—Pues échale valor y vive tu vida, también tienes derecho.

—¿Te lo repito?

—No te estoy pidiendo en matrimonio.

Como si de una pesadilla se tratase, regresaron a su memoria los años en que fueron novios. A ráfagas, percutían en su cabeza. Aún le hacía daño recordar la noche de San Valentín de 1983, cuando ella le confesó que ya no sentía nada por él después de tres años juntos.

Al llegar a la habitación, se sentó en el borde de la cama, se descalzó y puso a cargar el móvil. Cogió la rosa y se quedó mirándola detenidamente. En ella podía contemplar todo cuanto le unía a Lidia. Después de un rato, la introdujo de nuevo en el recipiente, apagó la luz y se durmió.

Julia, en cambio, no lograba conciliar el sueño. Era la tercera vez que se levantaba para ir a la cocina a buscar no sabía qué. Ya estaba amaneciendo. Miró por la ventana y pudo contemplar una luz sonrosada despuntando sobre las nubes blanquecinas.

Dos horas más tarde, se reunieron en el hospital. Julia y Javier fueron puntuales, Daniel se retrasó. Cuando llegó, los encontró en la cafetería, sentados tranquilamente. Saludó y, tras disculparse, los tres se dirigieron a casa de Jesús. Daniel los llevó en su coche. Durante el trayecto, les advirtió acerca del lugar al que iban:

—No os asustéis, aquello no es lo que parece.

Transcurridos treinta minutos, llegaron al barrio. Julia tuvo la impresión de encontrarse en el patio de una cárcel, con las paredes pintarrajeadas y las esquinas impregnadas de orín.

Daniel detuvo el automóvil frente a un edificio viejo y descuidado. De inmediato, subieron las ventanillas. Un hedor a cloacas penetraba en su interior.

—Ya hemos llegado.

—¡Vaya! —exclamó Javier—. Esto está dejado de la mano de Dios.

—Pues sí —Daniel miró hacia la papelera que estaba tirada en el suelo.

—Esto es puro vandalismo —Julia se llevó las manos a la cabeza.

El ascensor se encontraba averiado y tuvieron que subir por las escaleras.

—La A —indicó Daniel, casi sin resuello, al llegar a la novena planta.

Llamaron varias veces, pero nadie respondió. La vecina de al lado debió de oírlos, porque se asomó. Se trataba de una anciana de avanzada edad.

—Jesús no está —la mujer observó, indiscreta, a los que acompañaban a Daniel—. ¿Son de la Policía?

—No, María, son amigos —respondió él—. Venimos a ver a Jesús.

—Pues me temo que no lo vais a encontrar.

—¿Sabe usted dónde ha ido? Hace días que no le veo.

—No. No he vuelto a verle desde que salió el domingo por la mañana. La Policía vino ayer por aquí. Para mí que está en la cárcel —explicó con un pausado movimiento de cabeza.

El viejo edificio, que aún se mantenía en pie, parecía estar a punto de caérseles encima.

—Ya se lo decía yo. Quien mal anda, mal acaba. ¡Ya está, sois abogados!

—No, señora, solo somos amigos —aclaró Javier.

—Bueno, bueno, allá ustedes —replicó la anciana—. Y tú, Dani, ándate con cuidado o acabarás igual. Eso es lo que traen las malas junteras. ¡Anda que no es verdad, Dios los cría y ellos se juntan!

—¡Ozú! ¡Qué calor hace aquí, colega! —gritó un adolescente desde dentro de la casa.

—¡Calla ya, coño! ¡Más calor hace en el infierno! —le reprendió su abuela—. ¡Ay, María! ¿Quién te ha visto y quién te ve? ¡María, con lo que tú has sido! ¡Madre mía! —se lamentaba entre suspiros.

—¡Abuela! ¿Me das diez euros? —volvió a interrumpir el muchacho.

—Sí, claro. ¿Tú te crees que yo soy un banco? ¡Tira para dentro!

Al salir del edificio, Javier recordó las palabras del inspector de Policía: «Tenemos varios sospechosos, pero no hay nada claro ahora mismo. No

te preocupes. Cuando sepamos algo, te lo comunico»

De nada serviría «hacer de detective». No tenía conocimientos ni licencia para ello. Confiar en el trabajo de los profesionales que llevaban a cabo la investigación sería lo mejor.

Los días fueron pasando entre incógnitas y pesquisas mientras las noches lo hacían lentas e insomnes.

DE SORPRESA EN SORPRESA

La tarde transcurría todo lo apacible que cabía esperar. Tras las infructuosas visitas a la comisaría, nada nuevo. De todos modos, lo realmente preocupante era el estado de Alberto. Sin embargo, Javier mantenía la esperanza de su pronta recuperación. «Dios aprieta, pero no ahoga», se decía una y otra vez con la ilusión de ver acabadas todas sus pesadillas y volver a la vida normal. Por otro lado, la llamada que recibió desde Madrid supuso un alivio, los niños se encontraban bien. Le contaron el día tan maravilloso que habían pasado; primero, en el parque y, después, en el cumpleaños de una compañera del colegio de María. Aun así, le echaban de menos. Lidia seguía igual.

Comenzaba a oscurecer. Comió algo rápido en la cocina y se sentó para ver la televisión. Nada más hacerlo, sintió sueño. El agotamiento comenzaba a hacer mella. Se acomodó en el sofá y, mientras oía las noticias, se durmió. De repente, un estruendo resonó en lo más recóndito de su conciencia. El teléfono sonaba sin parar. Con un sobresalto, regresó de la holganza.

—Buenas noches, Javi. Perdona que te llame a estas horas, pero...

—¿Dani? ¿Qué pasa? —entre el asombro y la curiosidad, se incorporó.

—No te preocupes, no pasa nada. ¿Te he despertado?

—Tranquilo, está bien. Dime.

—Verás, se trata de algo que quería hablar contigo. Supuse que debías saberlo, pero, la verdad, no he tenido valor para decírtelo antes. Pero estabas dormido, ¿no?

—Sí, sí, bueno... No importa... No te preocupes, solo estaba echando una cabezada. ¿Qué hora es?

—Son las once y media.

—No es tarde. Dime, ¿qué ocurre?

—Nada, no ocurre nada. Es que quiero contarte algo, pero vamos, puedo esperar a mañana. Pensaba que estarías despierto.

—¡Venga! ¿Dónde nos vemos?

—En serio, no hay prisa. Te noto algo cansado, y tampoco es muy temprano que digamos.

—¡Que no! Me visto ahora mismo y salgo para donde me digas. Hablamos y nos tomamos un whisky.

—O dos, que con una rueda no anda un carro.

—¿Dónde estás?

—En el Poseidón. Acabo de terminar mi turno. Si quieres, nos vemos aquí.

—Salgo enseguida.

El tiempo que transcurrió desde que Daniel pidió una copa hasta que se la sirvieron fue el que Javier tardó en vestirse y llegar a la discoteca.

—Javi, no sé cuáles serán las conclusiones de la Policía hasta ahora, pero la gente no deja de hablar sobre lo que pudo ocurrir. Ante todo, me gustaría que supieras que Jesús y Alberto son muy amigos... Mantienen una amistad muy estrecha desde hace algún tiempo. Realmente están muy unidos... han vivido juntos los dos últimos años.

—Muy bien, ¿y qué me quieres decir con eso? ¿Que Jesús no ha tenido nada que ver con lo de Alberto?

—No, no se trata de eso.

—¿Entonces?

—Es necesario que sepas el tipo de relación que mantienen para entender lo que te voy a contar.

—¡Vaya! Ya sé que son buenos amigos, cuéntame algo que no sepa.

—Lo que no sabes es hasta qué punto lo son.

—Vale. ¿Adónde quieres llegar? ¡Cuéntame!

—Verás... Trata de entenderlo, imagino que esto será nuevo para ti.

—Bueno, cuenta ya.

—Allá voy —dio un sorbo del vaso y suspiró—. Como acabo de explicarte, llevan dos años viviendo en el apartamento de Alberto, pero no solo eso. Además, duermen juntos.

—¿Qué dices? —el semblante de Javier cambió por completo.

—Escúchame, tu hermano y Jesús son amantes.

Las palabras de Daniel cayeron sobre él cual jarro de agua fría. Se quedó inmóvil, como si un potente narcótico atravesara todo su torrente sanguíneo agarrotando por entero cada músculo y cada nervio. A pesar de considerarse a sí mismo un hombre tolerante y comprensivo, le costó aceptar lo que estaba escuchando.

Tomaron varias copas. El tiempo pasaba lentamente, sin palabras, entre sombras y destellos, entre colores fugaces que se buscaban, se fundían y desaparecían en un estallido de endiablados ritmos. Jóvenes sudorosos se dejaban recorrer por la energía que emanaba de los altavoces y los focos. Aquellos vatios penetraban en sus cuerpos y, electrificados, sacudían sus miembros al compás, sincronizando cada latido, cada frecuencia; en fase, la música, la luz y el corazón. Sin embargo, más allá de la mesa, la pista de baile y el estrépito, Javier deambuló perdido en el laberinto de sus prejuicios sin más certeza que su propia ceguera. Dos cosas le mantenían en contacto con la realidad: una copa de Johnnie Walker en una mano y un cigarrillo en la otra.

Aún apesadumbrado, decidió recuperar el ánimo. No lograba entender el motivo de tantos miedos, que, junto a la soledad y al cansancio, estaban haciendo de él, sin duda, el hombre que nunca imaginó ser. Debía luchar, ser fuerte, mantener la alegría y recuperar la paz. Mientras tanto, paciente, Daniel esperaba.

—¿Qué tal? ¿Te encuentras mejor?

—Sí. Perdona, estaba dándole vueltas a lo que me acabas de contar. Me ha desconcertado, pero ya lo voy encajando.

—¿Quieres que continúe?

—Por favor.

—Se rumorea que a tu hermano le dieron una paliza por su orientación

sexual.

—No sigas, por favor. Es suficiente —Javier rompió a llorar.

Le costaba digerir aquella noticia tan absurda. ¡Su hermano atacado por unos homófobos desalmados!

—¿Qué daño puede hacer Alberto por ser como es? Siempre atento a las necesidades de los demás, siempre dispuesto a ayudar a quien lo necesite... —musitó para sí.

Días más tarde, llamaron a Javier desde la comisaría. La investigación comenzaba a dar sus frutos, y ya casi habían hecho una reconstrucción de todo lo sucedido. Solamente quedaba identificar a los agresores. La existencia de grupos de individuos que obraban de ese modo era sobradamente conocida, y no sería difícil localizarlos. Varios testigos coincidieron en sus versiones.

Eran tres tíos. Iban gritando por toda la playa: ¡Maricones! ¡¿Dónde están los maricones?! Debían de ir hasta el culo de caballo. Cuando se encontraron con Alberto y Jesús, comenzaron a acosarles. Uno de ellos gritó: «¡Vaya! ¿Qué tenemos aquí? ¡Pero si son dos maricones! ¡Cogedlos, que no escapen!», y les persiguieron hasta alcanzarlos.

Los tres tipos iban con la cara tapada y daban miedo, pero uno de ellos acojonaba más; estaba cuadrado. El grandullón levantó a Alberto por el cuello y, cuando lo tuvo a su altura, le dio un cabezazo en la nariz y le dejó caer al suelo. Echaba sangre por un tubo.

«Levántate, guapa, que nos vamos a divertir un rato», dijo uno de ellos mientras se remangaba la camisa.

Otro sacó un palo que llevaba escondido y chilló: «¡¿Por dónde te lo meto, maricón?!». «¿Cuál prefieres, ese o este?», añadió otro mientras reía y se cogía los genitales zarandeándolos arriba y abajo.

UN DÍA COMO TANTOS

Lejos de lo que Javier pudiese imaginar, Alberto y Jesús quedaron aquella mañana de domingo para ir juntos al gimnasio. Hacía un día espléndido. Amaneció fresco, pero los rayos del sol, que llegaban con fuerza hasta los tejidos más profundos, comenzaron a sentirse como reconfortantes caricias a medida que la mañana avanzaba.

Tras dos horas de intensa musculación, decidieron relajarse un poco en la sala de «spa». Resolvieron que un baño turco y una buena ducha no les

irían mal. Total, cuarenta y cinco minutos más y como nuevos.

Ya relajados, se dirigieron a los montes de Málaga. Subieron hasta la venta a la que los padres de Alberto solían llevarlo cuando era niño. La ciudad se divisaba desde allí como en un sueño.

—¡Qué bonita es Málaga! —exclamó Jesús.

—Más bonita se ve de noche. ¿Has venido alguna vez de noche?

—No, estoy esperando a que alguien me traiga.

—Cuando quieras.

—¿El sábado que viene?

—El sábado que viene.

—¿Me lo prometes?

—Prometido.

Ambos pidieron un plato de los montes y a ambos les sobró la mitad del lomo y algunas patatas fritas. La botella de vino tinto no corrió la misma suerte: bebieron hasta la última gota.

—Después de esto, ¿quién va al teatro? —se lamentó Jesús.

—Todavía tenemos tiempo. Podemos subir hasta la Fuente de la Reina y descansar allí un poco. Después, decidimos lo que hacemos. ¿Qué te parece?

—Me parece genial. Buena idea, pero ahora conduces tú.

—Ok. ¡Verás qué sitios!

—¡Ahí las llevas! —Jesús sacó las llaves del coche y las puso sobre la mesa—. ¡Camarero!

Pagaron la cuenta y, después de ir al servicio primero uno y luego el otro, siguieron monte arriba.

—¿Sabes por qué la Fuente de la Reina se llama así?

—No. ¿Tú sí?

—Dicen que se le puso ese nombre porque por aquí estuvo Isabel la Católica en su viaje desde Córdoba hacia Málaga para alentar con su

presencia a las tropas cristianas cuando el rey Fernando trataba de cercar a los árabes.

—¿Sí? ¡Vaya, qué interesante!

—Sí, pero no es más que una leyenda. Realmente, no se cree probable que sucediera así. De hecho, a la ciudadela mozárabe se la denominaba Riana, y se dice que de ahí le viene el nombre... ¿Qué pasa?

—Nada, estoy alucinando con todo lo que sabes.

—Es bonito conocer la historia —dejó ver una amplia sonrisa—. ¿No te parece?

—Desde luego, y más si la cuenta tú. Pones un énfasis que enamora.

—¡Uf! —un suspiro le salió de lo más hondo.

No muy lejos de la carretera, pudieron ver cómo dos jóvenes pintaban con espráis de colores en los muros de una casa medio derruida.

—¿Sabes? —dijo el copiloto—. Tenía un amigo que se dedicaba a hacer grafitis. Era un artista. No sé qué habrá sido de él. Solía escribir a menudo: «Con Abderramán III se vivía mejor». El cabrón era un cachondo mental. Decía que Abderramán III había hecho de Córdoba la perla de Occidente. Por cierto, sí que está alta la reina esa, ¿no?

—Sube conmigo y te haré reina de las cumbres —los dos rieron hasta dolerles las mandíbulas.

Poco después, la conversación se desarrolló por derroteros claramente peliagudos cuando Jesús retomó un tema pendiente.

—Oye, ¿me vas a decir quién es ese amigo tuyo o es que no lo vas a contar nunca?

—¿A qué amigo te refieres? Yo solo tengo ojos para ti —respondió con cierta ironía.

—Eso ya lo sé, igual que yo los tengo solo para ti.

Uno tras otro, los pinos alineados a ambos lados de la carretera se sucedieron dejando un intenso aroma a medida que los dejaban atrás. Transcurrieron unos minutos de contagiadas risas, de cómplices miradas y de silenciosas pausas. Las curvas de la carretera eran cada vez más pronunciadas. Jesús insistió:

—¡Venga, no te hagas el tonto! Sabes que me refiero a ese amigo tuyo que encontró la droga.

—¡Ah, ya!

—¿Qué sabes de él?

—Pues no lo he vuelto a ver desde entonces, pero vamos, lo que me dijo sobre venderla era de coña. No creo que se metiese en ese follón.

—A ese tío le falta un tornillo. No quiero que vuelvas a verle, te va a arrastrar a su mierda.

—Está claro que se ha metido en un buen marrón, pero no te preocupes por mí. Nada tengo que ver.

—Lo mejor es que deje la droga donde la encontró y no aparezca más por allí, que se olvide de todo ese asunto si no quiere acabar mal.

—Ya se lo dije, pero todavía no sabe qué hacer.

—¿Me vas a decir de una vez quién es? ¿Por qué no me lo quieres contar?

—Por favor, confía en mí. No quiero meterte en problemas. Intentaré convencerlo y ya está.

—Si quieres, le convencemos entre los dos. Sé que lo haces por su bien, pero quiero estar a tu lado si eso pudiese suponer algún peligro para ti, y no me digas que no.

—Ya veremos —Alberto sesgó la mirada.

—¿Te contó quiénes eran?

—No. No podía verlos desde donde estaba, únicamente oírlos. Pero no reconoció a nadie.

—Y se acercó para ver lo que era cuando se fueron, ¿no?

—Así es.

—Está loco. Si lo pillan, le matan. Ese tipo de gente no se anda con chiquitas. ¡Menudo lío en el que se ha metido! Tenemos que convencerlo.

A partir de entonces, el camino se les hizo corto. Llegaron a la fuente e hicieron una parada para beber agua antes de continuar la subida. Dos mujeres llenaban garrafas mientras sus maridos acarreaban otras hasta los coches. Sus hijos correteaban tras un balón en una pequeña explanada

cercana a la carretera.

Bebieron y regresaron al coche. Jesús se rezagó. Sacó el móvil e hizo una señal a Alberto para que continuase mientras hacía una llamada. Al cabo de un rato, que al otro le pareció una eternidad, regresó.

—Perdona que haya tardado un poco, tenía que llamar a mi madre. Ya sabes que se enrolla más que una persiana. ¿Nos vamos?

—Sí. Sube y cierra los ojos.

—¿Dónde me llevas?

—¡Al paraíso!

El camino se iba estrechando a medida que la vegetación se espesaba hasta que llegaron lo más arriba que pudieron. A partir de ahí, continuaron a pie. Desde la cima, podían contemplar la vaguada, salpicada de bancos repletos de personas que comían y bebían alrededor de las mesas colmadas de alimentos. Algunos, ya satisfechos, hablaban reposadamente y tomaban café. El más alto de ellos ofreció tabaco, pero nadie quiso y encendió un cigarrillo. Justo al lado, sendas parejas de avanzada edad jugaban al parchís y discutían acaloradamente a causa de una jugada mientras dos jóvenes echaban una partida de ajedrez. Los niños jugaban al escondite entre los árboles. Podían oír los gritos jubilosos, las charlas lejanas y alguna que otra carcajada desmesurada.

Iban admirando el paisaje mientras bajaban por la polvorienta vereda. Los olivos parecían estar sedientos al borde del camino. De repente, un sendero que se adentraba en la maleza se abrió ante ellos. No pudieron resistir la tentación y se alejaron del bullicio hacia la naturaleza más salvaje.

A solas, confesaron sus anhelos. Lo habían callado hasta entonces. Sin más preámbulos, se rindieron al deseo. Entre caricias prohibidas, desnudaron sus almas al amparo de los madroños.

Mariposas de muy diversos colores revoloteaban cerca de ellos. Los insectos, arbustos y hasta el mismísimo sol les observaban desde lo alto. Ninguna nota de hostilidad hacia ellos, ningún reproche. Todo parecía desarrollarse en la más absoluta normalidad. Se sentían parte del universo uniendo sus cuerpos con el beneplácito de quien mueve, en perfecta armonía, los hilos del cosmos.

Las risotadas de unos críos que se acercaban les alertaron. Iban cazando toda clase de bichos que encontraran a su paso, y se oían cada vez más cerca. Desenlazaron sus cuerpos, se pusieron las camisas y consiguieron

saludar sin rubor a aquellos «salvajes desprovistos de toda sensibilidad».

No llegaron a más. Se quedaron con las ganas de acabar lo que habían empezado. Aun así, el día transcurrió como si de un sueño se tratase. Ya hacía algún tiempo que no les ocurría algo parecido.

Por la noche, decidieron ir a la playa. No se concedieron tregua, sabían lo que querían. Tumbados sobre la arena, entre besos y suspiros, se acariciaron hasta alcanzar el clímax.

—Te voy a contar un secreto —dijo Alberto con voz nerviosa.

—Dime.

—Venancio fue quien encontró la droga.

—¡No me digas! —Jesús tendió una mano—. Ven, quiero enseñarte algo.

A GOLPES DE TIMÓN

Comenzaba a anochecer. La tarde de aquel jueves había transcurrido húmeda y plomiza hasta el punto de convertir cada movimiento en un torpe gesto por sobrevivir. Javier no recordaba, en absoluto, haber vivido un agosto tan abrasador.

Hojeaba un periódico sentado en la terraza de un bar. Tenía un gazpacho andaluz sobre la mesa y, junto al cuenco, un cenicero lleno de colillas. Acababa de encender otro cigarrillo cuando le pareció ver a Venancio. Lo había reconocido por su peculiar forma de andar, siempre distraído, absorto en algún pensamiento.

Se dirigía hacia El Atenea, un club de ajedrez que solía frecuentar desde hacía algún tiempo. Siempre jugaba con el mismo tablero y las mismas piezas. Entre tantas manías, besaba a su dama cuando era capturada y la volvía a besar cuando lograba coronar algún peón.

En aquel mismo lugar, Javier le oyó contar infinidad de historias. Todas las tardes acudía a su particular monólogo mientras se tomaba un café cortado y una copa de sol y sombra. Aquellas palabras, siempre llenas de una erudita locura, le hacían pensar. Venancio nunca supo quién era la persona que le pagaba una copa cada tarde, pero se lo agradecía profundamente.

De camino al club, iba dialogando con su inseparable e incondicional «amigo sombra»:

—Por cierto, ¿sabes quién es Atenea? —le preguntó empleando cierto tono

ontológico.

—(...)

Ladeó la cabeza, escuchó atentamente aquellas palabras insonoras y confirmó:

—Sí, cierto. Es la diosa de la estrategia, la inteligencia y la sabiduría.

—(...)

Prestó atención de nuevo a su áfono interlocutor.

—Cierto —concluyó—, pero de la guerra pacífica.

—(...)

Tras una significativa interrupción, puntualizó:

—También es la mentora de grandes héroes.

Su mirada, sus gestos, todo su cuerpo parecían regodearse en un mar de conocimientos en el que se mecía placenteramente.

Enmudeció por un instante y, tras verse reflejado en un escaparate, soltó una tremenda carcajada. De seguido, dio por concluida la conversación y continuó su camino calle abajo. Al pasar por donde se encontraba Javier, se detuvo para saludarlo.

—¡Hola! —Venancio le estrechó la mano con efusividad.

—Hola. ¿Cómo te va? —respondió Javier.

—Bien, soportando como se puede este maldito calor. Dicen que refresca por las noches, pero yo no lo veo. Pasa igual con el terral de los cojones. Son tres días, dicen. ¡Ja, y una leche! Yo creo que son veinte. No hay quien lo aguante, y mira que vine huyendo del frío y la lluvia, pero esto es demasiado —sus ojos evidenciaban el tono irónico de sus palabras.

Javier esbozó una sonrisa cómplice consciente de que, a menudo, le había oído hablar del buen clima de Málaga.

—Siéntate conmigo —le invitó—. Ya veo que tu amigo sombra no te acompaña hoy. Ese no sale con el calor que hace. Siéntate y tómate algo —insistió.

—Pues sí, te tomo la palabra —Venancio obedeció—. Ahora se puede estar aquí fuera. Era imposible hace un rato. ¡Vaya, mira esa señora! Queramos

o no, llega un momento en la vida en que debemos admitir que ya no somos niños; otro, en que tenemos que aceptar que ya somos mayores, y otro, en que debemos reconocer que ya somos irremediablemente viejos.

La señora que había provocado tal razonamiento en Venancio debía de tener cerca de sesenta años a juzgar por su aspecto. Sin embargo, el escote y la minifalda que tan felizmente lucía —aunque algo inadecuada para su edad según Venancio— ponían de manifiesto la hermosa figura que seguramente lució en su juventud y que aún conservaba.

—¿Quieres un gazpacho, Veni?

—Vale, forastero —aceptó con gran satisfacción—. Iba a echar unas partidas de ajedrez, pero me quedo ya que invitas.

Cuando el ajedrecista hubo acabado tan exquisito menú, paseó la lengua de un extremo a otro de sus labios, cogió una servilleta del dispensador y se los secó.

—Lo que pega ahora es un cafelito —indicó mientras se frotaba las manos.

Javier aún saboreaba los últimos sorbos. Cogió la uva que quedaba en el cuenco y se la llevó a la boca ante la atenta mirada de su amigo.

—Y un cigarrito —añadió Javier.

Se fumaron el cigarrillo sin mediar palabra y, aunque a Venancio le devoraban las ganas de romper el silencio, no dijo nada. Se mordió los labios. Había notado a Javier más animado que en días anteriores, incluso radiante.

«No es el mejor momento para contárselo —pensó—. Quizá en otra ocasión».

Se dedicó a contemplar el hielo que se derretía lentamente en su vaso.

—¡Está de muerte, ¿eh?! —ponderó Javier señalando los recipientes ya vacíos.

—¡Ya lo creo! —se estremeció—. ¿Está refrescando o es cosa mía? No me lo puedo creer. ¡A mí la Legión! ¡Cojones!

—Sí, parece que el viento ha cambiado.

—Los vientos cambian. A veces, para bien; otras, para mal. Un marinero debe saber de dónde vienen y hacia dónde van. Así siempre sabrá dónde le llevan. Sobre todo, tiene que aprender a soportar el temporal. Es

importante aguantar y esperar a que los vientos se apacigüen —indicó mientras vislumbraba una oportunidad para contarle lo que quería.

—Bueno, yo no entiendo de vientos —encogió los hombros—. Pero lo que sí sé es que esta brisa es más fresca que la de hace un rato.

—Desde luego, muy agradable.

—Ya ves, es de agradecer.

—Agradécelo a Dios. ¿Estás leyendo la Biblia?

—No. La verdad es que hace tiempo que no lo hago.

—Pues deberías. Ahí está la verdad... y *la verdad os hará libres. La humildad es la verdad.*

—¡La verdad! —enfaticó con cierto retintín—. No sé qué decirte, ya no creo en nada. Cada vez me resulta más difícil, todo me parece un cuento chino.

Pronunció aquellas palabras con cierto derrotismo, como cuando alguien se entrega al enemigo ya casi sin aliento y vencido ante la aplastante evidencia de saberse perdedor.

—Yo sí creo, pero en Jesús de Nazaret; no en su Iglesia desde que comprendí que ni es santa ni madre —confesó Venancio—. Por cierto, no veo últimamente a tu amiga, esa que siempre te acompaña. ¿Cómo se llama?

—Julia. Precisamente esta semana se fue a vivir con unos amigos al campo en plan comuna. Me dijo que quería encontrarse consigo misma. No he vuelto a saber nada de ella desde entonces, aunque imagino que estará muy bien. Buscando la verdad, supongo —su apostilla rezumaba ironía por los cuatro costados.

—¡Ah, vale! Pues me alegro por ella —atajó sin más.

Venancio no encontraba el movimiento oportuno. Con una meticulosidad extrema, fue analizando cada momento de la conversación en busca del hueco perfecto por el que avanzar en su propósito. Finalmente, se decidió a dar el paso.

—Tengo algo muy importante que decirte.

Aquella impetuosa salida dejó a Javier en ascuas. En ese momento, el

camarero se acercó.

—¿Cómo va todo? ¿Falta algo?

Los dos pidieron una cerveza bien fría.

—Bueno. ¿Qué es eso tan importante? —Javier se mordió los labios.

—Mira, he estado acojonado todo este tiempo. Lo reconozco. Nunca he sido un hombre valiente, pero ya es hora de echarle narices —cogió el cenicero y, sin levantar la mirada, comenzó a hacer círculos con él sobre la mesa—. Yo he tenido mucho que ver con lo que le pasó a tu hermano.

—¿Qué me dices?! —exclamó desconcertado.

—Lo que oyes. Espero que lo comprendas y me perdones.

El camarero sirvió las bebidas.

—Yo estaba allí cuando todo ocurrió —Venancio miró a Javier con tristeza.

—¿Cómo que estabas allí?! —gritó mientras le arrebatava el cristal de las manos.

—Como te lo digo, pero no vi nada. Solo pude oír lo que decían.

La confusión de Javier iba aumentando por momentos. Desconcertado, cruzó los brazos y los apoyó sobre la mesa:

—Te escucho.

—Mira a esos que están ahí sentados —masculló entre dientes.

—¿Cómo dices?

—Allí —levantó las cejas e inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Qué pasa?

—La verdad no es tan evidente como debiera ser. Por eso, a veces nos vemos obligados a mentir con tal de no desfigurarla.

El repentino giro de la conversación descolocó por completo a Javier.

—A menudo —prosiguió—, la mentira disfraza de hermosura lo que está putrefacto.

Sin duda, el Chaqueta comenzaba a divagar.

—Bueno, ¿me lo cuentas ya o piensas seguir desvariando?

—¡Ah, sí! Perdona —con mano temblorosa, se frotó la nariz—. Espera un momento. Voy al servicio, que me estoy meando desde que era chico. No puedo aguantar mas, no tardo nada.

—Vale —Javier tragó saliva.

—Si no te importa, pide otras dos —dijo señalando los botellines ya casi vacíos—. Enseguida vuelvo.

Javier se armó de paciencia. En ningún momento llegó a percatarse del terror que rezumaban tanto sus palabras como sus ojos.

Después de un largo rato en el servicio, regresó.

—¡Mmmm...! ¡Ya has pedido! —observó Venancio mientras tomaba asiento.

—Sí, se han calentado —ironizó.

—Perdona, había una cola horrible.

—Bueno, dime.

Venancio se acercó y le habló al oído.

—No puedo contártelo ahora, la cosa está que arde.

—Pero... ¿qué pasa? No me puedes dejar así —Javier miró a su alrededor—. Si quieres, vamos a otro sitio.

—No, hoy ya no puede ser. Nos están siguiendo los pasos.

—¿Quiénes?

—Déjalo ya, por favor. Hazme caso.

Venancio escribió en una servilleta de papel y se la pasó bajo la mesa:

«Pub El Trovador

C/ Danza invisible S/N

Torremolinos

Sábado a las diez de la noche».

Después, se despidió:

—Hasta la vista, forastero. Gracias por la invitación —se fue de allí entre aspavientos, como habitualmente hacía.

Aquella noche, Javier regresaba con presagios poco halagüeños, nada insólito para él. Ese estado emocional se estaba convirtiendo en algo rutinario. A duras penas, llegó al portal y subió las escaleras como si de una larga escalada se tratase. Solo deseaba entrar al apartamento y tumbarse hasta el amanecer. Ni siquiera se desvistió, cayó a plomo sobre el colchón. Allí permaneció durante horas, pensando. Con cierta languidez, paseó su mirada por la habitación, oteó las paredes y escudriñó cada uno de sus desconchones. Se detuvo a observar una telaraña hábilmente tejida alrededor de la lámpara, las botellas polvorientas tras la cocina americana... y la rosa, casi marchita, sobre la mesita de noche. Junto al jarrón, estaban esparcidos, unos sobre otros, los folios escritos durante los primeros días en Málaga. Entonces, cogió uno de ellos y lo leyó:

«Esta mañana he despertado temprano. La brisa es agradable y me apetece pasear antes de ir al hospital.

La luz penetra por entre los visillos iluminando las paredes ocre de la habitación. Observo las diminutas partículas suspendidas en el aire y la coreografía que improvisan las cortinas en su inagotable danza con el viento...

Se esfumaron los temores. El amanecer disipó los fantasmas que me atormentaron durante la noche. Ayer, como tantas veces, me dio por recordar».

Como todos los días, esa mañana fue al hospital con la esperanza de encontrar a su hermano con los ojos abiertos, de sentir la habitual viveza de su mirada y de escuchar por su boca que lo peor ya había pasado; sin embargo, no ocurrió así. Alberto acababa de entrar en una fase crítica esfumándose toda posibilidad de mejora. De repente, el vacío se hizo en sus entrañas. Quedó atrapado entre la impotencia y la frustración.

Después de innumerables horas deambulando por los pasillos, pudo acceder a la habitación donde estaba Alberto. A partir de entonces, todo fue rápido. Tenía que coger el tren para Madrid, y debía darse prisa. Muy a su pesar, se despidió de su hermano y salió del centro hospitalario. Fuera, todo era alborozo, un puro espectáculo folclórico: la feria podía

respirarse en todos los rincones.

Allí, a pocos metros de las puertas del Carlos Haya, la vida transcurría alegremente al margen de tanto sufrimiento humano. Subió a un taxi.

—¿Dónde vamos? —preguntó el taxista.

—A Vialia.

Durante el camino, una conversación que había presenciado el día anterior en el Rocamar le pasó por la cabeza:

—¿Qué, Chaqueta? ¿Vas a ir este año a la feria? —le preguntó Antonio, el camarero, con evidente guasa.

—Lo único que me gusta de la feria es el Cartojal, un buen plato de queso curado y otro de jamón de pata negra. ¿Si voy a ir a la feria? ¿Tengo cara de idiota? Bueno, ya sé que la tengo, pero no lo soy; al menos, no del todo.

—¿Has ido alguna vez a la feria de Málaga? —se interesó Javier.

—¿Yo? No, señor. Ni a la de Málaga ni a ninguna. Los poderosos inventaron las fiestas para adormecer las conciencias y mantener al pueblo entretenido. Si les dan una pizca de pan y algo de entretenimiento, nunca pedirán lo que de verdad es suyo.

—¡Buenooo, cómo está Lenin hoy! —advirtió el camarero.

—¡Viva el Che! ¡A mí la Legión! Me cago en la mar salá, estos no entienden nada.

—Javi, ¿sabías que el Chaqueta fue militante del Partido Comunista?

—No, no lo sabía.

—¿Qué sabrás tú de mi vida? —Venancio miró al camarero.

—¡Venga ya, Veni, que te conozco metido en un saco!

—Sí. ¡No será por las arrobas de sal que te has comido conmigo! Estos no entienden nada —dijo a su amigo invisible, que debió de darle la razón a juzgar por el complaciente gesto de Venancio—. Menos mal que tú y yo sabemos de qué va todo esto. ¡Y dicen que tengo la cabeza perdida! Bueno, a lo mejor es verdad. ¿No?

—¡Vaya con María José! ¡Cómo te dejó la chota! —volvió a provocar

Antonio.

—Ya te vale. Déjala en paz —suplicó Venancio.

—Y mejor echarse a llorar cuando habla de la Semana Santa —añadió con la intención de arrimar más leña al fuego.

—No, perdona. Yo no estoy en contra de la Semana Santa, como tú crees. Lo que no veo claro es lo de los tronos, y menos con los militares, que no pintan nada ahí. Eso sí, lo respeto. Cada cual es libre de gustarle lo que le plazca siempre que respete a los demás.

Antonio le miraba con cara de satisfacción, había conseguido sacarlo de sus casillas. Javier permanecía atento a sus palabras.

—Lo que digo —prosiguió— es que me resulta de muy mal gusto exhibir por las calles a una persona sufriendo de esa manera y, para colmo, en medio de tanta parafernalia superflua e hipócrita.

Ya nadie, excepto Javier, prestaba atención a Venancio.

—Comprendo el sentimiento popular, pero no lo comparto. Ya sé que es la expresión artística y religiosa de todo un pueblo, pero a mí, personalmente, me resulta vacía de contenido. ¿De qué sirve llorar por un trozo de palo con barbas con tanta sangre pintada si después no se mira a las personas de carne y hueso que sufren a nuestro lado? Me parece un acto estéril y farisaico.

—Calla ya. No digas más barbaridades, Chaqueta —le reprendió Antonio—. ¡Hay que ver lo que hace una mujer!

—No, por favor, María José no pinta nada aquí. ¡A mí la Legión!

—¡Anda, ya empezamos! —se quejó el camarero.

—¿Sabes lo que te digo? —replicó Venancio—. La vida pasa, y lo que antes era ilusión ya no es más que escombros. De repente, un día te despiertas y ya nada es igual. Todo es mentira, como dice la canción, todo es quimera. Todo es mentira, todo es quimera —repitió dando la entonación de la copla a la que hacía referencia—. Puedes construir un mundo —prosiguió— durante toda una vida y, en un segundo, de golpe y porrazo, se desvanece ante tu mirada impotente. No somos nada. Todo es doble uve. Sí, uve tras uve: vanidad de vanidades.

—Son seis con noventa —dijo el taxista.

—Tenga, quédese con la vuelta.

—Gracias, que tenga buen viaje.

—Gracias.

LOS ACOSTA

Andrés Acosta era un hombre de pocas palabras, tan escaso en el habla como en su formación profesional y académica, pero siempre había sido un hombre justo y honrado. Nunca tuvo la oportunidad de ascender en la escala social, así que se tenía en no mucha estima. De pequeño, al morir sus padres, fue apadrinado por su abuelo, un viejo derrotado cuyo único afán era visitar todas las tabernas de la ciudad antes de irse a dormir. Tampoco tuvo ocasión para elegir. Le precedía la fama de poseer un gran corazón y un magnífico hígado, aunque, al final, la cirrosis y la hipertensión acabaron con él.

A menudo, Andrés dejaba correr su imaginación para gozar de aquellos privilegios que nunca tuvo. Sabía que jamás podría ser como los niños que vivían al otro lado del río, con sus zapatos nuevos y sus bicicletas relucientes. Cuando su abuelo murió, se encontró perdido en medio de los intereses humanos. Tímido y apocado, halló en las chabolas un lugar donde esconderse del mundo. Solo restaba sobrevivir.

Un día, mientras paseaba, iba meditando en su porvenir. No podía seguir viviendo de la caridad de sus vecinos, pero ¿qué podía ofrecer? Tenía la certeza de que la noche llegaría de nuevo con su retorcida crueldad para desmoronar sus ilusiones, constatar la dura realidad y devolverlo a su fracaso. Como siempre, volvería aterrado a su cochambre, a su covacha, a su estómago vacío.

Sin embargo, aquel lunes no sucedió así. Un encuentro inesperado cambiaría radicalmente su vida. La trama estaba perfectamente dispuesta en el telar.

—Andrés, me alegro de verte. ¿Qué hay de tu vida?

—¡Hombre, Luis, cuánto tiempo! Ya ves, no me va muy... mal. ¿Y a ti? Cuéntame.

—Muy bien, no me puedo quejar. Tengo mi trabajo, mi mujer...

—¡No me digas! ¿Te has casado?

—Sí, ya hace dos años. Tengo un hijo: Antonio. Todo me va bien gracias a

Dios.

—Me alegro.

—Gracias. ¿Estás trabajando?

—¡Qué va! No hay manera.

—Ven conmigo. Tengo confianza con mi jefe y creo que anda buscando un muchacho para trabajar.

—¡No me digas!

—¡Venga, vamos!

Luis lo condujo por lugares totalmente desconocidos para él. Un sinfín de calles repletas de locales con grandes rótulos de muy diversos colores se abría a su paso. Por todas partes se veían hombres trabajando; unos cargaban, otros ordenaban o conducían enormes camiones... El entusiasmo le invadió.

—¿Dónde estamos?

—En San Álvaro.

—Aquí solo hay almacenes.

—Sí, es un polígono.

—¿Un «polímono»? ¿Eso qué es?

—Un lugar donde están todas las empresas grandes.

—¿Aquí trabajas tú?

—Sí, y espero que tú también.

—Dios te escuche. No sabes cuánto te lo agradezco.

—Sabes que te aprecio, lo hago con mucho gusto. ¡Mira! Desde aquí se ve ya. Es en aquel portón azul con letras amarillas. Allí he pasado ocho horas diarias durante tres años, y espero que sean muchos más.

—¡Qué grande!

—Sí, es una de las naves más grandes que hay por aquí.

—¿Naves?

Una joven cruzaba la carretera a toda prisa en ese momento. Acababa de salir y se dirigía hacia ellos.

—Hola, Ana. ¿Qué haces? ¿Ya te vas?

—Sí, vine a traerle un recado a mi padre y me voy volando.

—¿Está en su oficina?

—Sí, pero creo que va a salir. Ya nos veremos, hasta luego.

—Adiós, nos vemos.

—¿Una compañera? —preguntó Andrés.

—Es Ana, la hija de Pedro Rodríguez, mi jefe —explicó su amigo—. Una chica encantadora, ya te la presentaré.

—Es guapa.

—Sí, desde luego —asintió Luis—. Sube conmigo, te presentaré a don Pedro.

—Bueno, déjalo. Creo que será mejor en otra ocasión. Su hija ha dicho que va a salir y, según parece, aquí todo el mundo tiene prisa.

—No seas tonto, vamos.

Al cabo de media hora, Andrés regresaba a su chabola con la alegría de haber conseguido su primer trabajo. Sin apenas darse cuenta, se encontró con un mundo lleno de posibilidades. Todo parecía resolverse y la vida le sonreía. Él, que en ningún momento creyó que su suerte pudiera cambiar, empezaba a verse a sí mismo como la pieza de un engranaje.

Ana visitaba a su padre cada día y permanecía en la oficina hasta la hora de cerrar. Llegado el momento, se despedía de él con una diáfana sonrisa.

—Nos vemos en casa, papá. Voy a tomar algo antes.

Durante los primeros meses, el Bar San Álvaro fue el punto de encuentro de Ana y Andrés. Desde entonces, cita tras cita fueron sucediéndose hasta culminar un domingo a las cinco en el altar de Nuestra Señora de la Victoria.

Poco tardaron en buscar al bebé. Apenas unos meses más tarde, Ana comenzó a tener los primeros síntomas de embarazo. Llegaron a un acuerdo.

—Ana.

—Dime.

—Si es niña, tú eliges el nombre. Si es niño, lo elijo yo.

—Vale, pero será niña y se llamará Sara.

—Eso está por ver —respondió entre risas—. Será niño y se llamará Javier.

El hijo de Andrés tuvo una infancia feliz, llena de detalles e incluso de privilegios, los que jamás disfrutó él en sus primeros años de existencia.

Un día, después de desayunar, Ana metió el donut, como de costumbre, en la cartera del muchacho. Él acababa de asearse y, con los ojos aún pegados, se dispuso a bajar las escaleras.

—¡Venga, Javi, date prisa!

—¿Dónde está papá?

—Fuera, te espera en el coche. Corre, que ya es tarde. Toma, que se te olvida. ¡Hay que ver la cabeza que tienes!

—Adiós, mamá. Un beso.

—Un beso. Te quiero, que lo pases bien en el colegio.

Javier ya iba pensando en la hora del recreo. Abrir su cartera y percibir el olor del donut aplastado en excelente combinación con el de los lápices y los libros suponía para él una sensación muy placentera y peculiar.

Andrés se había despedido de su mujer como cada mañana. Sin embargo, ella notó algo poco habitual, la tristeza de sus ojos lo delataba. Una evidente desazón envolvía cada gesto de su marido. Hacía unos días, le había confesado su situación anímica a causa del trabajo. Su intención no fue la de preocuparla, pero aquellas palabras la sacudieron de pies a cabeza provocándole una acídula intranquilidad.

—¿Te encuentras bien, Andrés?

—Sí, claro.

—Te veo raro.

—Es que aún no me he despertado. Sabes que hasta las doce o más no reacciono —mostró una leve sonrisa que intranquilizó más a su mujer.

—Estoy preocupada. Te noto bastante desanimado últimamente y lo que me dijiste el domingo por la noche me dejó muy pillada.

—¿Qué te dije?

—Lo del trabajo, aquello de que la cosa no iba bien por allí.

—¡Anda, mujer! Tú lo has dicho, era domingo por la noche. Es normal decir esas cosas después del fin de semana.

—Comentaste que se veía venir desde hacía tiempo.

—Vale. Es verdad, pero no le des más importancia de la que tiene —dudó un instante—. Ya va mucho mejor. Anda, dame un beso y llama a Javi, que se nos hace tarde. Lo espero en el coche.

—Vale, hasta luego.

—Hasta luego, y no te olvides de esperarme con esa sonrisa.

—Te quiero.

—Y yo a ti, cariño.

Ella lo comprendía e intentaba animarle, y él se dejaba animar. Al fin y al cabo, podían llorar con un ojo, terminaban aceptando.

Bajó las escaleras decidido a afrontar la jornada laboral con alegría y optimismo. «Todo está bien», se dijo. No pensó lo mismo al caer la tarde.

En efecto, todas sus sospechas quedaron confirmadas y, ciertamente, hacía tiempo que se veía venir. La empresa se iba a pique y, aunque nadie les había puesto sobre aviso, ya era *vox populi* entre los compañeros.

—Vamos a ir todos a la calle —le dijo Luis.

—¡No, hombre! ¿Por qué dices eso? —intentó tranquilizarle.

—Por quiebra. Lo sabes igual que yo, pero lo que no sabes es que no llegamos a final de año. Búscate otra cosa lo antes posible, Andrés,

porque esto lo cierran ya.

Su mundo comenzaba a desvanecerse por momentos. La sorpresa dio paso a la amargura y, desde ahí, cayó en picado en la desesperación.

—Se sabía desde mucho antes de que tu suegro muriese. No se puede llevar una empresa como ellos lo han hecho, y ya no corren tan buenos tiempos como antes, cuando se echaba un hueso de aceituna en la acera y te crecía un olivo. No señor, ya no es igual. La han cagado bien. Te lo digo, búscate algo. Todos lo estamos haciendo.

Adiós a sus sueños de comprar una casa con un pequeño terreno para cultivar y plantar árboles frutales. Adiós al jardín que quería para su mujer y a la piscina, al porche, la chimenea...

Muchos años sucedieron a ese día gris antes de ver cumplidos algunos de los mencionados sueños. Fueron años de lucha y fatiga, casi de hambre. Javier, con su corto juicio, no lograba entender por qué ya no había tarta en sus últimos cumpleaños, ni invitaciones a sus amigos, ni caramelos, ni regalos... Todo aquello pertenecía a un tiempo ya desdibujado. Apresado entre noches de llantos, añoraba sus primeros años, aquellos que pasaron como estrellas fugaces. Tal vez los besos, los abrazos y las sinceras felicitaciones habrían sido suficientes, o tal vez no. Quizá le faltaron razones para poder comprender por qué todos sus deseos le habían sido negados. Así, ahogado en el silencio, contenía su rabia en cada cumpleaños. Hasta pasados los trece, únicamente encontró motivos para rendirse a la nostalgia. Cada diez de febrero, al llegar la noche, contemplaba las estrellas y lloraba sin consuelo a solas en su habitación.

—Javi. A partir de mañana tendrás que ir con tu padre para hacer algunos trabajos de albañilería que le han salido. No hay otra solución. Deberás faltar algunos días al colegio mientras le sale algo más seguro. Ya sabes que anda mal de la espalda. Yo también he encontrado donde trabajar tres días a la semana hasta que pueda. A tu hermano le falta poco para nacer. ¡Anda que a la hora que se presenta...! ¡Bienvenido sea!

Su pubertad terminó entre ladrillos y callos, libros y suspensos.

UNA NUEVA VECINA

Miércoles, 28 de septiembre de 1977

La lluvia se deslizaba al otro lado del cristal y, en el silencio de la noche, se oía el suave chapoteo de las gotas al caer sobre los charcos y el canto agudo del viento, que hacía bailar caprichosamente las hojas caídas en el suelo.

«¡Qué paz!». A Javier le gustaba imaginar que el invierno era la expresión de la alegría de Dios. «¡Hay movimiento, música, olor...!».

—Mira, mamá, son los nuevos vecinos.

Desde la ventana, podía apreciar cómo, entre bromas y carcajadas, se disputaban los paraguas. Solo tenían cuatro y eran diez de familia contando a la abuela.

—Sí, ya los he conocido. Parecen buena gente.

Ana Rodríguez, la madre de Javier Acosta, le contó que había bajado esa misma semana al piso de los nuevos vecinos para darles la bienvenida.

—Es una familia encantadora —le explicó—, se nota que no son de por aquí.

El joven, llevado por la curiosidad, quiso saber de dónde procedía aquella gente a la que su madre consideraba tan especial.

—De un pueblo, pero no me acuerdo cuál me dijeron. No sé, algo así como Cártama o Campanillas... pero vamos, no recuerdo.

A Javier le habían llegado comentarios sobre Lidia, la mayor de los hermanos recién llegados a la ciudad.

«Con razón», confirmó prendado de la belleza que ostentaba la joven rural.

La vio tan perfecta que le pareció la personificación del sueño de todo hombre. Tenía los cabellos cobrizos y ondulados, ojos verdes de mirada penetrante, labios sensuales y nariz pequeña. La naturaleza la había agraciado con una figura fina y elegante.

Según Diego Aguilar, su mejor amigo y vecino, la nueva estaba para echarle un polvo.

—¿Has visto lo buena que está? —le había preguntado—. Creo que se llama Lidia, un nombre muy bonito para ser de pueblo. Desde luego, le pega un montón. Mi padre dice que estos catetos vienen a la ciudad para hacerse los dueños de todo.

El padre de Diego, Antonio Aguilar, era un personaje singular; rubio, alto y corpulento, y de aspecto rudo. Cuando hablaba, lo hacía de manera atropellada. No articulaba las palabras, sino que, más bien, se trataba de un torbellino sin pies ni cabeza. Diego entendía perfectamente todo cuanto su padre decía, al igual que su madre y sus hermanos, pero ese extraño lenguaje suponía un enigma indescifrable para el resto de los

mortales.

—Mi padre padece taquilalia —le había explicado Diego.

A Javier le pareció muy apropiado aquel término, tan ininteligible como sus propias palabras, y supuso que debía de tratarse de algún problema de corazón. Sin embargo, solamente en dos ocasiones logró entender las palabras de Antonio con toda claridad.

La primera de ellas fue el día en que sus vecinos le invitaron a ver por televisión un partido de fútbol entre el Real Madrid y el Barcelona, pues los padres de Javier no tenían en su casa. El equipo merengue acabaría perdiendo frente al Barcelona por 0 a 5; era el 17 de febrero, liga 1973/74.

—¡María, pon más aceitunas, que esta gente parecen termitas! Han arrasado con todo. ¡Me cago en Dios!

El padre de Diego no creía en Dios, o eso afirmaba, pero siempre se acordaba de él cuando le venía en gana. Parecía estar enfadado con el mundo entero. Nada le parecía bien, y veía defectos en todo cuanto los demás hacían. Protestaba siempre y nada le gustaba, ni lo blanco ni lo negro, ni arriba ni abajo, ni dentro ni fuera. Sistemáticamente, se posicionaba en el lugar que le enfrentara contra el resto del mundo resentido con todo y con todos, como si una profunda herida le hubiese sido abierta por consenso de ese resto al que había declarado la guerra.

—¡*Pa* Franco!

Gritó mientras dejaba escapar un enorme pedo. Levantó la pierna derecha y tras conseguir el hueco perfecto, lo dejó ir. Sonó con tal estruendo que parecía salir de la más violenta de las tormentas, y era natural que fuese así, pues poseía un culo enorme. La ventosidad resonó en todo el piso haciendo temblar el suelo; al menos, eso le pareció a su joven invitado.

Javier no pudo evitar una leve sonrisa cuando imaginó, por un momento, que aquel hombre tan enorme iba a salir propulsado por el tremendo chorro de gases pestilentes que acababa de lanzar.

Sin embargo, el recital que su hospitalario vecino estaba brindando a la asistencia no terminó ahí. Después de unos minutos, volvió a hacerlo.

—¡Este *pa* doña Carmen!

Javier no sabía dónde mirar, así que decidió no quitar los ojos del partido. Cruyff acababa de encajar el segundo gol para el Barcelona. El juego de Asensi, Rexach y el holandés, junto con el del resto del equipo azulgrana, auguraba una goleada. Antonio tomó su vaso de vino blanco y, después

de apurarlo, se llevó una aceituna a la boca. Escupió el hueso intentando acertar en el plato ya vacío, pero erró yendo a parar al suelo. Dio un golpe en la mesa y volvió al ataque.

—¡Y este *pa* Carrero Blanco! —una endiablada carcajada se apoderó de él—. ¡Hijo de puta! ¡Qué bueno es el Cruyff este de los cojones!

El tronido fue aún mayor, y, aunque ninguno de los allí presentes le rio la gracia, no pareció importarle. Observaba a uno y a otro, pero ninguno se atrevía a mirarle a él. Aquella carcajada infundía más terror que simpatía. Llenó el vaso de nuevo y bebió su contenido de un trago. De repente, se levantó y, con total indignación, se dirigió vociferando a su dormitorio. El partido había finalizado.

—¡Ya me han echado! Me voy a la cama. María, apaga la tele.

Su simpatía hacia el Real Madrid podía advertirse, y el enfado deberse a los cinco goles que el Barça le acababa de marcar.

La segunda ocasión en que pudo entenderle tuvo lugar mientras presenciaban el encuentro que enfrentó al CD Málaga contra el Real Madrid. La escena resultó de lo más parecida.

La tarde del domingo 22 de mayo de 1977, el equipo blanco perdía ante el Málaga por 2 a 1 en La Rosaleda. El gol de Santillana nada pudo frente a los de Orozco y Juan Carlos. Esta vez, el pestilente obsequio fue para Fraga, *Felipito* y *el Suárez*, como él los llamó.

—Su majestad el Madrid ha regalado el partido al Málaga —terminó sentenciando al final del encuentro—. Málaga, la bombonera...

A Javier le resultó algo extraño. Siempre había escuchado que los seguidores del Real Madrid eran «unos fascistas», pero dedujo que el hombre que bebía vino blanco y acababa de atufar la casa tenía una total inclinación hacia la izquierda, pues Santiago Carrillo se había librado de recibir uno de aquellos tronidos tan desagradables. Fuera como fuese, no terminaba de encontrar la conexión entre deporte y política. «Cosas de mayores», se decía a sí mismo.

Un mes después, el 15 de junio, se celebraron las primeras elecciones generales de la incipiente democracia.

—*¡Pelúo!* —gritó Antonio desde la cama dirigiéndose a Javier—. ¿Sabes cuál es el mal de los males?

—No. No sé —respondió el chaval algo cohibido—. ¿Cuál es?

—¿No lo sabes? El mal de los males es bregar con subnormales. Eso es lo peor que hay, y a mí me ha tocado bregar con ellos. ¡María, coño, quita ya la tele y tráeme agua!

EL ENCONTRONAZO DEL RELLANO

Como todos los días, aquella mañana de septiembre de 1977 bajaba las escaleras con la rapidez de una tortuga enferma y la ilusión de ver acabada cuanto antes la jornada escolar. Habían pasado casi dos semanas desde que comenzó el curso y ya se le hacía largo. Aquellas interminables horas de matemáticas, lengua... don Antonio preguntando la lección sin ningún atisbo de piedad. ¿Y qué decir de don Francisco? Todos los años, nada más comenzar el curso, amenazaba con satisfacción que, al final de este, podría contar con los dedos de una mano los que iban a aprobar su asignatura. Sin duda alguna, octavo de EGB se le estaba haciendo demasiado largo; sobre todo, considerando que, además, debía ayudar a su padre en la tarea de conseguir el sustento para casa. Vendían chumbos un día; otro, caracoles; otro, tiraban del copo con la intención de que les diesen algunos pescados y así poder venderlos a hurtadillas en la puerta del mercado de Huelin. Igual hacían con las frutas y verduras que conseguían del mismo modo en el mercado central.

No fue mayor la luz que cegó a Saulo de Tarso que la que el mayor de los Acosta percibió al tropezar con Lidia tras saltar desde el peldaño que expiraba en el rellano de la primera planta. Todas sus quejas se esfumaron para dar paso a un estado de idiotez suprema.

—Hola. Tú eres Lidia, ¿verdad? —balbuceó en un intento por disimular la taquicardia que le sobrevino en el fortuito encuentro.

—Sí. ¿Cómo lo sabes? —respondió sin intención de disimular la sorpresa que le causó sentirse identificada por aquel extraño.

—Somos vecinos. Yo vivo justo ahí arriba, en la misma letra que tú —aclaró intentando no farfullar.

Javier, sin poder dejar de mirarla a los ojos, señaló con un dedo hacia la segunda planta. Supuso que ese gesto daría más sentido a lo que trataba de decir, ya que sus palabras le parecieron poco inteligibles debido a la repentina disfemia por la que estaba atravesando. Ella lo siguió con la mirada.

—¡Ah, qué bien! Así que somos vecinos.

Sin embargo, Lidia no encontró relación alguna entre que conociese su nombre y ser vecinos; principalmente, sin haber sido presentados aún. De cualquier forma, supuso un tropiezo de lo más reconfortante para ella. Al fin y al cabo, se trataba de un nuevo vecino joven, guapo y

presumiblemente simpático, aunque un poco nervioso.

—Entonces, vives en el segundo A. ¿No?

—Así es.

—Bueno. Tú ya sabes mi nombre, pero yo no el tuyo.

—¡Ah, sí! Javi. Me llamo Javi.

—Encantada de conocerte.

La joven se acercó y le dio dos besos. Javier se quedó paralizado, aunque alcanzó a devolvérselos.

—Igualmente.

Un balón de fútbol botaba escaleras abajo.

—*¡Tato, tato!*

—¡Javi, trae la pelota de tu hermano!

—¡Un momento! —respondió a la mujer—. Ahora vuelvo, no te vayas
—suplicó a la muchacha.

—¡Javi!

—¡Voy, mamá!

Subió el balón. De seguido, bajó con el pequeño en brazos.

—Este es mi hermano. ¿A que es guapo?

—Hola, guapo. ¿Cómo te llamas?

El niño no respondió a la extraña. Callado, mantenía sus ojos clavados en ella.

—Dile cómo te llamas —Javier sacó el chupete de la boca de su hermano.

—Alberto.

—¡Huy! ¡Qué nombre más bonito! ¿Cuántos años tienes?

—Esto —Alberto mostró tres deditos.

—¡Uf! ¡Ya eres muy mayor!

—Sí.

Los dos salieron juntos hacia el colegio. Con ella a su lado, el camino que recorría cada día se le hizo más corto. Cuando llegaron a la plaza desde la que se podía ver la iglesia de San Pedro con su alto campanario, el antiguo edificio de Correos y el colegio al otro lado de la calle, pudieron oír la campana que, por encima de la tapia y más allá de sus lindes, anunciaba el comienzo de la jornada escolar irrumpiendo como cada mañana en el apacible desperezo de la ciudad. Javier comprobó entonces que entraba a la misma hora de siempre.

Si bien todo el trecho fue amenizado por Lidia —que contaba con la atención incondicional de su joven vecino— él consideró llegado el momento de romper su silencio. Con sumo cuidado, cortó una flor del jardín situado en la entrada al colegio, la olió y se la entregó a su vecina.

—Toma —la mano de Javier tembló.

—Una rosa roja de terciopelo —un escalofrío recorrió el cuerpo de la muchacha—. Me encanta, son mis preferidas. ¡Gracias!

—No hay de qué. Me alegro de que te guste, también son mis preferidas.

En el mismo pupitre, codo con codo, Javier percibía con más intensidad el agradable olor de Lidia, un olor que lo sedujo por completo hasta hacerle sentir la ingravidez.

El murmullo iba creciendo por momentos. Alguna que otra voz sobresalía por encima de las demás mientras el maestro permanecía leyendo el periódico. Cuando lo hubo terminado, se levantó de golpe arrastrando la silla.

—¡Ya está bien!

El silencio se hizo sepulcral.

«Don Antonio tiene muy malas pulgas», bajo el pupitre, le pasó la nota escrita en un papel arrugado, que su vecina empleó asimismo para responderle.

«¡Qué suerte que hayamos caído compañeros! Eres la primera persona con la que hablo desde que nos mudamos a la ciudad».

Javier dio una última utilidad a aquel trozo de papel camuflando en él, con mucha cautela y fingiendo un ataque de tos, el chicle que llevaba

mascando hacía horas.

—¿Puedo ir a la papelería para tirar este papel, don Antonio?

—Por supuesto, señor Acosta, y, ya que está de pie, acérquese a la pizarra y resuelva el primer ejercicio de los que mandé anteayer para casa.

Las palabras de don Antonio llegaron a los oídos del muchacho con toda su carga de ironía.

—¡Jo, siempre me toca a mí! —masculló con la boca torcida y la cabeza ladeada hacia Lidia, a quien hizo sonreír.

Don Antonio, sentado tras su mesa, observaba con cierta prepotencia cómo Javier intentaba resolver el dichoso ejercicio en la pizarra. Había un paquete de Ducados sobre el montón de libros agolpados en el estante. Cogió un cigarrillo y lo hizo rodar sobre el tablero con la palma de la mano, primero hacia un lado y luego hacia el otro, lo prensó entre sus dedos y, una vez en la boca, lo encendió. Se retrepó y cruzó las piernas.

—Vale, déjalo. Me parece mentira que solo los haya hecho bien Mari Carmen García. Todos los demás, cero patatero.

Tras levantarse, se dirigió hacia Javier. Lo miró fijamente con aquellos ojos saltones y le propinó un cogotazo.

—¿Has pensado lo que quieres estudiar o te vas a dedicar a trabajar como los borricos?

—No lo sé todavía, don Antonio. A lo mejor estudio mecánica en FP.

—¿Mecánica? Lo que vas a estudiar es burrología y alfalfas aplicadas. Siéntate, anda. Dame la tiza, no te la lleves.

Su mirada altanera inundaba toda la clase. Arqueó las piernas con una leve flexión de rodillas y se rascó sin reparos la entrepierna. Tosió, frunció los labios y tragó saliva.

—¡Qué asco! ¡Se lo ha tragado y encima se rasca los huevos! —murmuró Diego.

—Es la undécima vez que lo explico y la última —empezó a escribir en la pizarra—: Tres equis cuadrado menos cinco equis, que multiplica a dos equis cubo, más cuatro equis cuadrado menos equis más dos...

Los siguientes minutos transcurrieron sin mayor singularidad. La tortuosa

clase de matemáticas continuó pareciendo chino a aquellos jóvenes.

—¿A quién tenéis ahora? —preguntó don Antonio.

—A don Francisco —respondieron los alumnos en perfecta sincronía.

—Pues no quiero escuchar una voz mientras llega —dejó la impronta de su mirada inquisitiva y se marchó.

Era tal el silencio que los pasos de don Francisco se podían oír aproximándose por la galería.

—Cinco lobitos tiene la loba —entró canturreando—... Con los dedos de esta mano puedo contar los que van a aprobar lengua este año y me sobran dedos. ¡Vaya desastre de control que me habéis hecho!

Sacó la regla de madera que guardaba en el cajón y, con voz recia, añadió.

—A ver qué podemos hacer mi «amiga» y yo para que la lección se os meta bien en esas cabezas de chorlito. Hoy vamos a empezar por el final de la lista. Ta, ta, ta... ¡Zamora!

—¡Sí! —respondió el niño con un sobresalto.

—¿Qué es la oratoria?

—¿Cómo?

—Alfalfa —se regodeó el maestro—. ¡Que no te enteras, cabeza de chorlito! ¿Te lo repito?

—Sí, por favor.

—¿Por qué? ¿Te ha gustado? —después de la burla a la que se sentía autorizado por su estatus frente al niño, continuó—: Que qué es la oratoria.

—Mmmm...

El maestro se levantó de la silla y se dirigió al muchacho.

—Mmmm... —el docente le imitó con un sarcasmo cruel.

El alumno clavó sus ojos en el pupitre. El maestro gritó:

—¡Mírame cuando te hablo! ¡Pon la mano! Como la quites, te doy dos.

Tras propinarle un estacazo, explicó a la clase:

—La oratoria es el arte de persuadir mediante la palabra. No es tan difícil, ¿no?

Con una arrogancia desmesurada, recorrió la sala de un extremo a otro mientras parecía impartir el mayor de los conocimientos y, llegado a la altura de Zamora, le atizó una galleta —como él solía llamar a una bofetada— que resonó en toda la clase. Un eco enmudecido se apoderó de los críos.

—¡Borrico! ¡Que vas a ser un borrico!

Al instante, unas lágrimas comenzaron a brotar de los ojos de Francisco Zamora y su mejilla izquierda se encendió como una luz de alerta: roja y parpadeante. Callado y cabizbajo, se preguntaba qué mal podía haber en costarle tanto trabajo aprender la lección. Además de anormal, se sintió acomplejado; más aún, rechazado. La señorita de religión le había llamado guarro la semana anterior por llevar las uñas negras.

—Mañana las quiero ver cortadas y limpias. ¿Será posible? ¡Y con la peste que echan las uñas negras! ¡Guarro, que pareces un águila! —le reprendió la señorita Ángeles.

¿Impotencia? ¿Rabia? ¿Dolor? ¿Humillación? A Javier le pasaron por la cabeza todo tipo de sentimientos que podían estar afligiendo a su compañero.

La clase continuó su curso bajo aquella mano inquisidora que parecía conocer todos los misterios de la vida. Sin embargo, no lo hizo para Francisco, que procuró mantenerse al margen hasta que sonó la campana para ir al recreo.

A partir de entonces, Javier y Lidia se encontrarían cada día en el rellano de las escaleras para ir juntos al colegio. Diego los acompañaba a veces y otras algún compañero más, pero siempre los dos. Al año siguiente, él se matriculó en FPI para estudiar auxiliar administrativo, y ella lo hizo en primero de BUP. Se mudaron a lugares distintos con el tiempo, pero siguieron manteniendo una intensa amistad y el mismo círculo de amigos.

Cuando Javier acabó el primer grado de FP, decidió dejarlo y buscar trabajo. Por un lado, era necesario conseguir algo de dinero para casa y, por otro, la pésima calidad de la enseñanza le hizo perder la ilusión. Comprendió que eran los «hermanos bastardos» de los universitarios y unos «inútiles titulados» para quienes habían aprendido trabajando en la

calle.

Un día, sentado en el patio a la hora del recreo, oyó hablar a dos alumnos de tercero de segundo grado mientras daba cuenta de su bocadillo de mortadela con aceitunas y una Pepsi-Cola:

—Se supone que, cuando termine este curso, seré técnico especialista en electrónica y debería saber reparar un televisor, pero ni siquiera me veo capaz de sintonizarlo.

—¡Dímelo a mí! Mi vecino no ha estudiado nada y está trabajando en un taller de electrónica. La semana pasada me arregló el equipo de música y yo no sabía ni cómo abrirlo. Es de vergüenza.

—No sé para qué nos explican cómo diseñar instalaciones y amplificadores si después no nos enseñan lo más práctico.

—Hombre, eso se aprende después, en la calle.

—¡Anda ya! Tú mismo lo has dicho. Tu vecino sabe reparar un aparato y no ha estudiado física y química, como nosotros, ni siquiera tecnología.

—Ni matemáticas, ni lengua...

—Pues ya está. ¿Para qué nos enseñan a calcular y a diseñar si, después, los únicos que parecen saber y pueden firmar son los ingenieros?

—Total, que no somos técnicos ni ingenieros. Entonces, ¿qué somos?

—Una mierda, eso es lo que somos.

—Después de cinco años, no somos nada.

UN VIRAJE REPENTINO

Javier siempre la había considerado como una hermana. Sin embargo, aquella noche se presagiaba distinta. Por primera vez, sintió un deseo irrefrenable de abrazarla, de sentirla. De repente, una extraña necesidad de estar junto a ella se apoderó de él. Nunca había sentido algo así. Observaba, más bien disfrutaba, de todos sus movimientos, sus gestos... Todo en ella le parecía bien, nada que resultase reprochable a sus ojos, y la veía como una mujer casi perfecta.

—Javier, ¿no me firmas el libro?

Era costumbre en el grupo regalar un libro el día del cumpleaños. Lidia acababa de cumplir sus veintiuno y ya era el octavo que celebraba desde

que había llegado a la ciudad.

—¡Pues claro! Déjame ver... ¿Cuántos se te han declarado con el cuento de la dedicatoria?

—Declararse... ninguno hasta ahora, y solo quedas tú por dedicarme el libro.

Más que una respuesta, aquello pareció a Javier una insinuación. No obstante, no quería malinterpretar lo que seguramente había sido un simple comentario.

—¿Ninguno? No me lo creo.

—Bueno, ¿qué, me lo dedicas o no?

—Sí. Un momento, es que estoy pensando.

Un rectángulo vacío con su firma debajo fue todo cuanto se le ocurrió escribir en el libro.

—¿Te acuerdas cuando fuimos con octavo a ver *Juan Salvador Gaviota*?
—preguntó mientras le devolvía el libro.

—Desde luego. Sabes que la película me encantó, he querido leer el libro desde entonces.

—Sí, nos encantó a ambos. Pues nada, ya lo tienes. Me lo pasas cuando lo acabes.

—Vale, eso está hecho.

—Pues nada, que lo disfrutes.

—Sí, lo haré, pero... ¿qué dedicatoria es esta?

—Es una dedicatoria sorpresa. Cuando llegue el momento, lo entenderás.

—¡Ah, vale, que es por capítulos!

—Ya te he dicho que es una sorpresa. Ahora, si quieres, puedes rellenar el rectángulo tú misma. Seguro que coincide con lo que yo deseo para ti.

—No, gracias, déjalo así.

Lidia no llegó a entender el grado tan superlativo de estupidez con el que Javier la sorprendió el día de su cumpleaños. Nunca podría imaginar que lo que le llevó a actuar así fue el miedo, un miedo espantoso a verse

descubierto por unas líneas delatadoras. Mientras tanto, él no cesaba de darle vueltas a la cabeza sopesando si debía confesarle sus repentinos e inesperados sentimientos.

«Al fin y al cabo, un buen amigo siempre comparte lo que siente; sobre todo, tratándose de algo tan extraordinario. Quizá sea algo normal de lo que no haya que asustarse ni, mucho menos, esconderse. Lo mejor será tratarlo sin tapujos... ¿Y si no fuera más que algo pasajero?», se decía.

Sin embargo, sabía perfectamente que las tres noches que llevaba en vela eran motivo suficiente para darse cuenta de que se estaba enamorando sin remedio. Aun así, no encontraba razones que justificaran su silencio.

«Nunca está de más hablar sobre lo que uno siente con su mejor amiga», consideró.

Lo malo era el exagerado aumento de su frecuencia cardíaca cada vez que la miraba mientras hacía estas reflexiones.

«Total, si se lo cuento, nos reímos un rato y se acabó. Bueno, al menos yo no me reiré hasta que no pase un tiempo, y ella... espero que lo entienda», concluyó.

Entre tantas disquisiciones, constató un hecho evidente: el dilema se hallaba contenido, como sus sentimientos, en lo más profundo de su ser. Una sensación de asfixia hacía cada vez más insostenible aquella situación, pero ¿cómo afrontar tantos temores, cómo superar tantos complejos? Por un lado, deseaba contarle sus sentimientos; por otro, temía volver a ser herido como en experiencias anteriores.

«Si me hubiese decidido antes, si no hubiera dudado y Julia hubiese sabido esperar...».

De nada parecía servir la experiencia, porque cuanto más se decidía a hablar con Lidia, más le invadía el pánico. Una sombra invisible paralizó sus sentidos.

—¿Mañana trabajas, Javi?

—No, los sábados no trabajo. ¿Por qué?

—Es que voy a recoger el libro para Julia y comprarle el regalo de paso. Quiero ir temprano. ¿Me puedes acompañar?

—Pues claro que sí, no hay problema.

Julia cumplía veinticuatro años la semana siguiente, tres más que Javier.

De inmediato, el recuerdo de aquella madrugada en el coche de Julia acudió a la mente de Javier. Estaban en el asiento de atrás. La música había dejado de sonar en la radio y unos locutores insoportables tomaron el relevo hablando sobre temas tremendamente aburridos. Ninguno de los dos prestaba atención a lo que allí se debatía, les resultaba más agradable lo que se traían entre manos. Pasaron dos horas; para ellos, un instante. Fumaron un cigarrillo. Ella comenzó a ponerse el pantalón mientras él la miraba embobado.

—¿No te vistes? —se interesó la muchacha mostrando una mirada pícara.

—Sí, ahora. Te estoy contemplando, déjame disfrutar.

—Vale, pero cambia primero la emisora, no hay quien aguante a esos tíos.

Javier, aún sin vestir, se incorporó y ajustó el dial. De repente, un fragmento de *A kind of magic* sonó con contundencia.

—¡Joder, qué bueno! Me encanta Queen, el Freddie Mercury es un monstruo. ¿Te gusta? —preguntó el joven entusiasmado.

—Me encanta —respondió ella.

El volumen de la música comenzó a bajar y una voz tenue injirió con tono grave:

—La estrella del rock británico Freddie Mercury, de 45 años, líder del grupo británico Queen, falleció a últimas horas de ayer en su casa de Kensington, Londres (Reino Unido), un día después de anunciar que estaba infectado por el virus del sida.

Roxy Meade, portavoz del músico, informó a primeras horas de la madrugada de hoy de que Mercury había muerto como consecuencia de una bronconeumonía provocada por el sida.

Los siguientes minutos fueron de elogios al cantante. Mientras ponían canciones del grupo, iban comentando acerca de la voz del solista, descifrando sus matices y destacando sus brillantes falsetes.

El día siguiente al del cumpleaños de Lidia, Javier madrugó como nunca ansioso por encontrarse de nuevo con ella. Por la noche, cuando se acostó, dio vueltas a la cabeza recopilando imágenes de todo lo ocurrido durante la tarde. Estaba convencido de que su comportamiento no había

sido el que cabía esperar.

«No he estado a la altura», pensó antes de dormirse.

Sin embargo, al amanecer, todo le parecía distinto, nuevo, encantador. Con el propósito de enmendar los errores del día anterior, subió al coche y se dirigió a casa de Lidia para recogerla.

La mujer que encontró aquella mañana nada tenía que ver con la niña a la que tantas veces había esperado en ese mismo portal. Su presencia llenó por completo el espacio visible ante sus ojos.

Ella entró en el vehículo.

—Buenos días, amiga —dijo con voz trémula mientras le entregaba una rosa—. Feliz cumpleaños.

—Mi cumpleaños fue ayer.

—Lo sé.

Aún con la flor en la mano, acercó pausadamente su cara a la de Lidia, y una vez llegado los labios a su destino, cerca, muy cerca de los de ella, la besó. Un beso, un instante que guardó para siempre en su corazón.

—Gracias, es preciosa.

—¿Te gusta?

—Me encanta.

—Me alegro.

—Aunque un poco tarde, pero si la dicha es buena... —sonrió ampliamente.

Ráfagas de pensamientos cruzaron por la mente de Javier, ideas que no concretaron, palabras que no pronunció.

—¿Te gustaría ir a la playa después de comprar el regalo? —propuso ella, y él aceptó sin titubeos.

—Vale. Podemos ir a una cala de Maro. Está un poco lejos, pero merece la pena. Te va a encantar, aquello es precioso.

Después de visitar varias librerías y conseguir el libro que andaban

buscando para Julia, se dirigieron a Maro.

Una hora más tarde, llegaban al pueblo. Cruzaron la travesía y tomaron el camino que llevaba a los acantilados. Una vez allí, Javier detuvo el coche a un lado de la carretera para contemplar el paisaje desde el borde del barranco.

Bajo sus pies, se abría una pequeña cala de arena gruesa. El agua era tan cristalina que podían ver los peces y las rocas tapizadas de algas y corales en el fondo del mar. La luz del sol centelleaba sobre la superficie quieta mientras guijarros y conchas rodaban sobre la orilla con el vaivén de las olas.

—¿Te gusta? —preguntó Javier.

—Es impresionante, nada que ver con las playas de Málaga.

—Lo malo es que esta tiene muchas piedras y la arena no es tan fina.

—¿Malo? ¡Es el paraíso!

—¿Bajamos?

—Sí, por favor.

Tomaron la senda terriza que conducía hasta la cala. A la vez que descendían, iban saboreando el momento, agradeciendo cada sensación. Sin duda, aquella experiencia suponía un regalo para sus sentidos.

El sol, el mar y la arena fueron testigos de un largo paseo que prometía ser el primero de muchos más. Llevaban casi nueve años siendo grandes amigos, pero esa vez fue la única hasta entonces que se miraron con cierto pudor.

Lidia se mostró muy interesada por los sentimientos de Javier hacia Julia. De sobra era sabido en el grupo que aquella relación no llegó a más y que había sido olvidada por ambos, pero ella quería escucharlo de su boca. Una vez aclarado, prometió no sacar el tema nunca más.

Después de una caminata llena de charlas, risas y miradas cruzadas, decidieron sentarse en una roca frente al mar. Con los ojos cerrados, disfrutaron del relajante sonido de las olas al romper, del canto de las gaviotas, de los agudos gritos de los chiquillos que jugueteaban en la orilla y del agradable olor a mar. Aunque Javier, más bien, sentía que el corazón se le quería salir del pecho, y le parecía que fuese a estallar. Lidia, en cambio, no dudó en aprovechar aquella generosidad del entorno, así que se tumbó y, con los ojos todavía cerrados, se entregó a las

delicadas caricias del sol.

—¡Qué bien estamos aquí! —señaló.

A Javier todo le pareció tan extraño y, a la par, tan hermoso que deseó que el tiempo se parara en ese instante y no emprendiera nunca más su obstinado curso. Mientras, deslumbrante y callada, Lidia permanecía allí; era todo un regalo para sus ojos.

De repente, todo lo demás desapareció para él. Solo existía ella, su cuerpo sobre la roca, su cara, sus labios... y sintió un irrefrenable deseo de besarla. Sin embargo, tal atrevimiento no era propio de su carácter.

«¿Cómo reaccionará si la beso? Podría acabar con nuestra amistad...», pensó.

De todos modos, si no podía conseguirla como amante, tampoco estaba dispuesto a perderla como amiga. Tal vez —esto no lo pensó— ella estuviese deseando aquel beso. Quedó, sin remedio, atrapado en la más punzante de las dudas.

«En el fondo, no son formas. Sería mejor hablar, explicarle que me he enamorado de ella sin apenas darme cuenta, que el amor me sobrevino de repente, sin buscarlo y sin pretenderlo, que ya la amaba cuando quise ser consciente de ello y que no encontraba motivos —aunque los buscara desesperadamente— lo suficientemente convincentes para dejar de hacerlo».

No obstante, todo quedó por decir.

De regreso a Málaga, pararon en un restaurante situado cerca de la carretera. No habían comido nada desde que salieron aquella mañana y ya comenzaban a tener hambre. Cuando acabaron de almorzar, pasearon por los alrededores antes de continuar camino.

En menos de una hora, estaban despidiéndose. Eran casi las seis de la tarde.

—Me ha encantado el día de hoy —Lidia se acercó y le dio dos besos—. Gracias por todo.

—Ha sido un placer —respondió él.

—Repetimos cuando quieras.

—Pues volvamos ahora mismo.

—No. Mejor subo, me ducho y me cambio de ropa. ¿Qué te parece si nos vemos a las ocho?

—Por mí, estupendo.

—Podemos pedir unos camperos y comerlos en el espigón.

—Ok.

—¡Ah! ¡Y unos conguitos de postre! ¡Me encantan! Si me quieres seducir, solo tienes que invitarme a conguitos —dijo con la intención de poner el balón en juego.

—Hecho, paso a recogerte a las ocho.

—Sé puntual —volvió a darle dos besos y se bajó del coche—. Hasta luego.

—¡Hasta luego! —gritó mientras la veía alejarse.

Ella giró la cabeza y le hizo un guiño. Javier respondió mostrándole un pulgar.

Al final del día, llegaron nuevamente a orillas del Mediterráneo, pero esta vez con el reflejo de la luna en el mar y la oscuridad por aliados. Se sentaron en el asiento de atrás. Lidia abrió la bolsa que contenía el campero y el serranito de Javier.

—¡Guau! ¡Qué bien huele! —celebraron los dos.

Cuando acabaron de comer, Lidia probó suerte.

—Ahora pega que me invites a bailar.

—¿A bailar?

—Sí. ¿Por qué no? Un lento. ¿Tienes música lenta?

—¡Pues claro! Tengo muchas canciones lentas.

—Pues pon la que quieras y sácame a bailar.

—Aquí no podemos —objetó Javier.

—¿Cómo que no? Abrimos las puertas y bailamos en la arena.

Ni corto ni perezoso, rebuscó en la guantera hasta encontrar una cinta de Roberto Carlos. La introdujo en el casete, pulsó el «play» y comenzó a

sonar *Cama y mesa*.

Descalzos, bailaron cuerpo con cuerpo. Cuando la canción estaba llegando a sus últimos acordes, Javier se revistió de un valor que a él mismo sorprendió. Por fin, se decidió a dar el salto:

—¿Quieres ser mi desayuno?

—¿Qué? —respondió Lidia con los ojos abiertos de par en par.

—¿No estás escuchando la letra?

—Sí, claro, es que no me lo esperaba.

En ese momento, perdieron el ritmo. Ninguno advirtió el temblor del otro.

—Dime —prosiguió Lidia.

—Es una tontería.

—No, dime.

—Nada, era broma —Javier la soltó al instante.

—Me habías preguntado si quiero ser tu desayuno. Estoy escuchando la canción —Lidia se aferró a su cuello.

—¡Ah! ¿Sí? —frunció el ceño y se rascó la nuca.

—Tu desayuno, tu pastel perfecto, tu bebida preferida y tu plato predilecto —le cogió las manos y las colocó de nuevo en su cintura.

—Ya veo que te sabes la letra —Javier sonrió—, y yo quiero ser todo en tu vida —pronunció a media voz.

La canción había terminado, pero acababan de recuperar el ritmo y continuaron el baile más allá de su compás. Ya solo se oía el rugir de las olas, sus pies deslizándose por el suelo y el zumbido lejano de algún que otro coche que circulaba por la ciudad.

Por un momento, se miraron sin hablar. Después, ella posó la cabeza en el pecho de Javier y comenzó a besar lentamente su cuello. Entonces, los dedos de él rozaron sus caderas con tanta suavidad que la hicieron retroceder.

—¡Tonto! —exclamó Lidia mientras retorció su cuerpo—. ¡Que me haces

cosquillas!

—¡No me digas! —volvió a hacerlo.

Al tocarla, ella dio un respingo y le soltó un manotazo en el hombro. Los dos se echaron a reír hasta que, llevados por la inercia, se abrazaron de nuevo.

—Creo que la canción terminó hace rato —advirtió Lidia sin apartar las manos de su nuca.

—Sí, es cierto. Si quieres, la pongo de nuevo.

—No, por favor. No rompas el momento.

Allí, en el silencio de la noche, aferrados el uno al otro, unieron sus labios y, tras un «te quiero», prometieron estar juntos para siempre.

UNA OFERTA INESPERADA

Habían transcurrido algo más de dos años desde que se casaron. La boda resultó genial a ojos de los invitados.

«Como todas», pensó él.

«Como ninguna», alardeó su mujer.

Sin embargo, no disfrutaron de la luna de miel que tenían planeada. El dinero no les llegó, así que la pospusieron para otro año.

«Quizá ganemos lo suficiente para ahorrar y hacer un crucero el año que viene», se dijeron con la única intención de consolarse.

Javier, sentado en una silla del salón, esperaba a que Lidia terminara de arreglarse.

«Como siempre, llegaremos los últimos», pensó.

Tenían reservada mesa para las diez en el restaurante de La Malagueta, donde celebraron su primer aniversario de novios. Ya eran las nueve y cuarenta y cinco minutos, pero no parecía que su mujer estuviese dispuesta a apresurarse un poco más.

Sobre la mesa, una foto le trajo a la memoria una tarde de septiembre, meses antes de su boda. Aquel día había transcurrido como de costumbre en la gestoría: un vecino enfadado porque no veía bien la televisión, el fontanero que iba a cobrar la factura de algún arreglo en una comunidad de propietarios y alguna que otra gestión administrativa. Todo en orden,

cuatro llamadas más para terminar de arreglar algunos asuntos y, al fin, se encontraría con su prometida. Debían ultimar algunos detalles que quedaban pendientes para el convite. Las invitaciones estaban entregadas y únicamente faltaba ultimar el menú y la disposición de los invitados en las mesas. Esa noche, después de cenar, verían una película bonita en el cine y, después, un romántico paseo por el centro. Todo parecía perfecto. La floristería aún no había cerrado, así que la rosa roja estaba asegurada.

Tres horas después, se dispuso a esperarla en el portal de su casa. Impaciente, con la flor en la mano, anhelaba verla llegar. Sin embargo, seguía sin presentarse una hora más tarde. Llamó al portero electrónico y su madre le informó a través del telefonillo. Le explicó que ya debería haber llegado, algo la habría retrasado. La voz al otro lado del interfono insistió en que subiera y le esperara arriba, pero él se negó un tanto decepcionado y dolido, así como preocupado. A pesar de ello, esperaba que fuese algo por lo que no hubiera que inquietarse y, mucho menos, motivo de enfado. Pasó una hora más, y esta vez la voz del otro lado del porterillo era la de Pablo, el hermano menor de Lidia. Le aseguró que la familia estaba indignada, pero insistió en que no debía preocuparse.

—Mi hermana es muy charlatana y seguro que se ha entretenido con alguna amiga. Eso sí, un poco más de la cuenta —argumentó el muchacho con la intención de atemperar los ánimos de su futuro cuñado.

—¡Ya estoy lista! —gritó Lidia desde la habitación.

—Estás guapísima —escuchó decir a Javier desde el otro lado de la puerta.

—¿En serio? ¡Si no me has visto todavía! —al instante, se rio—. ¡Ah, granuja! Espiándome, ¿no?

Su marido la observaba desde el salón a través del espejo.

—Sabes que sí, siempre lo hago.

—Eso es que me miras con buenos ojos.

—Solo los tengo para ti —le entregó una rosa, suspiró y la besó en los labios—. Te quiero.

—¡Pero bueno! ¿De dónde la has sacado? ¡Qué guardada la tenías!

—Acaba de surgir de mis manos al verte.

—Gracias.

—A ti siempre.

—¡Vaya! Perdona, no me he puesto los pendientes. Enseguida vuelvo.

A Javier le volvió a asaltar el recuerdo de aquel desagradable suceso.

Se trataba de un día importante. No entendía cómo había podido fallarle así, de repente, sin avisar.

Después de dos horas y media en el portal, regresó a casa. El mundo se le caía encima, su habitación encogía por momentos y, en ese sinvivir, llamó a casa de su novia cada cinco minutos.

—No, todavía no ha llegado —le respondían una y otra vez.

No sabía qué hacer, si salir a buscarla o sentarse a esperar. Ya se temía lo peor. Un frío le invadió hasta ponerle los vellos de punta.

Las horas pasaron lentas. Eran las seis de la madrugada; entonces, sonó el teléfono.

—Lidia está en casa. Acaba de llegar y se ha acostado —le informó Pablo a escondidas—. No veas qué puteo se ha llevado.

—¿Ha dicho dónde ha estado?

—Sí, con una amiga.

Había vuelto bastante desaliñada, con el vestido desastrado, el pelo revuelto, los zapatos de tacón en una mano y los pendientes en la otra.

—¿Me ayudas? —Lidia volvió al salón con los pendientes ya colocados.

—Te has vuelto a cambiar de vestido —Javier miró su reloj.

—Dime la verdad. ¿A que te gusta más como me queda este? Pegadito al cuerpo, ¿eh?

—Tú estás guapa con lo que te pongas, cariño, pero vámonos ya.

—Gracias. Abróchamelo. Anda, guapo. Verás como no somos los últimos.

—Ya está. Te queda genial. Mari Carmen no te va a reconocer cuando te vea. ¿Desde cuándo no os veis?

—Pues desde que se fue a Madrid, tontito.

Mari Carmen, promotora de aquella reunión, había sido compañera de Lidia en la facultad. Estudiaron juntas la carrera, compartiendo muchos paquetes de Ducados y termos de café durante largas noches de estudio con enormes montañas de apuntes y libros interminables en una época de escasez y sacrificios. Corrían tiempos de buscarse la vida para pagar los pequeños vicios, tiempos de vida loca y causas perdidas.

—Vamos, que es tarde. Espero que lleguemos, por lo menos, para el postre —ironizó sin la menor acritud.

—Por mí, como si no vamos. Sabes que no me gusta salir con esos dos. Si no fuera por Mari Carmen, que me ha insistido, no iría.

Manuel y Sofía no eran del agrado de Lidia. Cada vez que coincidían en algún tipo de celebración, se echaba a morir. No quería verlos ni en pintura según sus propias palabras.

—Son unos egoístas y unos miserables. No se gastan ni un duro. Siempre van de gorra.

A Javier no le agradaba oír hablar así a su mujer. A menudo, intentaba justificar lo que para ella era inaceptable. Siempre terminaban discutiendo, y no es que estuviese en desacuerdo con Lidia; tenía toda la razón, pero no comprendía tanta intransigencia por su parte.

Bajó al aparcamiento mientras su mujer terminaba de pintarse. Se encontrarían a la salida del portal. Tan pronto como abrió la puerta del garaje, Lidia apareció. Ya en el coche, sacó un paquete de Winston, encendió un cigarrillo y lo pasó a su marido; luego, encendió otro para ella.

—A ver cómo se da la noche —se lamentó mientras guardaba el tabaco en el bolso.

—Bien, mujer. ¿Cómo se va a dar?

—Con esta gente, ya se sabe.

—Bueno, vamos a intentar pasarlo bien y ya está.

Tomaron el camino hacia el paseo de Reding. Justo al llegar a la plaza de la Marina, el semáforo se puso en rojo. Un matrimonio joven cruzaba por el paso de cebra, la mujer empujaba un carro con un bebé mientras el marido caminaba al lado prendido a su cintura.

—¿Qué será eso tan importante que Mari Carmen tiene que decirnos?

—preguntó intrigado Javier.

—No tengo ni idea.

—¿Estará embarazada?

—¿Mari Carmen embarazada? No creo, le va muy bien en Madrid. Allí tiene buenas perspectivas de trabajo, así que no me parece el mejor momento. Más bien será sobre algún proyecto que se traiga entre manos.

—Quizá quiera proponerte algo interesante. Lo mismo van a abrir una oficina en Málaga y han pensado en ti.

—¡Uf! ¡Ojalá, Dios te oiga! Sin embargo, no creo que los tiros vayan por ahí.

—¿Quién sabe?

—No caerá esa breva, créeme.

—Créeme tú. Mari Carmen sabe cuánto vales. No me extrañaría que quisiera ficharos a las dos.

—¿A quién? ¿A Sofía? ¡Tú estás loco! Esa se ha apuntado solita. ¿No ves que tiene un morro que se lo pisa? Desde luego, con la vida tan triste que lleva, tiene que buscarse algo para no morir de asco.

—Últimamente estás echando un lenguaje muy agresivo. ¿Qué te pasa?

—Perdona, es que no la aguanto. Ni a ella ni a su querido esposo.

—Son nuestros amigos. ¡¿Habrás que aceptarlos?! Todos tenemos fallos.

—Es la última vez que salgo con ellos. Esos *comemierdas* no me amargan más la vida.

—¡Venga, mujer!

—Tú, como siempre, justificando a los demás. Menos a mí... a cualquiera.

Javier no estaba dispuesto a entablar una disputa matrimonial, así que hizo oídos sordos a las palabras de su mujer, que le parecieron una provocación en toda regla más que un simple comentario.

—Bueno, la verdad es que Manolo es un poco «sin gracia», pero buena persona —intentó evitar una discusión.

—¿Un poco? A ese parece que le han *dao* por culo y no le han *pagao*. Normal, cualquiera se amargaría con la mujer que tiene. De todos modos, tan *jodío* es febrero como enero. Son tal para cual.

Después de dar varias vueltas a la manzana, lograron aparcarse. Fumaron el último cigarrillo mientras caminaban hacia el restaurante. Antes de entrar, se prometieron calmar los ánimos.

Los hombres se encontraban en un extremo de la mesa; al otro, las mujeres. Mari Carmen frente a Juan, Sofía frente a Manuel. Javier se sentó a la izquierda de Juan; Lidia, a la derecha de Mari Carmen. Los dos quedaron frente a frente. Las tres parejas se conocían desde hacía ya casi diez años.

—Perdón por el retraso, he tenido un día de perros en el trabajo —se disculpó Javier.

—No te preocupes, acabamos de llegar —Juan intervino con afán de distender la situación.

—Ya nos han atendido —añadió Sofía ante la condescendencia de Juan—. Hemos pedido tajín de pollo, cuscús de cordero, pastela y hasta el té con esos dulces árabes que tanto os gustan. Solo han faltado unos pinchitos morunos, pero es que nos parecía demasiada comida.

—¡Vaya, no somos los únicos a quienes gustan esos dulces! —sonrió Lidia con clara intención—. Aquí, más de uno deberíamos ponernos a dieta.

—¡Estupendo! ¿Qué mejor comida para tan inmejorable compañía? —su marido echó un capote en busca de la sensatez y todos sonrieron en la complicidad del gusto compartido.

La noche discurrió mejor de lo que Lidia esperaba. Durante la cena, los hombres relataron, con un énfasis exagerado, infinidad de vivencias que habían compartido siendo niños. Ridiculizaron cada recuerdo y acentuaron cada disparate hasta recrear situaciones tan cómicas como absurdas. Las mujeres reían sin parar.

—Javier, ¿te acuerdas de don Francisco? ¡El sacristán! —evocó Manuel.

—¡Coño! ¡Don Francisco, no me voy a acordar! ¿Cómo decía?

—*Cudiao cormigo. Ar que ses cantille, lo meto por vereas.*

—¡Joder, es verdad! —ratificó Juan—. ¿Qué habrá sido de él?

—El pobre murió hace años —informó Manuel.

—¡Anda, que no nos comimos formas antes de consagrarlas! ¿Eh, Javi?

—¡Ya ves! ¡Y vinillo dulce! —continuó Javier—. Manolo sí que se lo montaba bien. Cuando le tocaba separar las formas rotas de las enteras, se encargaba de romper las que no lo estaban. El tío se hinchaba de hostias.

—¡Oye, que yo no era el único! ¿Quién se encargaba de desvalijar la despensa del vino? —Manuel observó a sus amigos con la misma mirada traviesa de entonces.

Durante el postre, volvieron a ser aquellos granujas vestidos de monaguillos. Mano a mano, fueron contando historias hasta dolerles las mandíbulas de tanto reír y los ojos les brillaban con cada alusión.

—¿Os acordáis cuando don Francisco contó a don José que nos había pillado rompiendo las formas? —apuntó Juan entre risotadas.

—Y nosotros, muertos de risa, escondidos en el cuartillo donde tenía el armonio. El chivato del sacristán no sabía que estábamos allí —aclaró Manuel—. ¡Menos mal que nunca nos pilló bebiéndonos el vino! Varias veces se quejó de que faltaba —dijo mirando a las mujeres— y, claro, ¿de quién iba a sospechar? Pues de nosotros. ¿De quiénes si no?

Entonces, Javier tomó la palabra.

—Cuando el lengua le dijo al cura: «*Er poblema* es que la rompen a *concencia*. Como usted les deja que se coman las rotas, pues *ala*, a romperlas...» y el cura se echaba a reír. «¡Qué panda de golfillos...!», decía. A don Francisco se lo llevaban los demonios.

Lo más interesante, al menos para Lidia, llegó a la hora de los cubatas en el Pub Cervantes cuando Mari Carmen decidió arrojar la bomba:

—Me va muy bien en Madrid. El bufete está funcionando de maravilla. Ha llegado el momento de ampliar y me gustaría contar contigo. He hablado a mis socios de ti y están deseando conocerte.

Lidia no acababa de creérselo. Por fin, algo que podía merecer la pena. Las palabras de su estimada compañera de facultad le fueron resonando cada vez con más persistencia hasta entusiasmarla por completo. En cambio, notó a Javier algo turbado. Incluso hubo momentos en los que parecía fuera de lugar, y realmente era así. El recuerdo que aquella fotografía le evocó momentos antes de salir para el restaurante le hacía regresar una y otra vez a aquellos días arañando sus sentidos con la misma crueldad de entonces. Imaginaba con pavor la imagen de su novia

bajando de la moto de un desconocido en el portal de su casa. Así se lo contaron unos amigos que la vieron llegar aquella madrugada.

Lidia aclaró que no había ocurrido nada, que solo necesitaba salir a bailar. Le explicó que se había encontrado con una amiga de la facultad y decidieron salir juntas para tomar algo. Le prometió que no volvería a pasar.

—No es para tanto —aseguró su novia—. No querrás estropearlo todo por esa tontería.

Los Acosta, que habían acudido a la cita sin ningún tipo de expectativas, quedaron sorprendidos. En ningún momento imaginaron que aquel encuentro fuese a suponer algo más allá de lo habitual. A lo sumo, unas carcajadas, algunas anécdotas y vuelta a la rutina. Nada en especial, salvo el placer de compartir un fugaz momento con los amigos. Sin embargo, un nuevo horizonte se perfiló ante ellos, y es que la propuesta de Mari Carmen suponía la oportunidad para un posible cambio en sus vidas. Camino a casa, todo fue distinto a cuando, hacía solo unas horas, se dirigían al Restaurante Beni Enzar.

—Es una oferta muy tentadora, pero un poco arriesgada. ¿No crees?
—insinuó Javier.

Aceptar era decisión de ambos. Sin duda, un mundo lleno de posibilidades se abría ante ellos. Lidia lo sabía, si bien podía entender el recelo de su marido, pues eso supondría dejar la familia, las amistades, el trabajo... e ir a otra ciudad con otras costumbres.

Sí, ella lo sabía, pero no podía dejar pasar esa oportunidad. Aunque entendiese a Javier; debía intentarlo. Por otro lado, consideraba que podría ser una buena salida para la situación en que se encontraba. El matrimonio no resultó ser tan maravilloso como ella creía al principio. Se sentía anulada, perdida en mitad del vacío y encerrada en amargas e interminables tardes de monótona tristeza, de asfixiante melancolía, de cruda soledad... Las madrugadas se volvieron eternas. Despertaba sollozando, buscando algún motivo que justificara la absurda situación en que habían caído sin apenas sentirlo. Día tras día, el malestar fue creciendo en interior hasta convertirse en una incipiente depresión. No lograba entrever un ápice de felicidad ni en las promesas ni en los abrazos. Mientras tanto, Javier trajinaba por su propio mundo ajeno a todo cuanto su mujer vivía.

Correspondía a Lidia dar la vuelta a ese calcetín corroído por la carcoma de la costumbre y la resignación, evidenciar la existencia de un colorido sorprendente al otro lado, comprobar que no todo acababa allí, que la vida todavía les podía sorprender y que debían estar dispuestos a asumir los riesgos para ello. Javier asintió con todo el convencimiento que pudo

demostrar:

—Si tú quieres, yo quiero.

—No. Así no, Javi. Me gustaría que fuese algo de los dos.

—Créeme, estoy tan ilusionado como tú. De verdad. Todo lo que dices es cierto, somos jóvenes y aún no tenemos niños. Es el momento de lanzarnos y vivir —los cómplices aventureros sonrieron.

Lidia se mostraba excitada. Le seducía sobremanera la idea de asociarse con Mari Carmen, de formar parte de un bufete de abogados en Madrid con su propia oficina, sin jefes mandando y fastidiando cada iniciativa suya y, para colmo, su marido como secretario. El panorama era, cuando menos, fascinante. ¿Qué más cabía esperar? Solo restaba comprar los billetes cuanto antes. Aún podía recuperar su ilusión perdida. Las endorfinas le salían por los poros de la piel.

—Mañana mismo saco los billetes y manos a la obra.

—Ok, y yo tendré que avisar en el trabajo.

—¡Qué ilusionada estoy! Verás como todo sale bien.

—Si no te importa, me puedo quedar como amo de casa —sonrió pícaramente.

—Pues mira, no estaría mal. Los tiempos están cambiando, a mí no me importaría mantenerte —declaró con una amplia sonrisa.

—Y a mí tampoco que lo hagas —confesó el marido.

—Además, así podré ligar sin problemas en la oficina.

—¿Cómo?

—No, nada.

—Vamos a ver... ¡Al final me arrepiento! —puntualizó secundando la broma.

—¡Pero qué tontito eres! —los dos se miraron con ojos traviosos—. Eso sí, siempre que me tengas la casa limpia y la comida preparada para cuando vuelva del trabajo.

—Eso está hecho. Además, te plancharé los pantalones y las camisas para que vayas siempre impecable. No tendrás que preocuparte por nada

respecto a la casa.

—Calla o te tomo la palabra.

Javier abrió el compartimiento del reposabrazos, cogió el mando del garaje, lo pulsó y lo introdujo de nuevo en su lugar. En ese momento, su mujer posó una mano sobre la de él y comenzó a acariciar su dorso. Lo miró intensamente. Después, llevó la otra mano a la nuca de su marido y, mientras los dedos jugaban a su antojo por entre el pelo rasurado, le aseguró un buen plan:

—Pídeme lo que quieras, no tengo límites esta noche.

La luz del aparcamiento se apagó nada más salir del automóvil. Cogiéndose de la mano, se dirigieron al ascensor. Una vez dentro, se abrazaron y besaron con tanto ímpetu que olvidaron pulsar el botón.

—Te quiero, niña.

—Y yo a ti, hombre.

—Habrá que dar al botón, ¿no?

—Más bien sí.

Al fin, llegaron a la cuarta planta con la intención de aprovechar cada segundo de la noche. No tenían prisa alguna. Entraron al piso. Javier abrió una botella de rioja, se sentaron en el sofá y charlaron sobre cómo imaginaban sus vidas en Madrid. A medida que la velada avanzaba, el vino fue estimulando sus apetitos y, entre insinuaciones, la libido comenzó a subir por momentos. Javier puso un compacto de bachatas que su mujer le había regalado el día de su santo y la invitó a bailar. Lidia, que casi no podía mantenerse en pie debido a las copas que se había tomado, aceptó con una risa incontinente. Se levantó, encendió una vela y apagó la luz. Después, con un contoneo insinuante, fue aproximándose a Javier. Entonces, enlazaron sus cuerpos y se dejaron llevar por la música.

Ella bajaba y subía flexionando las rodillas y meciendo sus caderas mientras sus manos se acariciaban dibujando cada uno de los movimientos. La sensualidad de la coreografía fue generando en ellos un tremendo deseo de despojarse de la ropa y culminar sin más demora. Javier comenzó a besarla en el cuello, colocó las manos en sus nalgas y la apretó contra él. Al sentir en el pecho la dureza de sus pezones, se estremeció. En ese momento, sus labios comenzaron a deslizarse por el cuello de la mujer hasta llegar a su boca y, sin dejar de bailar, entrelazaron sus manos y se besaron.

—¡Joder, niño, qué cachonda me he puesto! Vamos a la cama.

—¿Para qué? —Javier esperaba una respuesta lasciva.

—Para follarte.

—¡Uf! Repítemelo.

—Vamos a la cama, que voy a follarte —le susurró al oído.

BORRÓN Y CUENTA NUEVA

En la mesa del salón, dos cubiertos y dos copas de vino. En el centro, una rosa roja. Acababan de instalarse en Madrid. Tendrían que vivir en un apartamento de alquiler por el momento, ya intentarían comprar su propia vivienda con el tiempo. El traslado no se hizo con la rapidez que Lidia deseaba, los asuntos que solucionar eran muchos y hubo que posponer la mudanza para más tarde. Había transcurrido un mes desde que recibieron la oferta.

A Javier le parecía volver a estar frente a aquella muchacha que bajaba las escaleras con tanta energía, la bonita muchacha que le hacía tartamudear. Por un instante, sintió la misma timidez de ese día en el rellano.

—¿Y esa rosa? ¿Cuándo la has puesto ahí? No estaba hace un momento.

—La he sacado de mi chistera.

—Muchas gracias.

—No hay por qué darlas.

—Me parece que tú quieres algo esta noche.

—¿Y cuándo no?

—¡Eso sí que es verdad!

—Ya lo sabes, hay que entrar con buen pie en Madrid. Nos despedimos bien de Málaga. Guardamos un buen recuerdo de nuestra última noche allí, tengámoslo también de la primera aquí.

—¡Tú siempre pensando en lo mismo!

—¿Y en qué voy a pensar si no es en ti?

—Y yo en ti. Esta noche vas a flipar. Por cierto, ¿has caído en que nuestros hijos serán madrileños si todo va bien y nos quedamos aquí por mucho tiempo?

—Sí, y que no querrán acompañarnos cuando queramos volver.

—¡Tú tan optimista como siempre! Bueno, no adelantemos acontecimientos. Todavía no sabemos qué va a pasar.

—¡Ya ves! Aún queda mucho para eso.

—¡Y tanto, vete a saber!

—¿Brindamos?

Sus miradas se fundieron en el brindis.

Lidia se levantó para arrodillarse frente a Javier, que permanecía sentado en el sillón. Se inclinó sobre él y comenzó a desabrocharle la camisa y a acariciar su cuerpo. Con una lentitud, casi cruel, hizo resbalar sus labios por el torso desnudo del hombre. Javier se estremeció al sentir el aliento de Lidia sobre su piel. Luego, ella apoyó las manos sobre los muslos de Javier, se incorporó y, con su boca, buscó la de él. Mientras se besaban, le desabrochó el cinturón; después, bajó la cremallera e introdujo la mano en los pantalones. Entonces, Javier empezó a temblar y un gemido se le escapó entre los dientes.

—No te quejes —bromeó Lidia—. Ya te lo advertí.

Él no dijo nada, no le salían las palabras. Ella se levantó de nuevo y le invitó a que lo hiciera también. Cuando ambos estuvieron de pie, se desnudaron el uno al otro. Lidia lo tomó de la mano e hizo que la siguiera hasta la habitación. No encendieron la luz, la claridad que entraba por la ventana les bastaba. Se dirigió al tocador y cogió el perfume que su marido le había comprado en el aeropuerto. Él, mientras tanto, observaba a su mujer recostado sobre la cama. Seguidamente, ella se tumbó a su lado.

—Me he puesto unas gotas de perfume. Averigua dónde.

Javier acercó la nariz a su cuello, inspiró profundamente y lo besó repetidas veces mientras apretaba sus senos con las manos.

La respiración de Lidia comenzó a agitarse. Se mordió los labios y, con los brazos extendidos, apretó con fuerza los puños estrujando las sábanas entre los dedos. En ese momento, los labios de Javier bajaron hasta su vientre. Entonces, ella hundió la cabeza en la almohada y levantó las

caderas de un golpe.

—Date la vuelta —indicó Javier con voz grave—, ahora me toca a mí.

Lidia obedeció.

Abrió un cajón de la mesita de noche y cogió un tarro de aceite con olor a canela. Lo roció sobre la espalda, los glúteos y las piernas de su mujer. A renglón seguido, se echó sobre ella e hizo realidad su deseo: un masaje cuerpo a cuerpo.

Aquella noche celebraron el comienzo de su nueva vida hasta caer extenuados.

Los primeros meses pasaron llenos de satisfacción, pero no siempre fue así. Habían dejado sus tierras, quemado sus naves y adentrado en el desierto. El éxodo comenzaba a llevarlos por caminos difíciles, alejándolos de la tierra prometida y de vuelta al eterno silencio, al deseo callado. Después de casi dos años viviendo en Madrid, Javier se sintió decepcionado. Por el contrario, Lidia se encontraba excesivamente eufórica. Todo le iba sobre ruedas. Dominaba su trabajo a la perfección y resolvía cualquier situación sin mayor dificultad. Mostraba un dominio y una claridad de ideas espléndidos. No obstante, a veces parecía confundida. Si bien su trabajo le proporcionaba cierto bienestar, algo en su interior la hacía sentirse mal. Por mucho que lo intentara, no lograba entender qué.

Repentinamente, Lidia sintió verdadera aversión por su marido y un profundo deseo de dejar de vivir. El diagnóstico de la enfermedad, el tratamiento médico y la separación llegaron después. Psicosis maniaco-depresiva, necesitaba hospitalización.

Los meses transcurrían con tanta lentitud que parecía que el tiempo se hubiese detenido. Los días, sin embargo, se sucedían uno tras otro y, por más que lo intentó, le fue imposible hablar con ella mientras estuvo internada en el hospital. La visitaba a menudo sin conseguirlo. Cada visita significaba un viaje de ida y vuelta sin mayor gratificación que un frío y distante informe médico.

«Si al menos consiguiera verla, oírla, abrazarla...», se repetía constantemente.

Todos los sábados sin excepción, las rosas que llevaba a su mujer acabarían en manos de una desconocida, que se hacía llamar Rosalind Franklin, a la que siempre encontraba en la puerta del centro hospitalario.

—Mira cómo están dispuestas las hojas —ilustraba la interna cada semana—. Observa la flor desde arriba. Tiene forma de doble hélice, ¿no crees?

Javier sonreía siempre que repetía aquella observación.

—Vamos, no entretengas más al señor —acababa interviniendo algún enfermero.

En casa, todo seguía igual. Cada cosa, en su sitio, tal y como su mujer lo había dispuesto con gusto exquisito. Cerró la puerta, se quitó la sudadera y la colgó. Se detuvo un instante frente al espejo. Pudo ver un jarrón con motivos de animales marinos reflejado en él. Lo compraron en el viaje a Grecia, siempre les gustó tener algún recuerdo de los viajes que hacían juntos.

—Mira, Javier, qué cosa más bonita. Pregunta el precio.

—¡No es caro! ¿Lo compramos?

Cuando Javier le preguntó dónde lo pondrían, ella resolvió como de costumbre y acertó con el sitio idóneo. De más sabía él acerca de su talento estético.

—En el vestíbulo, junto a la entrada. Ese es su sitio. ¡Qué bonito va a quedar!

Lo vivido junto a ella había sido más hermoso de lo que cabía esperar. Los días que siguieron a la boda fueron de una felicidad casi completa. ¿Cómo en ese momento, inesperadamente, se encontraba en tal situación? Habían creado una vida entre los dos, un mundo en el que ambos eran la misma existencia. Romper sin más sería no aceptar su propia historia, reconocer que todo había sido un fraude.

Por mucho que se empeñaba en buscar respuestas, solo encontraba nuevas preguntas. Quizá aquellos años no fueron tan especiales ni tan faustos como había creído... o quizá sí.

Pasaron varios meses desde que Javier dejó de visitar a Lidia. Ella se lo pidió, pronto saldría del hospital y no estaba dispuesta a seguir con él. Durante ese tiempo, nada supieron el uno del otro hasta aquella mañana en que ella decidió llamarle. Lo hizo temprano y quedaron para verse en la puerta del trabajo.

—¡Qué bien te veo! ¿Cuándo has salido?

—Hace ya una semana que me dieron el alta.

—¡Ah, vaya!

—Voy a llegarme por mis cosas. Por el momento, puedes quedarte en casa, ya hablaremos —su voz sonó con la misma acritud de los últimos meses.

—¿Dónde vas a ir? Quédate, podemos dormir en habitaciones separadas mientras lo aclaramos.

—No. Si no te importa, dame una hora para recoger. No quiero que estés allí cuando lo haga.

—¡Pero no te compliques! Quédate, no hay problema.

—Mira, Javi, hace una semana que vivo en casa de Andrés. Déjame en paz, ya te llamaré para ver cómo lo hacemos.

Nada volvió a ser igual desde aquel día, y el universo de Javier se redujo a solo dos cosas: el trabajo y el espacio comprendido entre las cuatro paredes de su habitación.

Llevaba algún tiempo sin salir, pero esa vez se animó. Alejandro y Fátima le organizaron una cita a ciegas, aunque les costó varias semanas convencerlo. Al fin, cedió.

—Es una chica espectacular, te va a encantar —le había dicho su amigo—. Joven, sencilla e inteligente. ¿Qué más quieres, Baldomero? El plan es perfecto, salimos en pareja y te olvidas de todo. Verás como te viene bien desconectar. A lo mejor, hasta os enamoráis y, si no, tampoco te viene mal echar una cana al aire. Ella es muy abierta, no seas capullo.

Esperaba en la terraza del bar con su habitual Martini y una concha de cacahuets cuando pudo oír la sintonía del telediario.

«Ya son las tres, deben de estar al caer», pensó.

Mientras tanto, observaba al matrimonio de la mesa de enfrente con sus dos hijos. El chaval aparentaba tener unos diez años; la pequeña, siete. Los dos retozaban alegres alrededor de sus padres.

Se reprochaba qué podía haber hecho mal y por qué Lidia se empeñó en tirar todo por la borda. Por un momento, quiso ser aquel hombre. No le importaba su historia, sus rasgos ni sus ideales, solo deseó ser él.

Entonces, las palabras de su padre resonaron con contundencia en su

mente y en su corazón.

—Javi, siempre quise ser como esos niños del otro lado del río. Ellos tenían juguetes, colegios y todo cuanto sus padres podían permitirse. No les hacía falta trabajar, porque lo tenían todo. Nunca entendí por qué yo no era igual que ellos. Tenían buenas casas y buenos coches. Yo, en cambio, no tenía nada, ni colegios ni juguetes. Me vi obligado a trabajar desde los ocho años. Nunca me regalaron nada, ni una mísera pelota, solo ampollas en las manos y mucho dolor de espalda, pero, créeme, aprendí con el tiempo. Tuve que hacerlo. Además, la misma vida lo demuestra: el dinero no da la felicidad. Podrás comprar todo, pero no la felicidad. Te sentirás vacío e incompleto si no buscas más allá de lo tangible. Para ser feliz, debes empezar por aceptarte y quererte a ti mismo; después, aprender a vivir con lo que tienes. Cuando empiezas a desear otras cosas y rechazar lo tuyo, chungo. Eso es algo que debes cuidar en todos los aspectos de tu vida, ya sea en la amistad, en la pareja... en todo. Puedes tener todo y ser un infeliz o puedes no tener nada y ser el tío más feliz del mundo. Valora lo que tienes y sácale todo el jugo ya sea mucho o poco, pero tampoco te aferres a lo que tengas. No te esclavices a nada. Tú estás por encima. Debes ser feliz en ti mismo.

En ese momento, Javier no terminó de entender las palabras de su padre, y más bien le sonaron a chino. Sin duda, el vino blanco le había soltado la lengua más de lo normal. Sin embargo, las guardó en algún rincón de su memoria. Acabaría comprendiéndolas años más tarde.

—Escucha, hijo, no envidies a nadie porque creas que es mejor que tú. Es un error, no te engañes. Eres tan bueno como cualquiera, y fíjate que no digo más, aunque lo eres para mí. Ese que decía ser amigo tuyo no será feliz si no se encuentra consigo mismo por mucho dinero que tengan sus padres. No te preocupes, los tendrás mejores. No es buen amigo quien menosprecia al otro, y menos por el dinero. Ya me lo decía mi abuelo: 'No sirvas a quien sirvió ni pidas a quien pidió'.

Jamás, excepto aquel día, había presenciado tanta facundia por parte de su padre. Jamás, hasta ese momento, había logrado desentrañar aquel legado.

—Hola, ya estamos aquí —saludó Alejandro—. ¿Llevas mucho esperando?

—¡No, qué va! Lo justo para pedir una copa. ¿Cómo estáis? Sentaos.

—Hola —dijeron al unísono las dos chicas.

Aisha no tendría más de veintitrés años. Sus ojos, alados por largas pestañas, eran negros, grandes y avispados. Unos rizos de azabache ondulaban en una cadencia casi perfecta hasta cubrir por completo la espalda, y mostraba nariz delgada y unos labios carmesíes por los que

asomaban unos dientes blancos como la nieve. Lucía una figura elegante, un cuerpo esculpido con curvas preciosas envuelto en una piel morena, brillante y sedosa. El vaquero ceñido perfilaba el relieve de sus piernas rectas y delgadas. El cuello de la blusa caía sobre su brazo derecho dejando el hombro al descubierto.

La muchacha presentaba rasgos árabes. Encarnaba el ensueño de *Las mil y una noches*, una mujer con la que cualquier hombre desearía perderse en el desierto al amparo de una jaima, olvidarse del resto del mundo y quedarse a vivir para siempre en el oasis de sus caderas. Ella propuso ir a comer a un lugar en el que servían langostinos de la Mar Chica.

—Los mejores langostinos del mundo —les aseguró.

Resultó ser verdad, porque fueron los mejores langostinos que Javier había probado en su vida, buenos y bien cocidos —reconoció él.

Ya amanecía cuando Aisha, desnuda frente a la terraza, contemplaba una fotografía de Lidia. Se había levantado de la cama con sumo cuidado para no despertar a Javier. Devolvió el retrato al lugar de donde lo había cogido, se vistió despacio y desapareció en la penumbra del pasillo. Él la vio marcharse perfecta y exquisita, tal y como la noche había transcurrido.

«Demasiado pronto. Me gustaría que se quedase un rato más, pero mejor así», se dijo.

Imaginaba que todo sería distinto por la mañana. Las cicatrices, las manchas, el disfraz... todo saldría a la luz. Lo que le había cautivado al anocheecer se esfumaría al alba, cuando las imperfecciones quedasen al descubierto.

Todo acabó igual que el mejor de los sueños: tan bonito como fugaz.

—¿Qué te gustaría que te hiciese? —le preguntó ella aquella noche—. Piensa en algo, lo que quieras. Dime qué fantasías te gustaría hacer realidad, aquello que nunca has hecho en la cama y te encantaría.

—¡Uf! Ahora mismo... no sé.

—Venga, en serio, no te dé vergüenza. ¿Qué quieres que te haga?
—pensó durante un instante y añadió—: ¿Qué te gustaría hacerme?

—No sé. Lo que surja... ¿No?

Javier no sabía qué responder. Atropelladamente, los deseos más ocultos acudieron a su mente, aquellos que nunca se había atrevido a confesar y que, de repente, una desconocida estaba dispuesta a satisfacer. No daba

crédito a sus oídos.

—Bueno, yo misma los encontraré si no te atreves a contármelos.

—Eso es imposible.

—¿Seguro?

—Si tú supieras...

—Ahora te vas a enterar.

De un empujón, lo hizo caer de espaldas en la cama y, sin darle tregua, se abalanzó sobre él. El viento mecía el velo que colgaba del viejo dintel al tiempo que ella iba encajando con golpes secos y acompasados cada penetración. Mientras, se dejaban acariciar por la fina seda de las sábanas.

Cuando acabaron, Aisha se levantó para ir al baño y, en el entretanto, Javier se quedó adormecido. Al regresar, lo despertó con un beso.

—¿Y ahora? ¿Quieres que te haga algo especial? —sugirió complaciente.—¿Especial?

—Sí, pídemelo lo que quieras.

—Ya no hay nada que me quede por imaginar —Javier resopló con fuerza.

No todo fue sexo. Se produjo una conexión más allá de sus cuerpos, un encuentro casi espiritual, algo que jamás llegaría a comprender. Aisha había irrumpido en su vida para insuflar el aire que sus pulmones necesitaban, para eliminar de su atormentada mente todo el tóxico que lo estaba envenenando. Luego, desapareció. No reclamó recompensa. Se fue sin reproches ni lamentos. No la hubiese dejado escapar en otra situación. En el fondo, se sentía culpable por haberla utilizado. Tal vez no fue más que miedo, un brutal y aterrador miedo a perder definitivamente a la mujer con la que se casó. Fuera como fuese, no se arrepentía de lo vivido aquella noche.

DE VUELTA A LO MISMO

Lidia había estado de compras durante toda la tarde con su amiga Mari Carmen. Era sábado, día de descanso. Anduvieron entre las rebajas buscando no sabían bien qué. Necesitaban salir, colmar algún vacío, pero lo único que consiguieron fue atiborrar de trapos y bisutería cuantas bolsas pudieron acarrear. Salieron del último establecimiento y se sentaron en la cafetería de enfrente para tomar algo antes de despedirse. Hablaron de las compras, del trabajo y hasta del tiempo. Ya no se

contaban lo felices que se sentían desde que se separaron de sus respectivos maridos ni lo bien que les iba con sus nuevas parejas.

Eran casi las ocho cuando Lidia volvió a casa. Andrés no había llegado aún, así que supuso que andaría tomando cervezas con los amigos, como siempre. Preparó la cena, no le esperó para comer. Cuando apareció, estaba planchando la ropa para el día siguiente.

—Tienes la comida en el microondas —le dijo sin apartar la vista de la tabla.

—No tengo hambre, voy a ver la tele un rato —tampoco él la miró.

—Pues vale.

Andrés se quedó dormido en el sofá, la información deportiva acababa de terminar. Lidia apagó el televisor y la casa permaneció en silencio. Ella aprovechó para terminar un informe. Mientras lo hacía, buscó entre sus recuerdos cuanto le unía a Javier. Entre pliegues, fue hilvanando cada momento y reprochándose todos sus desatinos. Se dirigió a su habitación y abrió el armario. Cogió el pijama. Cuando se dispuso a cerrar las puertas, observó con pesar el vacío antes ocupado por la ropa de Javier. Con ayuda del diván, pudo alcanzar una caja que guardaba en el altillo. En su interior, había varias fotos con Javier, entradas de conciertos y teatro, billetes de avión y algunas facturas de restaurantes. Entre todas esas cosas, un libro viejo. Recordó inmediatamente la dedicatoria tan absurda con que su antiguo vecino la felicitaba por su cumpleaños: un recuadro vacío y su firma. Lo abrió. Para su asombro, pudo leer algo que no había visto hasta entonces. Debió de escribirlo en algún momento posterior, pues el recuadro ya no estaba vacío.

«No me pidas que te deje ni que me separe de ti.

Iré donde tú vayas y viviré donde tú vivas.

Tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios.

Moriré donde tú mueras y que Dios me castigue si me separo de ti.

Te amo».

Su exmarido le había dicho en una ocasión: «No me digas te quiero, prefiero que me digas te amo. No quiero que me quieras, quiero que me ames. Se puede querer un coche, una casa o un perro. Querer me suena a posesión. Amor me suena a entrega».

Entonces, se vistió de nuevo, cogió el móvil y buscó entre sus contactos.

Javier acababa de salir del gimnasio. Consiguió rehacer su vida. Casi dos años sin ella resultaron suficientes para retomar todo cuanto quiso hacer de joven. Había cerrado las puertas del infierno dando un portazo y encadenado para siempre a los fantasmas que le atormentaron durante esos meses. Estaba dispuesto a concederse otra oportunidad, a hacer borrón y cuenta nueva. Aun así, no lograba disipar un pensamiento recurrente. Tal vez tuviese mucho de culpa, tal vez se lo hubiese buscado. Durante su relación con Lidia, había andado sobre una cuerda floja sin advertir que, en cualquier instante, podía perder el equilibrio y caer como un castillo de naipes o un cuadro sujeto por alfileres. Así, cuanto había construido se desplomó sobre su cabeza y pasó a hallarse perdido entre los escombros. Sus viejos tenían más razón que un santo cuando le decían que una relación empieza a perderse en el momento en que todo se da por sentado y no se ve la necesidad de decir lo que se siente o, peor aún, de luchar por lo que se ama.

—Si quieres conservar tu amor, vive cada día como el primero. Haz por mantener siempre la llama encendida. Tu padre y yo vamos a hacer cuarenta años juntos. Los matrimonios no duran tanto ahora, ya no es como antes. Ojalá que tú y tu Lidia encontréis el amor verdadero, pero eso hay que trabajarlo día a día. Créeme, merece la pena. No des todo por sentado. Si superáis los primeros tres años, cuando todo deja de ser nuevo, y comenzáis a conoceros de verdad, entonces, solo entonces estaréis preparados para empezar a amaros.

—Sí. Cree a tu madre, Javi, lleva toda la razón. ¿Sabes una cosa? Todos tenemos nuestros encantos y nuestras rarezas. Yo disfruto de los encantos de tu madre y...

—Olvidas sus rarezas —interrumpió el hijo.

—No, también disfruto de ellas.

—¿Qué?

—Sus rarezas, sus fallos, sus defectos, sus virtudes... Todo. Cuando se ama, se ama todo.

Nunca llegó a saber si sus padres fueron realmente felices, pero algo, sin duda, existió más allá de la simple abnegación. Tuvieran o no razón, lo cierto es que en ese momento solamente pretendía vivir la vida sin compromisos, sin cuentos de hadas.

La melodía del móvil sonaba insistentemente. Se despidió de sus compañeros, puso la bolsa de deporte sobre el capó del coche y abrió la cremallera de uno de sus laterales. Sacó el aparato, que seguía porfiando.

«¡Joder! ¡Lidia!».

¿Qué querría? ¿No estaba todo saldado tal y como ella deseaba?

—¿Lidia? ¿Qué pasa?

—Hola, Javi. ¿Tendrías un momento para vernos?

—Acabo de salir del gimnasio, ahora voy para casa. ¿Qué ocurre?

—¿Tienes un momento o no?

—Sí, claro.

Dicho y hecho, quedaron para tomar una copa. Lidia le habló con el corazón en la mano; al menos, eso le pareció. Ella, con su habitual forma de decir las cosas, siempre tan tajante y constantemente creyendo tener la razón, no logró sostenerle la mirada cuando se mostró arrepentida y dispuesta a intentarlo de nuevo.

Él no lo dudó, Lidia era la verdadera razón de su vida. No necesitaba nada más, todo cuanto había querido y aspirado se encontraba en ella. Sin embargo, necesitaba unos días para considerarlo.

Pasó toda la noche despierto. Minuciosamente, fue desgranando cada instante de la conversación uno por uno. Cada frase y cada gesto le pasaban por la cabeza una y otra vez. Las palabras de Lidia, que una vez había sido su mujer y aquella tarde permaneció frente a él como una extraña, no dejaban de sonar en su interior:

—Ahora lo comprendo. Tomé la decisión más fácil, aunque creí que era la difícil en aquel momento. No, realmente fue la más cómoda. Perdóname, Javi, no debimos dejarlo. He cometido el error más grande de mi vida y no tengo intención de pasar el resto de mis días lamentándolo.

No se trataba de un problema aislado, de una simple duda o siquiera de una crisis de pareja. Ella le había dejado por otro, no podía olvidarlo sin más.

—He estado enferma, lo sabes, pero ya me encuentro de nuevo en mis cabales. Sé lo que quiero y a quien quiero. Lo podemos intentar.

Javier, que no habría dudado de Lidia años atrás ni en sus pensamientos más oscuros, llegó a descubrir sus minuciosas maquinaciones con el tiempo. Comprendió cómo, hilo a hilo, fue entretejiendo cada uno de sus pasos hasta orillarlo en la cuneta para presentarse en ese momento como

víctima de sus propios errores. Definitivamente, necesitaba unos días para considerarlo. Dos razones de peso se enfrentaban en la balanza: por una parte, el amor incondicional; por otra, el miedo a la soledad. Ambas cayeron del mismo lado.

Despertó temprano. La puerta corredera estaba abierta y la brisa hacía bailar sutilmente los visillos de la terraza. El canto de los pájaros y el olor a césped recién cortado llegaban al interior de la estancia. Javier se asomó a la barandilla. Por entre los huecos de la celosía que remataba la tapia de la urbanización, las intrépidas ramas de la madreselva asomaban mientras el sol comenzaba a despuntar por la vertiente este de la sierra. La primavera llegaba como un soplo de vida. Entró de nuevo y la contempló largo rato mientras dormía; después, acarició su espalda y la besó.

Tomó la taza de café vacía que había dejado sobre el alféizar de la ventana, se dirigió a la cocina y se sirvió otro, pero sin leche ni azúcar. Encendió un cigarrillo y volvió de nuevo a la habitación rumiando cada segundo, dilatando el tiempo, recreando en la memoria cada secuencia de su vida con Lidia.

Permaneció allí hasta perder la noción del tiempo, descalzo, de pie junto a la ventana, con la taza en la mano y sin dejar de mirarla.

Lidia yacía desnuda sobre la cama. La sábana dibujaba el perfecto relieve de sus glúteos. Deslizó una pierna por entre el fino raso hasta dejarla al descubierto y abrazó a la almohada; entonces, un seno asomó tímidamente. Mientras tanto, su melena se extendía rebelde sobre el colchón.

Se acercó a ella para dejarse caer suavemente sobre su cuerpo recostado. La rodeó con sus brazos y besó sus hombros. En ese segundo, deseó que el tiempo se detuviese.

—¿Sabes qué me dijo una clienta cuando vino a verme al hospital?

—preguntó Lidia.

—¿Qué?

—Que la avisara si pensaba dejarte. Que, antes de que te enrollaras con otra, mejor con ella.

—¡Vaya, eso se avisa antes! —sonrió burlonamente—. ¿Y qué le dijiste tú?

—Que se fuera a la mierda. ¿Sabes qué me respondió?

—Que te fueras tú.

—No. Que no me lo tomara a mal, pero que estás para echarte un polvo. Ahí quedó la conversación. Tenía toda la razón, ¿quién mejor para saberlo sino yo?

Entre risas y *te quiero*s, se adormecieron por un momento.

—Niño.

—¿Sí?

—Mucho...

—Más...

Hablaron el lenguaje secreto que solo conocen los amantes cuando se declaran un amor inconmensurable y eterno.

—Quédate conmigo —suplicó la mujer.

—Siempre —precisó su marido.

Ella sonrió y volvió a dormirse. Javier aprovechó para salir a comprar algo que desayunar.

«La Floristería estará abierta hoy domingo», pensó mientras se vestía.

No cogió el coche, quiso caminar.

—Buenos días, ¿me da un pan de chapata?

—¿Cuál quiere usted? Tenemos de varios tamaños.

—Ese de ahí —señaló al más grande.

No debía de haber más de quinientos metros desde la panadería hasta la floristería. Todavía era temprano, llegaría a tiempo para preparar el desayuno y despertarla lentamente. Imaginaba la mesa con los cafés, el pan caliente con aceite y la rosa en el centro como tantos otros domingos sentados a la mesa frente a frente. Mientras se dirigía a la floristería, no podía dejar de pensar en su esbelto cuerpo ceñido por aquel camisón de seda que dibujaba su silueta y en aquella abertura por la que asomaban sus largas y bonitas piernas.

Sonó el móvil. Era Lidia, que se había extrañado al no verlo en casa.

—Me acabo de duchar. Salgo a buscarte en cuanto me vista. Me apetece un chocolate con churros, así que te recojo. Yo pongo el coche y tú me invitas, debemos recuperar las fuerzas que gastamos anoche —dejó escapar una risa de lo más desinhibida—. Estoy deseando volver a casa para retomarlo donde lo dejamos.

Los dos se echaron a reír.

—Eso sí, no sé si vas a estar a la altura —bromeó ella.

—Sabes que siempre lo estoy.

—Fantasma...

Parecían dos recién casados. ¿Quién les habría dicho que, tras largo tiempo de permanecer separados, después de vivir cada cual su vida, volverían a conectar como la primera vez? El sabor de los besos les resultaba completamente nuevo.

María nació once meses más tarde, y todo parecía ir mejor a partir de entonces. La pequeña llegó para bendecir, con sus rosados mofletes, cada instante de sus vidas. Los días pasaron repletos de felicidad.

UN EMAIL INESPERADO

Las primeras noches de diciembre discurrieron gélidas evocando los días de Navidad y el entrañable sabor de los roscos de anís. Todavía se podían ver algunos puestos de castañas asadas con su inconfundible humareda, y un olor peculiar se percibía en la atmósfera impregnada de aire festivo. Las calles, al igual que los grandes almacenes, estaban adornadas con luces de colores y motivos navideños. Los villancicos sonaban por doquier. Parecía como si las puertas del cielo se hubiesen abierto de par en par y millones de ángeles hubieran bajado para tocar el corazón de cada persona. La bondad, la solidaridad y tantas otras virtudes olvidadas durante el año recuperaban su protagonismo.

Javier y Lidia habían planificado celebrar las fiestas con la familia. Solían viajar a Andalucía durante las vacaciones de verano, pero les insistieron tanto que decidieron bajar también entonces. Pasarían la Nochebuena con la familia de él y la Nochevieja con la de ella. Estarían de vuelta en casa para Reyes.

Era el 24 de diciembre del año 2003. Comenzaba a anochecer. Alberto disfrutaba como un crío mientras paseaba a su sobrina por la calle Larios, toda iluminada. Los padres habían aprovechado la oportunidad para hacer algunas compras.

—Nos vemos a las ocho en la plaza de la Constitución —acordaron con el matrimonio.

Tío y sobrina pasaron una tarde inolvidable. Sin embargo, ese año María encontró a Alberto muy triste, como si le faltase algo. Sus ojos no se iluminaban como antes. Reía de manera muy distinta. No sabía qué, pero se percató de que algo muy serio le estaba ocurriendo. Su incipiente intuición se lo decía al oído: «Tito Alberto está triste —y ella misma respondía—: Ya encontrará una novia, tito Alberto es muy guapo».

Las horas transcurrieron rápidamente y el momento de regresar se acercaba. Les esperaba una noche llena de alegrías junto a los abuelos, que aguardaban repletos de sorpresas. Nada podría enturbiar aquella Nochebuena.

—Tito, cómprame un gofre.

—¿De chocolate?

—Sí, de chocolate.

Los dos comieron hasta hartarse.

—Tito, me encanta la Navidad. Es bonita, ¿a que sí?

—Sí, a mí también me encanta.

—¿A que falta mucho para que se acabe?

—Pues claro, todavía falta mucho.

—¡Qué guay! Todavía no nos vamos para Madrid y podremos estar contigo y con los abuelos más tiempo, ¿verdad? ¿A que sí?

—Pues claro que sí —respondió con una enorme sonrisa—. Todavía nos queda mucho tiempo.

—Y el cole no empieza todavía, ¿a que no?

—No, todavía falta para que empiece —sonrió de nuevo.

La niña se detuvo frente a uno de los escaparates y probó suerte:

—Tito, ¿me compras esa muñeca?

—¡Nooo, qué va! No se puede comprar, está ahí para que las niñas la vean y se la pidan a los Reyes Magos en la carta después —le explicó en

voz baja—. ¿La has escrito ya?

—No, todavía no.

—Pues ya sabes. ¿Te gusta esa?

—Sí.

—Después le decimos a papi y a mami que te la apunten en la carta.

—Vale, me la pido.

La niña quedó pensativa mientras miraba la muñeca del escaparate. Soltó la mano de su tío e hizo un gesto para que se agachara hasta su altura, tras lo que le cogió de la cabeza y dijo al oído:

—Tito... Mmmm... Mi «seño»... Mira, tito... ¿Los niños? Mmmm...

Alberto cogió su cuerpecito por las axilas, la alzó, abrazó y le dio un beso en la frente. Acto seguido, volvió a bajarla y se acuclilló frente a ella.

—Dime, guapísima.

Una expresión de desconsuelo difuminó el semblante de felicidad que la pequeña había lucido hasta ese momento. Le resultaba difícil explicar algo que no lograba entender. Buscó en su memoria las palabras exactas. Al fin, logró atinar:

—Mi «seño» dice que los niños pobres no pueden tener juguetes porque sus papás no pueden pagarlos.

—Sí, es verdad.

—Pero... ¿no los traen los Reyes Magos?

La deducción de María dejó a Alberto fuera de juego por un instante.

—No, pero... verás...

—Nosotros podemos ir a sus casas y llevárselos si los Reyes no pueden, ¿no? —propuso ella.

Desprovisto de recursos y sin ninguna habilidad para salir del atolladero, recurrió a la ambigüedad:

—Bueno, ya veremos. Todavía queda mucho tiempo.

El jardín de los abuelos se encontraba completamente engalanado. Desde la puerta de la verja, se podía entrever un destello intermitente de colores como presagio de algo entrañable y hermoso. Ya en el interior de la casa, un gran árbol con bolas, estrellas y espumillones de tonalidades rojas y verdes, y la chimenea encendida y repleta de guirnaldas, les aguardaban. Sobre la encimera, colgaba un calcetín bordado con copos de nieve junto a las tarjetas de felicitación. Un gran Nacimiento estaba situado entre la chimenea y el televisor. La mesa ocupaba el centro del salón y, sobre ella, descansaba una vela rodeada de bolas doradas, piñas y hojas de acebo. A ambos lados, bandejas con trozos de turrón, peladillas, mantecados, alfajores, bombones... y, sentados en el sofá, los abuelos con una amplia sonrisa y los brazos abiertos.

—Dame un beso, pitufa —requirió la abuela.

—Hoy viene Papá Noel —informó el abuelo.

—¡Sí, sí! ¡Bien, bien! —festejó la nieta.

La cena y posterior entrega de regalos fueron perfectas. María acababa de deleitar, a ritmo de pandereta, a la entusiasmada audiencia, que rompió en un espléndido aplauso. Se trataba del último villancico que la niña había aprendido en el colegio. Fue elegida solista y tuvo que cantarlo frente al Niño Jesús en la obra de teatro unos días antes de las vacaciones de Navidad.

—¡Bravo, bravo! —todos exclamaron a coro.

—Ahora me ha salido peor que en el cole —se lamentó la cría dirigiéndose a su público.

—¡Qué va! —refutó su madre—. Eso es lo que a ti te parece. Te habrás puesto nerviosa por los abuelos, pero has estado genial. Yo creo que mejor aún.

Andrés y Ana saborearon el momento hasta el final. Quedaron fascinados no solo por la candidez de la niña y la ternura que les sobrevino. Estaban allí, juntos, disfrutando de la simplicidad de cada segundo. La sola presencia de sus seres queridos les hacía felices.

A través de un orificio que había en la vieja persiana, un haz de luz penetraba partiendo en dos la penumbra. Lidia se levantó de la cama y abrió la ventana de par en par. Lucía un sol espléndido, era un día perfecto para pasear. Tal y como habían decidido la noche anterior, visitarían los dos solos el mercadillo de la ciudad antes de regresar a Madrid mientras María se quedaba al cuidado de los padres de Lidia. Pararon en un estanco por el camino, Lidia necesitaba comprar tabaco. Javier había dejado de fumar antes de comenzar el Adviento. Era la

segunda vez que lo intentaba, la primera solo aguantó una semana.

Llegaron al «hervidero», como Javier lo llamó. Nunca habían estado allí, pero Lidia insistió. Tenía curiosidad por conocer aquellas pintorescas calles por las que apenas se podía andar. Ropa de todo tipo pendía de los improvisados toldos, alfombras que exhibían un mar de zapatos, atuendos para la playa, aceitunas, pepinillos y un sinfín de artículos de lo más variopinto que jamás imaginaron podían contemplarse por doquier. Los mercachifles vociferaban sus ofertas.

Camino de regreso, compraron helado para tomar de postre. Lidia había preparado zarzuela de marisco. Sabía cuánto le gustaba a su marido desde que descubrieron ese plato en uno de sus viajes, así que se esmeró en aprender a cocinarlo para él; a ella también le gustaba.

—Javi, ¿recuerdas cuando estuvimos en Mallorca?

—¡Mmmm...! ¿Que si me acuerdo? ¡Qué buenas ensaimadas nos comimos allí!

—Pues prepárate, esta noche comemos zarzuela. No te digo más —una mirada traviesa asomó por entre los cristales oscuros de sus gafas.

—Pues ya sabes —asintió con descaro—, tenemos que comprar una botella de sidra. Échale picante a rabiar.

—Habrá que comprar dos por lo menos, porque he puesto «pique» por un tubo —añadió la mujer con una risa sonora.

—Sí —asintió Javier—. Me gusta, esta noche promete.

—Pero tendrás que esperar a que todos estén dormidos.

—¡Qué largo se me va a hacer! Podemos cerrar la puerta.

—Sí. Vamos, que no nos van a oír.

—¡Pues claro que no!

—¡No, qué va! Tendrás que taparme la boca con la almohada si no quieres que me oigan en toda la urbanización.

Mientras Lidia calentaba los restos de la cena del día anterior, Javier sirvió dos copas de rioja, acercó una a su mujer y preparó la mesa. Los padres de ella dejaron una nota explicando que habían salido a dar un paseo con su nieta y comerían fuera.

«No nos esperéis, volveremos tarde», añadieron en la posdata.

Ambos echaron un vistazo a sus respectivos correos electrónicos. Entre propagandas y notificaciones, encontraron un mensaje inoportuno, unas líneas que frustraron al instante todos sus planes. Les pedían que volviesen cuanto antes a Madrid. Todavía les quedaban tres días de vacaciones, pero en el bufete tenían un asunto importante entre manos del que Lidia debía hacerse cargo.

—No pasa nada, cariño —le dijo Javier—. ¿Qué le vamos a hacer? Después de todo, hemos tenido suerte. Peor sería que te hubiesen llamado antes. Lo hemos pasado bien, no te preocupes.

Sin embargo, Lidia no supo encajar el golpe. Aquello supuso un jarro de agua fría que la caló hasta el tuétano. Pasó la tarde con un humor de perros, solo quería que la dejaran tranquila, coger una manta y amodorrarse en el sofá hasta quedar dormida. Al llegar la noche, todo seguía igual.

—Venga, cariño, anímate —insistió él—. Vamos a cenar, la mesa ya está lista.

—¡Para ti siempre es todo tan sencillo...! —reprobó su mujer.

Sin decir más, dejaron la comida en la mesa y se fueron a la cama. Un cigarro, un beso efímero y un alborotado silencio. Ella apagó la luz de su mesita de noche, luego, él hizo lo mismo. Ella se volteó hacia su lado; después, él hacia el suyo. La noche garantizaba, cuando menos, la indiferencia hasta que Javier recordó a su mujer aquello que se prometieron una vez: *Aunque estemos enfadados, nunca dejaremos de darnos las buenas.*

—Buenas noches, cariño.

—Buenas noches —respondió Lidia.

—Te quiero.

—Y yo.

Como cada noche, se acercó, pegó su cuerpo al de ella, la rodeó con sus brazos y posó cada mano sobre un seno. Más que un hábito, era una necesidad. Zambullirse entre las sábanas piel contra piel y dejarse seducir por el sutil aroma de sus cabellos, su espalda desnuda y sus glúteos apretados contra él era, sin duda, el mejor de los regalos. Constituía el momento perfecto del día, la mejor forma de conciliar el sueño. Acariciaba su cabeza y deslizaba suavemente el cabello entre sus manos. Ella se dejaba hacer. En ocasiones, Lidia se excitaba cuando Javier rozaba sus

pezones con la yema de los dedos o los hacía resbalar por su cintura, caderas y muslos. Entonces, entre contorsiones y espasmos, se giraba y entregaba por completo a merced de su amante. En cambio, no fue así esta vez.

—¡Ay, que me has dado un tirón de pelos! ¡Échate para allá!

El día no había terminado como planearon mientras regresaban del rastro. Javier tardó en dormirse más de lo normal y, al otro lado del colchón, en la lejanía, se adormeció. Durmieron algún tiempo hasta que la noche les sorprendió abrazados. No sabían cómo, no sabían por qué, pero les gustó. Se miraron con la misma quietud de la noche, masticando cada segundo. Así, enlazados, se volvieron a dormir.

A la mañana siguiente, mientras se aseaban, Lidia quiso disculparse:

—El maldito e-mail me fastidió el día.

—No te preocupes, no pasa nada —la abrazó.

—No me dejes nunca, cariño.

—Contigo siempre.

—Siempre.

—Hasta el final.

Se besaron y bajaron a desayunar. María estaba con los abuelos, sentada junto a la mesa de la cocina. Había terminado de tomar su Cola-Cao y una rebanada de pan con aceite y jamón.

—¡Tardones, tardones! —gritó cuando sus padres asomaron.

—¡Vaya par de dormilones! Tu padre y yo vamos a dar un paseo con la niña mientras desayunáis. Después nos vemos.

El año 2004 se presentaba prometedor. La crisis de la que creyeron ser incapaces de salir les hizo más fuertes. Había pasado el tiempo suficiente para constatarlo. Hicieron borrón y cuenta nueva. Engrasaron las bisagras que, de nuevo, abrían la pesada puerta del futuro ante ellos mostrándoles el sendero que deberían recorrer juntos.

Faltaba un mes para el cumpleaños de María. Los años transcurrían vertiginosamente. Sin apenas darse cuenta, la niña estaba convirtiéndose en una mujercita. No podían esperar más. Sin más tardanza, decidieron ir

a por el segundo.

TITO CHUQUI

Los niños, aunque alborozados, revoloteaban por la casa con un cuidado extremo. Siendo grande su entusiasmo, mayor podía ser el consiguiente rapapolvo si llegaban a alterar el orden establecido por su madre. Tenía todo dispuesto en la más perfecta armonía, en el sitio exacto dentro de un contexto exquisito. Estaban recién duchados y vestidos con sus mejores ropas no ya por ser domingo, sino porque recibirían una visita muy esperada en breve: Tío Alberto y su nuevo amigo, Jesús. Se quedarían unos días en Madrid para celebrar el tercer cumpleaños de Juan.

Lidia lucía radiante. Aun después de dar a luz a su segundo hijo, mantenía todo el encanto de su juventud.

Javier canturreaba una coplilla de cuando la transición mientras terminaba de quitarse la espuma de la cara. «Ahora —pensaba— estamos en el conformismo, el inmovilismo y el continuismo». Le resultaban tristes tantos «ismos» en los que no apareciese como raíz, al menos, la palabra «progreso». Para él, quedaba mucho que cambiar, mucho por avanzar frente a tanto afán de poder y tanta verborrea impúdica.

—¡María, abre! —la voz imperativa de Lidia sonó casi al mismo tiempo que el timbre de la puerta.

—¡Tito Chuqui!

El brinco de Juan le llevó directamente a los brazos de Alberto, cuyo rostro cubrió de torpes y desinhibidos besos en un segundo. María se sumó al gesto de su hermano. Tío y sobrinos se abrazaron con fuerza.

—¡Tito Chuqui, tito Chuqui! ¡Mamá, papá, tito Chuqui ha llegado!

Tito Chuqui, así le llamaban los críos desde que una vez jugó con ellos haciéndose pasar por el muñeco diabólico. Desde entonces, pedían una y otra vez jugar a esconderse de Chuqui, y Alberto les complacía incansable.

—¿Dónde andan esos niños?! —gritaba con los ojos muy abiertos.

Entonces, entre risas contenidas, simulaban estar aterrorizados mientras correteaban por toda la casa en busca de un escondite.

Ese fin de semana lo pasaron genial. Todo resultó mejor de lo que cabía esperar. La celebración, las salidas por Madrid y las noches de tertulia

fueron de lo más gratificantes.

De regreso a Málaga, ambos amigos iban contentos relatando los más entrañables momentos vividos. Jesús expresó su simpatía hacia aquella familia tan encantadora y Alberto agradeció su estima con un guiño. Ambos recordaron, sin mencionarla, la discusión que mantuvieron en el viaje de ida.

—*No entiendo por qué necesitas salir para sentirte bien* —le había recriminado Alberto.

—*Desde luego que eres un amargado* —refunfuñó Jesús.

—*¿Amargado? ¿Quién será el amargado?*

—*Tú.*

—*¿Yo?*

—*Sí, tú. No te digo que lo hagamos todos los sábados, pero me gustaría salir a bailar alguno que otro.*

—*¿Necesitas salir a bailar para estar a gusto conmigo?*

—*¡Venga ya! No es eso y lo sabes, pero todos los fines de semana en casa ya me aburren demasiado.*

—*Pues si te aburres, ya sabes.*

Ninguno de los dos, cada cual en su trinchera, estaba dispuesto a ceder un ápice en su argumento.

—*Que sepas que el amargado eres tú, no yo* —gruñó Alberto reavivando la disputa.

—*Amargado tú, que nunca quieres salir.*

—*No necesito salir para ser feliz. En cambio, tú te aburres y amargas si no lo haces.*

—*¿Sí? Pues el último día que fui con mis amigos llegaste más tarde que yo a casa.*

—*Ya te expliqué dónde estuve y por qué.*

—*Sí, pero no con quién. Está claro que ocultas algo.*

—Con alguien a quien no puedo traicionar. Lo que me dijo es algo que atañe solo a él. No tengo por qué contárselo a nadie.

—¿Ni a mí?

—No te confundas, nada tiene que ver con nosotros.

—Perdona, estás encubriendo a alguien que ha robado drogas. Eso te convierte en cómplice.

—¿Qué quieres? ¿Voy a la Policía?

—No. Lo mejor será que convenzamos a ese amigo tuyo de que deje la droga donde la encontró y nos olvidemos de todo, que la vida siga su curso.

—No es tan fácil.

Pasaron el resto del viaje sin hablar hasta llegar a la estación.

—Por favor, tengamos la fiesta en paz —suplicó Alberto cuando se disponían a bajar del tren.

—No te preocupes —descargó las maletas con gesto apaciguador—. Tranquilízate, tu familia no tiene por qué pagar nuestros malos rollos. Vamos a pasarlo bien.

—Ok, ya hablaremos en casa.

—Eso.

Al contrario que la ida, el regreso a Málaga estaba resultando agradable para ambos. No había razón para estropear el momento retomando discusiones que, a la larga y muy a pesar de ellos, terminarían perjudicando la relación.

YA NO TE QUIERO

Juan y María disfrutaban del fin de semana en el aula de la naturaleza. Sus padres les habían enviado allí con la intención de estar a solas todo ese tiempo y poder hablar sobre temas que no iban del todo bien entre ellos dos.

Por un lado, Javier había renunciado a todo y soportado los arrebatos y depresiones de Lidia, sus descalificaciones y su despotismo, como tantas veces que se sintió desconcertado sin entender sus enojos, cuando le echaba en cara su indolencia o cuando parecía no importarle nada de

cuanto ocurría a su alrededor.

Por otro, Lidia no se consideraba amada. Durante esos años, se sintió ignorada, incomprendida y censurada por su marido, un marido que había dejado de tener detalles con ella. Se limitaba a regalarle una rosa cada viernes, aunque ya hacía varios meses que había dejado de hacerlo.

Sin embargo, de nada sirvió el viaje que proyectaron aprovechando la ausencia de los niños. La «escapada» no resultó el remedio para devolverles, como por arte de magia, el amor perdido. De sobra sabían que ese milagro era imposible. Esperarlo fue un error. Regresaron a Madrid con la sensación de encontrarse aún más lejos el uno del otro.

El reloj de la cafetería marcaba las cuatro de la tarde. Aún faltaban tres horas para recoger a los chicos. Echaron un vistazo a sus móviles y se miraron fugazmente. Ninguno se atrevía a hablar.

Finalmente, Lidia decidió afrontar la situación y acabar cuanto antes con ese sinvivir.

—Sabes que todo se ha acabado entre nosotros, ¿verdad?

—¿Por qué? Yo no lo creo así —Javier la miró desconsolado—. Ya hemos pasado antes por esto. Podemos superarlo.

—No, Javier. Es mejor que nos separemos. Créeme.

—¡Por favor, otra vez no!

—Lo siento —sus ojos se inundaron de lágrimas—, ya no te quiero.

De nuevo, sintió el peso de la desolación cayendo sobre él. ¿Qué deidad permitía tanta confabulación en su contra? El aire abrasaba su garganta y una quemazón en el pecho le hacía imposible respirar.

—¿Y los niños? ¿Qué pasa con los niños?

—Lo superarán, no queda otra.

Lidia le miró a los ojos y, deslizando lentamente su mano sobre la de él, dejó entrever una leve sonrisa. En ese instante, entendió que la perdía para siempre. Supo de una vez por todas que todo acababa allí.

El sol los abrasaba a través del parabrisas mientras oían a sus hijos contar todas y cada una de las aventuras vividas con compañeros y monitores. Hablaban y hablaban sin parar de agitarse, reír y gritar ajenos a la angustia de sus padres. Estos les sonreían desde el abismo sin apenas prestar atención a lo que contaban. La carretera secundaria les condujo

hasta la entrada a la autopista. Cerraron las ventanillas y pusieron el aire acondicionado. Al cabo de una hora, la calina cesó y unas nubes blanquecinas acudieron para definir una escena deslumbrante. El sol, ya oculto, dejaba entrever por entre las disgregadas nubes un hermoso abanico de haces de luz que amarilleaban sobre la vega.

—¡Mira, papá, un milagro! —gritó el niño.

—Es verdad —observó Javier con fascinación más por el comentario de Juan que por el panorama en sí—. ¿Cómo lo sabes?

—Porque ya lo he visto antes.

—Sí, es cierto. Hay una foto igual en mi libro de religión, yo se la enseñé —indicó la hermana—. ¿Será un milagro de verdad?

—Yo ya he visto muchos milagros —indicó el pequeño.

—¡Mentiroso! —replicó su hermana.

—¡Verdadero! —contestó al sentirse reprobado.

—¡Ah, esa palabra no existe! —la niña se regodeó con cierta crueldad.

—Sí existe. ¿A que sí, mamá?

Antes de que Lidia pudiera intermediar, María retomó la contienda.

—¡No existe, no existe! —exclamó haciendo exasperar aún más a Juan.

—¡Sí existe, sí existe!

—¡Dejad ya de gritar! —intervino la madre dejando el habitáculo en silencio.

Durante diez kilómetros, el silencio siguiente fue casi sepulcral. Solo se oía, entre interferencias, la sintonía de la radio. Javier puso un recopilatorio con las mejores canciones de cantautores de habla hispana. Los indicadores de tráfico auguraban un pronto regreso al domicilio familiar.

—Tengo una idea, vamos a jugar al veo-veo —propuso el padre.

A todos les encantó la idea. Poco más tarde, llegaron a la salida que les encaminaba a casa.

—¡Por fin! Ya estamos llegando —celebró Javier.

—¡Por fin! Ya estamos llegando —el niño repitió las palabras de su padre.

—No repitas lo que digo.

—No repitas lo que digo —corearon los hermanos.

—¿Esas tenemos? Al final me voy a enfadar.

—¿Esas tenemos? Al final me voy a enfadar.

Lejos de enojarse, Javier no pudo más que sonreír complacido por la armonía de las voces de madre e hijos imitándole. Tras unos segundos de risas, uno mudo. Hombre y mujer se miraron a los ojos. Querían que todo pareciese perfecto ante sus hijos, pero ellos se sentían como náufragos en las apacibles aguas de la ensenada. Los niños se quedaron dormidos poco antes de llegar.

A la mañana siguiente, mientras se dirigían al trabajo, estudiaron varias alternativas y, finalmente, decidieron que lo más sensato sería que él se procurase alguna vivienda de alquiler mientras encontraba algo definitivo. Así pues, acordaron la fecha aproximada en que Javier debería irse de casa.

Convinieron en no decir nada a los niños hasta que no pasara algún tiempo. «Papá tiene que trabajar fuera», les explicaron. «Por supuesto, tendrás que buscar otro trabajo», le dijo ella. A ninguno le atraía la idea de volver a trabajar juntos.

Los meses que sucedieron a aquel día resultaron desgarradores.

Al fin, llegó el momento acordado. Todo estaba resuelto. Antonio, un amigo de Javier, le había ofrecido una habitación en su casa. Era un joven soltero que vivía solo y estaba dispuesto a acogerlo todo el tiempo que fuese necesario.

Javier salió aquella mañana para dejar a los chicos en el colegio mientras Lidia terminaba de arreglarse. Más tarde, volvería para recoger sus cosas.

Ella no estaba cuando llegó, se había ido para la oficina. Javier no pretendía demorarse mucho. Deseaba acabar lo más rápido posible y largarse cuanto antes. Sin embargo, mientras hacía la maleta, no pudo evitar encontrarse de lleno con los recuerdos. Permaneció inmóvil durante un rato y, después, se marchó.

Antonio le esperaba en su apartamento ansioso por descorchar la botella de Moët & Chandon que había comprado para la ocasión. La sostenía con

una mano mientras levantaba dos copas de champán con la otra.

—Brindemos, ahora vas a saber lo que es vivir.

—Sí, lo malo será tener que acostumbrarme a hacerlo sin mis hijos.

—Los verás todos los días. ¿No es en lo que habéis quedado?

—Pero no al acostarse para darles un beso de buenas noches, ni los despertaré por las mañanas con un abrazo.

Una terrible desazón se apoderó de Javier. Pensaba en cuántos momentos, buenos o malos, vivirían sus hijos sin poder estar junto a ellos. Sentía como si les hubiese fallado. Una sensación de culpa se había instalado en su corazón sin apenas entender por qué.

—Venga, tío, me verás a mí. Si quieres, puedes darme un beso de buenas noches y otro de buenos días —bromeó con la intención de quitar hierro al asunto—. Incluso, te dejo que me cuentes un cuento para dormir.

Aquella misma tarde, Javier se quedaría con Juan mientras Lidia llevaba a María al dentista. La cita era a las seis, y debía recogerlo a las cinco en casa. Disponía del tiempo suficiente para ordenar la ropa en su nueva habitación. A continuación, irían al parque.

Llevado por su entusiasmo, el niño no dejaba de correr de un lado para otro. Del columpio al tobogán y del tobogán al columpio, entre idas y venidas, regresaba al banco donde se encontraba el padre, un atracón de agua, un beso y vuelta a empezar no sin antes corretear tras las palomas, a las que nunca conseguía dar alcance.

Javier observaba con agrado cada movimiento de su hijo.

De nuevo, el niño se acercó al padre.

—¡Papá! ¡Tengo hambre y sueño!

Ya eran las ocho de la tarde, y había corrido y brincado hasta caer rendido.

—Pues venga. Vamos para casa. A cenar y a dormir.

MAMÁ ESTÁ MUY RARA

Mientras Peter Pan y el capitán Garfio se enfrentaban en furiosa contienda sobre la verga del viejo galeón, Javier no dejaba de pensar en lo que su hija le había dicho esa tarde de camino a casa. Los hermanos, uno en cada extremo del sofá, reñían por la manta hasta que una voz resonó en

el salón:

—¿Me buscabas, bacalao?

Entonces, con los ojos como platos y sin dejar de mirar al televisor, se arroparon junto al padre.

—¿Quién quiere palomitas? —sugirió Javier.

—¡Yo, yo! —gritaron los dos.

Javier se levantó para dirigirse a la cocina. Se sentía feliz por tener a los niños en casa durante el fin de semana viendo aquel clásico por undécima vez. ¿Por qué razón habría de preocuparse? Sin embargo, seguía oyendo la voz de María entre el golpeteo de las palomitas al estallar contra la tapa de la sartén y el alboroto de los «niños perdidos»:

«Mamá está muy rara últimamente».

El olor a palomitas recién hechas le devolvió al placer de ese instante. Las volcó en un bol y regresó al salón.

—Ahí voy, hacedme sitio.

En ese momento, Wendy estaba entregando su dedal a Peter Pan.

—¡Oh, qué bonito! —María se ruborizó.

—¡Bah! ¡Qué asco! —protestó Juan.

Fue fácil disipar los fantasmas mientras estuvo en compañía de sus hijos, pero el lunes, en la soledad de la noche, aquellas palabras continuaban inquietándole:

«Mamá está muy rara últimamente».

A la semana siguiente, cuando fue a casa de Lidia para recoger a Juan y María, ella le aseguró que todo iba bien. Él, sin embargo, no terminaba de verlo tan claro. Ella siempre había sido muy pertinaz en sus argumentos, algo que a Javier nunca agradó. Aun así, decidió confiar en lo que le dijo.

—De todos modos —insistió Javier—, puedes dejarme a los niños por un tiempo si te encuentras mal en algún momento.

Lidia agradeció el gesto, pero no parecía dispuesta a ceder más allá de lo acordado.

Una mañana, cuando todo parecía en calma, el móvil de Javier sonó. Acababa de salir de la ducha y se disponía a vestirse. Se aturrulló tanto que dejó caer la ropa al suelo, colocó la toalla alrededor de su cintura y corrió hasta el dormitorio para coger el teléfono, que no dejaba de sonar.

El aroma del café inundaba toda la casa, y un delicioso olor a pan recién tostado se adentraba en el olfato estimulando el apetito.

—Javi, ¿puedes llevar a los niños al colegio? Me siento mal y voy a quedarme en casa. Ya he avisado en el trabajo.

—Sí, claro. ¿Qué te pasa?

—Nada, después hablamos. Es que no me encuentro del todo bien.

Por un momento, el estómago se le retorció como si una mano invisible quisiera arrancarle las entrañas. Las inocentes palabras volvieron de repente como un estallido ensordecedor:

«Mamá está muy rara últimamente».

Perdió el apetito por completo. Dejó el teléfono sobre la cómoda, se vistió, se peinó y encaminó sus pasos a la cochera. Ya en la carretera, quiso llamar para avisar que estaba en camino, pero se percató de que no había cogido el móvil. Entonces, aceleró como si la vida le fuese en ello. Le pareció que nunca llegaría.

Al fin, lo hizo. Con pasos agigantados, subió las escaleras. Mientras esperaba en la puerta, intentó tranquilizarse, convencerse de que nada había que temer.

Así fue. Todo parecía estar en orden. Lidia, todavía en la cama, se quejaba de un terrible dolor de cabeza. Era algo normal, solía padecerlos a menudo. Javier vistió a los niños, les hizo el desayuno y los llevó al colegio. Al regresar al coche, comenzó a sentir hambre. El estómago le avisaba de que el peligro había pasado.

Más tarde, cuando aún faltaban dos horas para recoger a los chicos, recibió una visita muy extraña en el trabajo que le dejó absolutamente desconcertado. Mari Carmen se había presentado en la notaría donde Javier trabajaba y quería hablar con él. Al verla, su desconcierto se convirtió en pánico. La amiga de su exmujer llegaba con la cara descompuesta y los nervios a flor de piel. De repente, comenzó a barbotar de manera casi ininteligible, algo insólito en ella. La tranquilizó, le ofreció agua y la invitó a sentarse. Después de tomar aire repetidas veces y sin recobrar totalmente el aliento, retomó la palabra.

Mari Carmen había decidido ir a casa de Lidia para saber cómo se encontraba. Tenía que salir para el juzgado, y le pareció oportuno hacer una pequeña escapada para interesarse por su amiga.

—No respondía a mis llamadas, así que fui a su casa, pero nada —le explicaba embrollando las palabras—. Tampoco contestaba al telefonillo.

Entre suspiros y llantos, lograba atinar con dificultad todo cuanto quería decir.

—Estaba muy preocupada por ella. Como no respondía, abrí con mis llaves. La llamé, la busqué por todas partes. Nada, ni rastro.

Paraba un segundo, volvía a tomar aire y, entre sollozos, seguía farfullando desconsolada:

—Supuse que habría salido a comprar o algo así hasta que entré en el cuarto de baño.

Abrazó a Javier y un llanto incontenible la mantuvo sin habla durante unos minutos. Su cuerpo temblaba por entero y una extrema debilidad se apoderó de sus piernas hasta casi hacerla caer al suelo. Javier sintió cómo se le erizaba el vello de la piel. Sin fuerzas, la ayudó a sentarse. Mari Carmen continuó apenas sin aliento:

—Allí la encontré, en la bañera. Tumbada, desnuda, desangrándose... ¡Dios mío! ¿Por qué lo habrá hecho?

Una extraña sensación de dolor y culpa se apoderó de Javier dejándolo sin habla.

—Ahora mismo está en el hospital. No saben si sobrevivirá, ha perdido mucha sangre.

Javier se sintió aturdido. En ese instante, llevó las manos a su cara, bajó la cabeza y, después, comenzó a deambular de un lado a otro del despacho.

—Toma —Mari Carmen le pasó un sobre—, dejó esto encima de la cama.

«Para Javier», se podía leer en él.

A Javier le temblaban las manos. Lo abrió; más bien, lo rompió. Desplegó el papel y lo leyó para sí:

«Lo siento. No supe apreciar lo que tenía.

Espero que me puedas perdonar algún día.

Siempre.

Lidia»

Mari Carmen insistió en ir juntos a urgencias, pero, antes, Javier tenía que encargarse de los niños. Se dirigió a toda prisa hacia la casa de Antonia, una joven vecina que enviudó al poco tiempo de casarse y, después de explicarle lo ocurrido y pedirle que se hiciera cargo de los críos, fue al hospital. Durante el camino, imaginaba a Lidia tumbada en la bañera, desnuda y ensangrentada. Esa imagen quedó grabada en su memoria y volvería una y otra vez, día tras día y noche tras noche.

Después de largas horas en la sala de espera, el médico les explicó que habían podido normalizar sus constantes vitales, pero aún seguía en estado grave. Debían esperar para ver cómo evolucionaba durante las próximas horas.

Al día siguiente, el informe médico resultó de lo más favorable. Lidia había salido de peligro y le darían el alta en poco tiempo. Sin embargo, era necesario hospitalizarla y administrarle un tratamiento psiquiátrico.

Habían pasado cinco meses desde que Lidia fuera ingresada y él se mudara con los niños al piso en el que vivieron cuando se trasladaron a Madrid. Los críos estaban muy contentos por tener allí a su papá, e imaginaban que todo volvería a ser como antes cuando mamá se recuperara.

Javier estaba preparando la cena mientras María hacía las tareas del colegio y Juan veía los dibujos animados en el salón.

—Venga, María. Ve terminando, que la cena está casi lista.

—Sí. Ya voy papá, casi he terminado.

—Vale.

—Cinco minutos y estoy.

—Ok —se dirigió al salón—. ¿Dónde está mi campeón?

—¡Aquí, aquí! —emocionado, el crío saltó del sofá con la habilidad de un saltamontes y se encaramó a los brazos del padre.

—¿Qué hay para cenar?! —gritó María desde el dormitorio.

—Huevos fritos y salchichas, mi especialidad.

—¿Hay ketchup?

—Sí.

—¡Guay! ¿Y mostaza?

—También.

—¡Toma ya! —festejó mientras, de un respingo, se levantaba del sillón del escritorio—. Ya he terminado.

—¡Sí, sí! ¡Qué rico! —celebró Juan relamiéndose.

—Venga, vamos a comer ya. A lavarse las manos.

Javier acababa de preparar la mesa cuando el niño lo llamó desde el cuarto de baño para que le acercase el jabón. Tenía un taburete que le permitía llegar a lavarse las manos y cepillarse los dientes, pero María había debido de cambiar el jabón de sitio, de manera que no podía alcanzarlo. Su padre acudió en su ayuda canturreando la canción del *Rey León*. La puerta estaba entornada. Justo al abrirla, se encontró de frente con la bañera. Javier palideció y un escalofrío inundó su cuerpo recorriéndolo por entero.

Era domingo. Amaneció despejado y brillaba un sol radiante, tanto como Juan y María lucían esa mañana. Javier los llevaría a visitar a Lidia y, a tal efecto, le habían preparado una caja de chokolatinas y una carta adornada con corazones en la que le expresaban cuánto la querían. Se trataba de un día especial. El médico que asistía a Lidia le había concedido un permiso terapéutico por el cual podía salir del centro siempre que lo hiciera acompañada por algún familiar.

Mientras se dirigían hacia la Clínica Nuestra Señora De La Paz, Javier hizo saber a los pequeños que mamá les estaría esperando con los brazos abiertos. Los hermanos se miraron nerviosos, no terminaban de ver el momento en que, al fin, abrazarían a su madre.

Pasaron una mañana estupenda. Los cuatro hablaron y jugaron hasta la hora del almuerzo. Después de comer, Lidia sintió sueño y la acompañaron hasta su habitación.

—Bueno, lo hemos pasado genial, pero ya es hora de regresar a casa —advirtió Javier.

—¿Volveremos la semana que viene? —preguntó María.

—Pues claro que sí —respondió su padre—. Venga, despedíos de mamá.

Lidia ya dormía.

De regreso a casa, fueron mencionando momentos y recordando conversaciones por las que consideraban que Lidia estaba bastante recuperada. Nada más entrar por la puerta, el fijo sonó. Una brutal desazón se apoderó de Javier. Al responder, su sospecha se confirmó. Le llamaban desde Málaga, Alberto se encontraba en estado grave. Debía viajar hasta allí.

TITO ALBERTO NO VENDRÁ

Antonia, la joven viuda, se había ofrecido para hacerse cargo de los críos mientras Javier permaneciese fuera de la ciudad, gesto que él no dudó en aceptar y agradecer profundamente.

Los tres iban a esperarle a la estación cada sábado desde que ingresaron a tío Alberto, pero aquel día fue distinto: Juan y María habían acabado de asearse y estaban preparados para salir. La niña miró el reloj y se dirigió al salón para avisar a Antonia.

—¡Ya nos podemos ir! —gritó mientras se dirigía al salón.

—Un momento, cielo —respondió Antonia.

María se percató de que la mujer estaba hablando por teléfono y no pudo evitar la curiosidad de saber lo que decía, así que se quedó a escuchar detrás de la puerta. Parecía estar hablando con su padre. Le fue fácil deducirlo, ya que no dejaba de mentar a Alberto. Antonia bajó la voz y se asomó por la ventana para que los niños no pudiesen oírla, pero María se enteró de todo.

La mujer colgó el teléfono y dio media vuelta.

—¿Qué pasa, María? —Antonia se sorprendió al verla.

—Lo he oído. Estabas hablando con papá sobre tito Alberto —María se echó a llorar.

—Mi niña... —Antonia la abrazó e intentó consolarla.

Juan permanecía jugando en la habitación.

—Anda, sécate esas lágrimas, lávate la cara y baja con tu hermano un rato. No salgáis del recinto de la comunidad. ¡Ah, y no le digas nada

todavía!

Antonia se preguntaba si había obrado bien mandando a la niña con su hermano en esa situación, pero necesitaba hablar de nuevo con Javier y no quería que ella estuviese delante.

—Ahora bajo yo, cariño. No tardo nada —prosiguió, pero ya con el ánimo algo más calmado.

María llamó al crío, lo cogió de la mano y bajaron al jardín.

Los hermanos tomaron el sendero de adoquines que llevaba a la piscina. A Juan le encantaba jugar allí, corretear sobre el césped y ocultarse entre los setos para que María lo buscase.

—Cuenta, Tata, que voy a esconderme —le dijo a su hermana.

—Vale —María apoyó la cabeza sobre una de las palmeras—, empiezo a contar.

—Cierra los ojos y cuenta hasta mil.

—No, hasta mil es mucho. Hasta cien. ¡Corre, que empiezo!

Por suerte para María, su hermano se cansó pronto de jugar al escondite.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó el pequeño sin dejar de brincar.

—Ven, vamos a sentarnos un rato —sugirió la niña.

—No, yo no estoy cansado.

—Es solo un momento, ahora seguimos. Tengo algo muy importante que contarte.

María cogió la tumbona más cercana por uno de sus extremos y la arrastró hasta colocarla bajo el techado de brezo que se extendía junto a la piscina. Juan seguía todos sus movimientos con ojos muy abiertos por la curiosidad.

—Hoy no iremos a recoger a papá —María hizo un gesto para que el niño se sentase junto a ella.

—¿Por qué?

—Porque no va a venir.

—A lo mejor viene mañana con el tito.

La niña clavó los ojos en los de su hermano.

—No, ya no vendrá.

—¿Quién, Tata?

—Tito Alberto. ¿Quién va a ser?

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé, no vendrá.

—Papá dijo que vendría.

—Sí, pero ya no.

—Bueno, no pasa nada, ya vendrá. Y si no, iremos nosotros.

Se levantó de un respingo y comenzó a correr hacia el arriate que circundaba la tapia. María lo veía tan feliz que no sabía cómo decírselo, cómo explicarle que tío Alberto se había ido para siempre y que nunca más volverían a verle. El niño puso los brazos en cruz y comenzó a caminar sobre el bordillo de hormigón como si fuese un consumado equilibrista. Parecía que quisiera echar a volar. La niña se acercó al chaval y, tras acucillarse frente a él, posó las manos sobre sus hombros y dejó que un hilo de voz escapara entre sus dientes:

—Nunca más vendrá.

En el fondo, sabía que Juan no lograría entenderlo. De hecho, ella tampoco podía.

—De todos modos continuó María, papá volverá pronto. Cuando se despida del tito.

—Yo también quiero ir a despedirle.

—Tú no puedes, eso es solo para mayores.

—¿Adónde va tito Alberto?

—Pues... al cielo, va al cielo.

—¿Al cielo? ¿Con el abuelo?

—Sí, se va para estar con el abuelo.

—Ya sé, se ha convertido en espíritu y se va junto al dios. ¡Pero si todavía no es un viejo...!

—No hace falta ser un viejo para irse al cielo.

—Entonces... ¿Yo puedo ir al cielo?

—No, todavía no. Tú eres un niño.

—¡Ah! Los niños no vamos al cielo, ¿no? Solamente las personas mayores.

—¡Claro! Irás al cielo cuando seas un viejecito.

—¿Y no lo veré más hasta entonces?

—No, pero no importa, porque él sí puede vernos a nosotros y también oírnos.

—Sí, pero yo no a él. Yo quiero verle, Tata. Lo echaré mucho de menos. ¿Nos está escuchando ahora?

—Pues claro que sí.

—Te quiero, tito Alberto, ojalá pudiera verte.

El pequeño lanzó infinitos besos al cielo.

—Tito, te echaré de menos. Volveremos a jugar cuando sea un viejo y me convierta en espíritu como tú. Te quiero.

Los dos se abrazaron con fuerza. Al instante, rompieron a llorar.

—¿Pueden jugar los espíritus en el cielo, Tata?

—A mí me han dicho que sí.

—Ya me lo imaginaba.

—Te quiero.

—Yo también te quiero, Tata.

—Mira, ahí viene Antonia. No le digas nada, ¿vale? Ella no lo sabe.

—Vale.

—¿Sabes que mañana es...?

—Ya sé, domingo.

—Sí, ¿y sabes qué pasa?

—Que tampoco hay cole.

—Es verdad, pero también hay otra sorpresita.

—¿Cuál?

—Que Antonia nos llevará a ver a mamá. Dicen que está mucho mejor y que pronto estará de nuevo con nosotros.

—¡Bien, bien! ¡Vámonos ya para que el domingo llegue antes!

DE LLENO CON LA VERDAD

Javier sintió hambre cuando llegó al lugar en que había quedado con Venancio. Aún faltaban treinta minutos para su cita y la cafetería, al borde del colapso, desprendía un agradable olor a café y churros. Entró, se dirigió a la barra y pidió al camarero. Tomó asiento. Mientras esperaba el desayuno, pudo oír, proveniente de la radio, una sintonía inconfundible y, a continuación, una voz que le resultó familiar:

«Son las ocho y media de la mañana, esta es la hora de Andalucía».

Esa voz le hizo evocar una imagen de su infancia, un rostro con el que asociaba una melodía, un espacio en el tiempo y un rótulo que rezaba: TELESUR. Sin duda, aquel bigote negro debía de haberse vuelto blanco. «No en vano, el tiempo pasa», pensó. Sin embargo, le satisfizo comprobar que el tiempo también le había otorgado un lenguaje aún más terso, más templado.

Recordó también lo que una vez oyó decir al padre de su amigo Diego y que, al parecer, repetía cada vez que comenzaba el informativo de aquellos años: «María, ya ha empezado el Telesevilla. Me voy al bar, no me busques». Después, salía de la casa riendo a carcajadas.

Terminó el desayuno. Cuando se disponía a salir para fumar un cigarrillo, vio a Venancio sentado junto a una de las mesas del fondo. Sostenía una taza de café con una mano y un libro abierto con la otra.

—Buenos días, no te he visto llegar.

—Hola, Javi. Yo a ti sí. Estoy aquí desde que abrieron, la puntualidad es una gran virtud. Siéntate.

—Sí, desde luego.

—Y no solo eso. Además, la impuntualidad es una falta de respeto hacia la otra persona.

—Estoy de acuerdo. Habrás visto que todavía faltan cinco minutos, ¿no?

—Por eso lo digo. Perdona un segundo.

Con toda parsimonia, dio un sorbo de la taza y, todavía con ella en la mano, retomó su lectura. Cuando acabó el texto, devolvió el recipiente a su plato y exclamó:

—¡Seremos examinados en el amor al caer la tarde!

—¿Cómo dices?

—Mira. ¿Lo has leído?

—*Cristo en los arrabales*. No, no lo he leído.

—Esta es una mujer con dos cojones —afirmó refiriéndose a la fotografía que aparecía en la portada— y, créeme, hay muchas más de estas en el mundo.

—Sí, es verdad, lo que pasa es que no han tenido la suerte de ser famosas como ella.

—Te confundes. Los que no las hemos conocido somos quienes no han tenido suerte. Esas mujeres están en otro orden, en otra dimensión. Están por encima, lejos del comportamiento fatuo del resto de los mortales. Sus preferencias no son las mismas que las nuestras. La fama, el reconocimiento, el poder o el dinero carecen de valor para ellas. Por cierto, hoy he pasado por la puerta de San Pedro y había un mural. Decía que hay más fiesta en el cielo por un pecador que se arrepienta que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentimiento. ¡Qué verdad más grande! ¿Sabes quiénes son los más difíciles de convertir al Evangelio?

—No. Dímelo tú.

—Los curas y las monjas, esos no se convierten ni a tiros. Son el «ganao» más malo que hay encima de la Tierra, pero esta mujer —dijo señalando

el libro—... es una mujer de Dios. Bueno, vayamos al grano.

Algo llamó la atención de Venancio e hizo que el semblante le cambiara por entero. Calló y siseó a su amigo realizando muecas para captar su interés. Después de pasear su mirada por el local, prosiguió:

—Como te dije una vez, tengo algo que contarte.

—Sí, me acuerdo. Tenemos pendiente esa conversación.

—No sabía qué hacer, pero la muerte de tu hermano me ha llevado a decidirme. Lo voy a contar todo y he preferido hablar contigo antes de hacerlo con la Policía.

—Muy bien. Te escucho, hace tiempo que lo espero —dijo casi sin voz.

—A Alberto no le atacaron por ser homosexual —continuó—. Cierto que esas cosas suelen pasar, pero no es el caso. Eso es lo que quieren que se crea.

Javier sintió como si una cargazón de plomo cayera sobre sus hombros aplastándolo contra el suelo y arrebatándole la entereza que había mantenido hasta entonces.

—Verás. A ver por cómo te lo digo —retomó Venancio—... Para empezar, he de decirte que me siento culpable de lo que le ocurrió a tu hermano.

En ese momento, dejó de hablar para comprobar la reacción de Javier, que frunció el ceño y apretó los labios como quien trata de templar los nervios.

—Sigue, te escucho —dijo con voz temblorosa.

—Todo empezó una noche mientras dormía en el chiringuito Vista al Mar. Por las noches refresca, ¿sabes? Así que estuve haciéndolo a escondidas durante un tiempo.

Al instante, la expresión de su rostro cambió y el tono de su voz se tornó más grave.

—Pues bien —continuó—, yo estaba acostado detrás de la barra cuando oí que la puerta se abría, por lo que corrí hacia un arcón congelador que tienen en desuso y me escondí en él. No creas que lo encontré por casualidad —puntualizó—, tenía todo previsto por si acaso. Y me sirvió. ¡Vaya si me sirvió!

—Vale. No te pierdas, por favor. ¿Qué pasó entonces?

—Una vez dentro, comenzaron a hablar. Al principio, no escuchaba bien lo que decían, pero les pude entender perfectamente pasado un rato, Eran traficantes de droga. Por lo visto, se trataba de una entrega y, de momento, debían guardar allí la mercancía.

—¿Cómo supiste todo eso?

—Ya te he dicho que pude oír todo lo que decían.

Javier asintió con la cabeza y Venancio continuó:

—Más tarde, sentí unos golpes secos; a continuación, crujidos de madera, y, por último, como el sonido de una pala cavando en la arena. Entonces, comprendí que la estaban escondiendo bajo el suelo.

—¿Cuántos hombres crees que podían ser?

—Al menos, tres.

Javier se sintió incómodo al observar que el local se estaba quedando vacío y los camareros comenzaban a retirar las mesas, pues ya llevaban un buen rato sin consumir.

—¿Quieres otro café? —interrumpió Javier.

—Sí, claro —aceptó Venancio.

—Continúa, por favor —le dijo después de pedir a uno de los camareros.

Venancio movió la cabeza de un lado a otro y, acto seguido, se lamentó:

—No debí estar allí aquella noche.

Javier fijó su mirada en Venancio.

—¿Qué tiene que ver Alberto en todo esto? —inquirió—. ¿Tratas de decirme que ellos fueron los asesinos de mi hermano?

—Sí, y te voy a explicar por qué.

—Pues hazlo de una vez.

—Tranquilízate. Te lo voy a contar todo, pero antes debes saber qué pasó con la droga.

—Adelante.

—Cuando se fueron —prosiguió—, salí del arcón y me puse a buscar el escondrijo hasta encontrarlo. Saqué todo el alijo y lo oculté bajo los escombros en un lugar que solo yo conozco. Después de aquello, dejé de ir a dormir a ese lugar. Bueno, me llegué por curiosidad alguna que otra vez, pero sin acercarme demasiado. A la semana siguiente, expliqué a tu hermano todo lo ocurrido. Necesitaba hacerlo. No sé cómo lo relacionaron con la desaparición de la droga, debió de contárselo a alguien y, además, de su confianza. ¿A quién pudo ser?

Javier permanecía inmóvil. Lo que Venancio le acababa de exponer lo derrumbó aún más de lo que ya estaba. La historia, empero, no terminaba ahí. Venancio tomó un sorbo de café, cogió una servilleta, se limpió la comisura de los labios y, después de doblarla con sumo cuidado, continuó:

—La última noche que me asomé por allí fue cuando llegaron con tu hermano. Esa vez, eran cuatro. Dos de ellos lo tenían cogido por los brazos, cada uno a un lado, y me pareció que llevaba los ojos vendados.

—¿Pudiste reconocer a alguien entonces?

—Con la oscuridad y a la distancia que estaba, no me fue posible.

Javier tragó saliva y, haciendo de tripas corazón, se armó de valor. La forma en que el relato proseguiría no parecía fuese a ser en absoluto de su agrado.

—Todavía no sabía que se trataba de Alberto. Supuse que era un ajuste de cuentas o algo así. Cuando entraron en el chiringuito, me aproximé con cuidado. Entonces, descubrí lo que pasaba. No lo podía creer. Mientras le golpeaban —prosiguió—, le interrogaron sobre qué sabía acerca de la droga. Insistieron en que les dijera quién era la persona que la había encontrado y si sabía dónde la tenía, pero él no abrió la boca. De repente, me entró tanto miedo que las piernas se me aflojaron. Sentí que me iba a desmayar. Lo sé, ya te lo dije, soy un cobarde. Debí entrar y dar la cara, pero no lo hice... no pude por más que supiera que tenía que hacerlo.

—Eres un hijo de puta.

—También lo sé, y que voy a pagar por ello.

—Lo primero que tienes que hacer ahora es contárselo a la Policía.

—Lo haré.

Estaban tan enfrascados en la conversación que no advirtieron la cantidad de personas que entraron repentinamente en el local hasta que les fue difícil entenderse a causa del murmullo, que iba creciendo cada vez más. Como ya habían acabado el café, decidieron seguir hablando en otro lugar.

—¿A quién coño se lo diría? —continuó Venancio mientras se acercaban a la barra para pagar—. Seguro que ya saben de mí.

Venancio quedó pensativo. No encontraba las palabras adecuadas para terminar su relato.

—Te puedes imaginar lo que pudo ocurrir allí dentro. ¿Para qué te voy a contar más? Solo que, cuando sacaron a Alberto, él estaba... en fin, ya sabes, en malas condiciones. Le habían golpeado hasta dejarlo sin conocimiento. Le llevaron hasta la orilla y, después, se fueron corriendo y gritando: «¡Maricones, aquí hay dos maricones!». No entendí por qué dijeron eso, pues solamente estaba Alberto. Entonces, salí a buscar ayuda. Me encontré con el Navajas y me dejó su móvil para que llamase a la Policía.

Justo en la puerta del establecimiento, cuando se disponían a salir, se encontraron con Diego.

—¡No te lo vas a creer! —exclamó su viejo amigo.

—Me creo cualquier cosa a estas alturas, dime. —Diego intervino de nuevo antes de que Javier acabara de hablar.

—Ha aparecido Jesús.

—¿Qué?! ¡No me digas! ¿Cómo ha sido eso?

—Pues no lo sé. Lo único que te puedo decir es que está en comisaría.

—¿Cómo te has enterado? A mí no me han notificado nada.

—¡Hombre...! Tengo mis fuentes y, además, de lo más fiables —aclaró su sabueso amigo con cierto halo de misterio.

—Imagino que, en tal caso, todo se aclarará.

—Seguro que sí.

—Iré para comprobar qué hay de verdad en lo que me dices si no me llaman antes del mediodía.

—Lo sé de muy buena tinta, verás como lo hacen.

—¡Ojalá!

—Ya verás que sí —asintió posando una mano sobre el hombro de su amigo—. Ahora, tienes que reponerte y sacar fuerzas para seguir adelante. Por cierto, mañana salías para Madrid, ¿no?

—Sí, a primera hora, pero tendré que cancelarlo para después del entierro.

El tiempo pareció detenerse por un instante y, tras un breve silencio, prosiguió:

—No sé cómo contárselo a mis hijos. ¡Menudo trago!

—La verdad es que sí. Pues no lo hagas, ya se enterarán con el tiempo.

—Debo hacerlo, es mejor que lo sepan ahora.

Venancio permanecía callado y atento a la conversación.

—¿Te irás por mucho tiempo? —se interesó Diego.

—No, regresaré pronto. Todavía me quedan cosas por resolver aquí —respondió Javier.

—Ya, imagino. ¿Quieres que haga algo mientras estás fuera?

—No, gracias. No te preocupes, ya te llamaré cuando llegue.

—En serio, cuenta conmigo para lo que necesites. No tengas reparos.

—Lo sé —empatizaron como tantas otras veces.

—¿Y tu mujer? ¿Cómo evoluciona? —Diego se interesó de nuevo dando un giro a la conversación.

—Muy bien, dicen que ha mejorado mucho esta semana.

Diego estaba en lo cierto: tras presentarse voluntariamente en la comisaría, Jesús se encontraba declarando en ese preciso momento. Más tarde, sobre las doce treinta, avisarían a Javier.

El acta de la declaración rezaba:

«Cuerpo Nacional de Policía

Comisaría de Málaga

Plaza Manuel Azaña, 3

Código Postal: 29006

Localidad: Málaga

Provincia: Málaga

A las 9 horas del martes 26 de octubre de 2010, se presenta en esta comisaría D. Jesús Vásquez Olmedo, con DNI 25362682j, ante el agente número 43660, perteneciente a dicha comisaría.

El cual declara que la noche de autos se encontraba en compañía de Alberto Acosta Rodríguez, con el que estuvo desde las ocho de la mañana.

Que estuvieron desde las diez de la noche en el Rocamar y, después de tomarse unas copas, salieron en dirección al paseo marítimo siendo ya casi las tres de la madrugada.

Que se sentaron junto a la orilla y mientras estaban allí, aparecieron tres encapuchados gritando: '¡Maricones! ¡Aquí hay dos maricones!', y entonces aparecieron más.

Que comenzaron a insultarles y golpearles.

Declara que varios de los agresores hicieron un círculo alrededor de él con la intención de acorralarlo. Entre puñetazos y patadas, cayó repetidas veces al suelo. Mientras tanto, pudo ver cómo otros corrían tras Alberto para darle alcance. Al rato, uno de ellos volvió para advertir: 'Vámonos. Al otro lo hemos matado. Vamos antes de que nos vean'. No recuerda más, solo que perdió el conocimiento y, cuando volvió en sí, se encontraba solo en la arena, cerca de la orilla. No había nadie más. Tenía la cara ensangrentada y magulladuras por todo el cuerpo. No sabía dónde estaba Alberto ni qué hicieron los agresores.

Que, después de esto, se dirigió como pudo a casa de su hermana y allí ha estado escondido hasta hoy. Tenía miedo de salir a la calle y declara: 'Aún lo tengo'».

La declaración de Jesús parecía tener sentido, y resultó decisiva después de que el juez la cotejase con el testimonio de Juan Heredia, alias El

Navajas.

Juan había testificado que aquella noche pudo oír con claridad a varios individuos gritando por la playa: «¡Muerte a los maricones! ¡Maricones! ¡Aquí hay dos maricones!». Declaró que hubo un gran revuelo durante una hora y media hasta que alguien dijo: «Lo hemos matado». A partir de entonces, aseguró no haber oído nada más y, pasados quince minutos más o menos, se encontró con Venancio, a quien prestó el móvil para llamar a la Policía. «Estaba muy exaltado, creo que debió de ver algo», arguyó finalmente.

«¿Por qué Veni iba a mentirme? ¿Qué ganaría con ello?», se preguntaba Javier.

—Créeme —le había dicho—, es la verdad.

—Me dijiste que estabas dispuesto a ir a la Policía.

—Y lo estoy.

—¿Cuándo lo piensas hacer?

—Mañana mismo. Si quieres, quedamos para ir juntos.

No había más de cien metros desde el apartamento de Alberto, donde Javier estaba, hasta El Trovador. Sabía que allí encontraría a Venancio. Se duchó, vistió y dispuso a ir a ese lugar. La decisión estaba tomada: irían juntos a comisaría por la mañana para que Venancio declarase como testigo. No obstante, Javier sentía una acuciante necesidad de verle aquella misma noche. Cenó un kebab en el local contiguo y, después de apurar la cerveza, se dirigió al pub. La calle, oscura como la misma noche, se encontraba casi desierta. Al cruzar al otro lado de la acera, pudo ver cómo un hombre de avanzada edad hurgaba entre los contenedores de basura. Un joven cruzó la carretera sin apenas mirar y casi resultó atropellado por un coche que pasaba a toda velocidad. El conductor le insultó y el joven respondió de igual manera, pero con voz más recia.

En el pub, alguien cantaba en directo sobre un pequeño escenario. Difuminada por luces rojas y humo artificial, la silueta del artista se desdibujaba. Javier, llevado por la curiosidad, se aproximó. Cuando llegó a su altura, se quedó boquiabierto.

«Dicen que, si me afeito,

de mejor familia parezco.

¿Acaso no merezco
mejor ser que parecer?
Mas, ni me afano en lo uno
ni en lo otro,
que, en esencia, soy lo que soy
sin pretender serlo.
Y, siendo así,
ni añadido ni quito
nada con mi aspecto.
Pues si quisiera dar a entender
lo que no soy;
lo que fui,
dejo de serlo.
Y si, bien,
mi desaliño os confunde,
sepan que ni fui
ni quise parecerlo».

Lo que menos esperaba Javier era encontrar a Venancio actuando en aquel garito. Desconocía por completo esa faceta suya. Le sorprendió, incluso, la manera en que lo hacía: tan afinado y con tan buen gusto. Además del asombro, le sobrevino una extraña admiración. Pidió un Martini blanco, tomó asiento y se dispuso a escucharle con verdadero entusiasmo y cierta perplejidad.

Apenas Venancio terminó su recital, bajó lentamente del escenario y se dirigió a una mesa en la que unos conocidos le esperaban. Se sentó junto a ellos y comenzaron a charlar.

Justo en el momento en que Javier se levantó, Venancio alzó la cabeza y alcanzaron a saludarse con la mirada. Entonces, Venancio le hizo señas

para que se uniera a ellos.

—¡Hombre! ¡Por fin te has dignado venir! Este es mi amigo Javier, un caballero donde los haya —informó a los que estaban con él—. Siéntate con nosotros.

—No sabía que cantaras —intervino Javier—. Me he quedado de piedra cuando te he visto. Esta faceta tuya no la conocen por Málaga, ¿no?

—Imagino que no.

—Vaya. ¡Quién lo diría!

—Durante un tiempo estuve viviendo en Benalmádena y me movía por la costa cantando. Ya sabes, para ganarme la vida. Pero ya hace tiempo de eso, ahora únicamente vengo de vez en cuando y me veo con mis colegas. Ellos también cantan. Aquí nos ponen una guitarra y un micrófono y nos salen las alas.

—¡Qué bien, qué callado lo tenías! Habría venido antes de haberlo sabido, esto me pillaría a un paso desde el apartamento de Alberto.

—¿Callado? —intervino Juan, el poeta del grupo—. A Venancio le conocen en toda la Costa del Sol. Ha cantado en las mejores salas de música en vivo desde Torremolinos hasta Marbella. En un local de Estepona, su preferido, incluso tocaba el piano. ¿A que sí, Veni? —el aludido asintió.

—¡Anda ya! Pero sí, es verdad. Allí tocaba el piano. Como tenían uno, me ahorraba tener que llevar la guitarra —bromeó.

—¿Sabes que el Veni es un andaluz nacido en el norte? —tomó la palabra Francisco, el filósofo.

—Así es —afirmó Venancio—, soy andaluz por la gracia de Dios.

—¿Y eso? —se interesó Javier.

—Pues sí, soy andaluz. Un andaluz puede nacer donde quiera. ¿No lo sabías? Ahora, tengo mi corazón y mi mente en mi Asturias del alma.

Con los ojos cerrados, se puso en pie y alzó los brazos con las manos abiertas. Comenzó a entonar como si mil recuerdos le amordazaran, como si un aluvión de sentimientos lo asfixiaran, y quién sabe cuántas vivencias, arrancasen sus entrañas.

—¡Asturias! Si yo supiera, si yo pudiera cantarte...

La tertulia duró hasta las tres de la mañana. Uno a uno, fueron abandonando hasta quedar solos los dos.

—Tengo una curiosidad y quisiera que fueses sincero conmigo —dijo Javier.

—Dime.

—Es sobre ti.

—Dispara.

—¿Es verdad que eres catedrático de psiquiatría?

—Lo fui —respondió con cierto semblante despreocupado—, pero hace mucho de eso; pertenece a otros tiempos.

—Debiste de ser un gran profesor.

—Ya me libré de la estupidez de crearme maestro. Ahora vivo en el silencio.

—¿Y por qué vives de esta manera, como si fueses un pordiosero?

—Esa es mi vida, la que tengo. Crees que puedes elegir tu destino, pero no es así. Por mucho que nos empeñemos, no somos dueños de la vida ni de la muerte. Somos lo que somos. Ni elegimos ni decidimos. Somos meros actores con un guion ya escrito.

—Algo ha debido de hacerte mucho daño.

—Todos hemos sufrido alguna vez.

—Bueno, ya veo que siempre sales con evasivas.

—Javi, Javi —la voz de Venancio se dejó oír desde el cariño más sincero—... La vida tiene muchos derroteros. Cuídate. ¡Cuántas sorpresas te esperan!

—Ya, pero no veo que tú te cuides.

—Vivo así porque quiero. Nadie me obliga a hacerlo, y una cosa te digo: sé fiel a ti mismo y no te vendas por nada. Sé que eres un hombre íntegro y no soy nadie para dar consejos, pero me gustaría prevenirte. Muchos hombres buenos, hombres con grandes valores, han terminado vendiéndose al mejor postor y sabes por qué.

—¿Por qué?

—Porque no fueron consecuentes. Los ideales pueden ser muy nobles, pero hay que tener coraje para ir a contracorriente. Créeme, si no vivimos como pensamos, acabamos pensando como vivimos, y el mundo, con sus intereses, termina por engullirnos.

Muy al contrario de lo que Javier temió en un principio, la respiración de Venancio se fue haciendo cada vez más serena.

—Sé que te estarás preguntando —prosiguió— cómo aguanto esta forma de vida.

—Pues sí, la gente se burla de ti —replicó Javier.

—La gente. ¿Quién es la gente? —Venancio respondió canturreando—. ¿Dónde va la gente? Esa masa deforme e incoherente. Amigo mío, dales paja si quieren paja.

—No sé a qué te refieres.

—Si quieren mierda, mierda tendrán.

—Me parece muy bien, pero no a costa de tu dignidad. Es de sentido común. ¿No crees?

—Lo que creo es que, a veces, el sentido común es el menos común de los sentidos. Lo oí decir una vez. ¡Y que verdad es!

—Bueno, te veo bastante iluminado esta noche, pero ya es muy tarde. Te recojo mañana a las ocho. ¿Vale? —dijo con ánimo de retirarse.

—Todavía no me crees, ¿verdad? Pues... ¿Sabes una cosa? Van a por mí. Es más, sé que están aquí. Ya no tengo escapatoria —se lamentó en voz baja—, pero no van a ver la droga ni en pintura.

—No tienes por qué preocuparte, mañana acabaremos con todo esto —resolvió Javier entre el miedo y la incredulidad.

—Mañana... Mañana será otro día. ¡No tienes cojones de venir ahora conmigo!

—¿Adónde?

—Donde tengo la droga escondida. Vamos allí, te la enseño y nos volvemos. Mañana será cosa de la Policía.

El terror se apoderó de Javier, un terror que le hacía incapaz de aceptar la invitación. Para más inri, cuestionaba la existencia del supuesto motivo por el que habían matado a su hermano, aunque nada tenía que perder en realidad.

—No está muy lejos. ¡Vamos!

—Vamos —concedió.

Sin más tardanza, tomaron el camino hacia el lugar referido. Después de una larga caminata, llegaron a una tapia junto a unos almacenes derruidos.

Detrás de los hierbajos que sobresalían por entre los restos del derribo, era posible distinguir una puerta corredera de hierro oxidado que permanecía entreabierta. Venancio cruzó al otro lado e hizo una señal a Javier para que lo siguiera. Dentro del solar, la noche parecía más oscura; el frío, más penetrante. Lo atravesaron en silencio, solo se oía el crujido áspero y seco que sus pisadas producían sobre los escombros. Venancio se detuvo frente a unos matojos y extrajo cuatro bolsas de basura de entre los cascotes, las abrió y vació su contenido ante los ojos de Javier.

—¡Me cago en la puta, no me lo puedo creer! ¡¿Para qué mierda quieres esta porquería?!

—Perdóname, no imaginé que esto pudiera acabar así. Solo se lo conté y nada más. No sé qué pudo suceder después.

—¿Cuánto puede haber aquí? Supongo que mucho, para matar por ello.

—En cada bolsa hay un fardo de 25 kilos más o menos. Según me he podido informar, el gramo de cocaína ronda los cincuenta euros. Haz las cuentas. Este alijo no será de los más grandes, pero tampoco es moco de pavo.

—Dime —insistió—, ¿para qué quieres la droga?

—Para joderles.

—¿Joderles? ¿A quiénes?

—A quienes se llenan los bolsillos a costa de la salud de los más débiles sin ningún tipo de remordimientos.

—Pero ¿quién eres tú? ¿El justiciero? ¿No podías haber pasado del tema y hacerte el tonto? ¡Con lo bien que te sale cuando te lo propones! ¿O

denunciarles, que hubiese sido lo normal?

—Pide eso a alguien sensato. Como ves, yo no lo soy.

—Desde luego que lo veo.

—Javier, comprendo que no tenía derecho a hacer lo que hice, y únicamente lamento haber involucrado a tu hermano. ¿Quién lo iba a saber? Por lo demás, no me arrepiento de nada. Lo hice y volvería a hacerlo.

—Estás loco —enjuició Javier.

—Como un cencerro —reconoció Venancio.

En medio de aquellas ruinas, entre la pestilencia y la oscuridad, el silencio sobrevino de nuevo. Ambos recogieron lo desparramado entre los derribos y lo devolvieron a su escondrijo.

—Bueno, ya está todo visto. Nos podemos ir —apuntó Javier.

—Espera un segundo, quiero contarte algo antes de despedirnos.

—Dime.

Venancio se sentó sobre un bloque de hormigón que había en el suelo y Javier le imitó.

—No sé si tendremos más momentos para vernos después de mañana. Lo que sí sé es que esto no va a acabar bien —adujo Venancio—. No pretendo justificarme, solo quiero que, al menos, me entiendas un poco.

Javier le miraba expectante.

—Una noche, mientras andaba con mis libros en la biblioteca de casa —continuó Venancio—, recibí una llamada de los colegas de mi hijo. Estaban en un descampado no muy distinto a este.

Los ojos de Venancio se inundaron de sangre.

—Yo soy un hombre del sur, polvo, sol, fatiga y hambre, hambre de paz y horizontes, hambre —Venancio volvió a canturrear.

—¿Qué pasó entonces? —intervino Javier.

—Encontré a mi chico tirado en el suelo con una sobredosis. Acababa de cumplir diecisiete —siguió con su canto—: Dos veces, dos, has tenido

ocasión para jugarte la vida en una partida, y las dos te la jugaste.

Abandonó su tonada y continuó:

—Murió en mis brazos. No dijo nada. Cogí su mano y la apreté con fuerza. Entonces, sentí cómo se aferró a la mía. Me miró con el semblante desencajado. Podía ver en su mirada un profundo dolor, el peso de la culpabilidad por haberme fallado y la impotencia por no poder pedirme perdón. Se estaba muriendo. De repente, miles de imágenes cruzaron ante mis ojos. Vi cuando aún llevaba pañales, su sonrisa, sus primeras palabras, sus primeros logros. Vi toda su vida como en una película, sin poder aceptar que estaba llegando a su fin. Lo tomé entre mis brazos y le pedí perdón. De sobra sabía que, si alguien había fallado, era yo. Poco a poco, su mano fue aflojándose en la mía hasta caer al suelo.

—Lo siento.

—Mi mujer se quitó la vida tres meses después de que Veni muriera. No lo superó, y no se lo recrimino. Ahora sabes por qué me falta un tornillo.

Javier durmió poco esa noche. Cuando despertó, advirtió que se había quedado traspuesto en el salón y ya estaba amaneciendo. Después de asearse, se dirigió al lugar en el que habían quedado.

El reloj acababa de marcar las nueve de la mañana. Venancio se estaba retrasando. Le resultó bastante extraño, porque no solía hacerlo, pero no le dio mayor importancia. Entró en la cafetería, podría verle llegar a través de la cristalera.

Una hora y treinta minutos más tarde, Javier salió del local. Venancio no había aparecido aún, y ya comenzaba a dudar si finalmente lo haría.

«Este mamón se ha echado atrás», pensó.

La mañana transcurrió sin noticias de Venancio. Nadie sabía de él. De nuevo en la incertidumbre, Javier tiró la toalla como un púgil vencido. Sentado en un banco del paseo marítimo, miraba al horizonte. El mar estaba en calma, como un manto de cristal pulido con destellos blancos sobre fondo azul. A lo lejos, quebrando la línea que separaba los dos azules, un crucero anunciaba su llegada.

Un revuelo de chiquillos llamó su atención.

—¿Qué pasa, chico? —preguntó al más rezagado.

—¡Han encontrado muerto al Chaqueta!

—¿Cómo?

—Le han encontrado esta mañana en los jardines de Picasso.

En ese instante, quedó paralizado tratando de encajar aquella inesperada noticia. Tras unos segundos, comprendió por fin. Debió advertirlo en sus ojos aquella noche, pero no estaba dispuesto a creerlo entonces. Venancio lo sabía: le estaban siguiendo los pasos. «De haberlo creído, quizá podría haberse evitado», terminó aceptando.

Regresar cuanto antes a Madrid y retomar su vida, olvidar aquella pesadilla de una vez por todas, se le antojó lo más sensato. Antes, sin embargo, debía poner en conocimiento de la Policía toda la información que Venancio le proporcionó incluyendo el lugar que le había mostrado la noche anterior.

Al cabo de una hora, entraba por las puertas de la comisaría y, tras hablar con el inspector de Policía, los condujo hasta allí, pero no hallaron nada, ni rastro de la droga.

—Nos siguieron —advirtió Javier—. Le han matado.

No obstante, las investigaciones no apuntaban en esa dirección y el forense lo ratificó: muerte por fallo cardíaco a causa de una sobredosis de heroína. Su cuerpo no mostraba señal alguna de violencia.

«Nadie podía imaginar que Venancio estuviese enganchado a las drogas», decían algunos.

«No es de extrañar que anduviese metido en ese embolado», apuntaban otros.

«Le han asesinado», sabía Javier.

Muchas fueron las hipótesis populares y pocas las pesquisas oficiales.

«El señor Venancio jugó con la muerte. Caso cerrado», titularon los periódicos locales.

ROSAS DE SANGRE

Todavía no había oscurecido, aún era demasiado pronto para ello. Sin embargo, Javier notó el apartamento más plomizo que de costumbre, más ceniciento. Un soplo gélido recorrió su cuerpo hasta entumecer cada uno de sus nervios y, en un esfuerzo titánico por recobrar el control, volvió a la tarea. Minuciosamente, terminó de doblar la última camisa y la guardó

en la maleta.

Cuando se disponía a recoger los zapatos de la balda ubicada bajo el armario, encontró una caja de cartón. La abrió. Su contenido le hizo regresar en el tiempo veinticinco años atrás. Estaba repleta de CD y de películas antiguas que Alberto guardaba como oro en paño. Fue él quien le aficionó a esa clase de música tan minoritaria y a aquellas películas, algo lentas quizá, pero dotadas de una gran sensibilidad.

Únicamente quedaba la ropa de Alberto. Percha a percha, con el corazón en la garganta, fue descolgando los recuerdos. Sus gestos al hablar, su risa y su voz recobraron toda la intensidad de entonces en su memoria.

Por fin, anocheció y la oscuridad se instaló definitivamente en el piso. Encendió la luz y alguien llamó por el portero electrónico en ese instante.

—Hola, Javi.

Javier quedó desconcertado. No esperaba visita alguna, y menos aquella.

—Bueno, ¿me abres o no?

—Sí, claro. Sube.

Javier, llevado por la impaciencia, salió al rellano. Las puertas del ascensor se abrieron y allí estaba ella. Algo cambiada, parecía distinta, pero tan elegante como siempre.

Dos miradas nerviosas, dos besos fugaces.

—Vamos, pasa. ¿Cuándo has llegado?

—Hará una hora más o menos.

—¿En avión?

—Sí, claro.

—Me podías haber avisado para recogerte.

—¿Para qué te iba a molestar habiendo taxis? Además, quería darte una sorpresa.

—Pues lo has conseguido, no lo dudes. Ignoraba que habías salido del hospital.

—Ayer me dieron el alta.

—¡Vaya! Me alegro. Por cierto, te veo muy bien.

—Gracias, pero ¿solo te alegras?

Javier se levantó, cogió una botella de sidra y la descorchó.

—Es lo único que tengo en este momento, pero servirá.

—Por supuesto.

—Por tu recuperación.

—Por nuestra recuperación.

Javier no alcanzó a sospechar lo que las palabras de Lidia escondían.

—¿Has visto a los niños antes de salir?

—Sí. Están muy contentos.

—¡Qué bien! ¿Cómo es que has venido por aquí?

—Me hubiese gustado estar para el entierro de Alberto, pero me fue imposible.

—Lo sé, no te preocupes.

—He venido en cuanto he podido.

Rebuscó en el bolso, sacó la pitillera y encendió un cigarrillo.

—Ya veo que te has echado de nuevo al vicio —observó Javier.

—Sí, y parece que tú también —acercó el cigarrillo a la boca de Javier y, después de dejarlo entre sus labios, encendió otro para ella.

El paquete de tabaco sobre la encimera de la barra americana y el cenicero hasta los topes le habían delatado.

Lidia sirvió la sidra que quedaba en la botella. Entrelazaron sus brazos y la bebieron de un sorbo. Con un cuidado exquisito, cogió la copa de la mano de Javier, se incorporó y la puso en la mesa junto a la suya. A continuación, le pidió que se quedase quieto para sentarse a horcajadas sobre él y comenzar a deslizar las yemas de los dedos por la comisura de

sus labios. Él se estremeció.

—Te he echado de menos —Lidia le susurró al oído.

—Y yo a ti —suspiró Javier.

Entonces, deslizó las manos por debajo de la falda y acarició sus muslos. Ella se despojó de la blusa, echó ligeramente la cabeza hacia atrás y alzó los brazos. Javier le desabrochó el sujetador, la cogió de los glúteos y, presionándolos contra él, comenzó a besarla desde el cuello hasta los pechos. Lidia se aferró a la nuca de su amante. El enorme placer que le producía el roce de su lengua en los pezones la hizo gemir. Después, juntaron sus bocas y se desnudaron el uno al otro.

—¡Llévame a la cama! —suplicó excitada.

La noche transcurrió como un suspiro. Cuando quisieron darse cuenta, ya estaba amaneciendo.

—Ahora mismo me comería una vaca rellena de pajaritos —confesó Javier llevándose las manos al estómago.

—Yo me conformo con un café y un «pitufo» con aceite. No puedo ni mantenerme en pie —suspiró extenuada.

Se dirigieron al paseo marítimo y se sentaron en el primer chiringuito que encontraron abierto dispuestos a desayunar. Aún era temprano.

—¡Uf! ¡Todavía me tiemblan las piernas! —Lidia sonrió mientras tomaban asiento.

En ese momento, un camarero se aproximó y les tomó nota.

—Gracias, enseguida se lo sirven —el hombre se despidió.

Javier retomó la conversación:

—Recuerdo la primera vez que me dijiste eso —él la miró con agrado.

—No pensaba que pudiera llegar a sentirlo de nuevo. Ha sido como en nuestros mejores tiempos.

Poco después, una joven se aproximó para servirles lo que habían pedido y ellos callaron de inmediato.

—Que aprovechen —sonrió.

—Gracias —respondieron de igual modo.

Lidia continuó cuando la camarera se retiró:

—Sé que no es la primera vez que te lo voy a pedir y entenderé que no quieras arriesgarte —Lidia probó suerte—. He aprendido muchas cosas en los últimos meses. No valoré lo que tenía. Podíamos haber sido felices, pero me empecé en estropearlo todo. Ya sé, no es nada nuevo —asintió al advertir el ceño de Javier—. Me he dado cuenta de lo que he perdido al estar lejos de ti. Dame una última oportunidad. Esta vez, de verdad, no te vas a arrepentir.

De nuevo, chapoteando a solas en la inmensidad del océano, engullido por la oscuridad y al antojo del oleaje, él aceptó sin reparos.

Saldrían para Madrid a la mañana siguiente, así que decidieron hacer una visita a la familia aquella misma tarde.

—¿Qué te parece si subimos, nos damos una duchita y me llevas a comer a un sitio romántico? —propuso ella.

—Vamos a un mexicano, te va a encantar.

Llegaron al apartamento en un abrir y cerrar de ojos. Deseaban recuperar, cuanto antes, el tiempo perdido. Lidia entró al baño y comenzó a desnudarse. Javier encendió el termo y fue en su busca.

—¡Joder! ¡Qué buena estás!

—¡Anda que tú...! Ve desnudándote, que también tengo derecho a disfrutar.

—Vale, ahora cuando venga. Voy a salir un momento.

—¿Ahora? ¿Dónde vas?

—Enseguida vuelvo.

—No tardes. Te espero impaciente.

—Tómame tu tiempo, no tengas prisa.

—No. No tengo prisa ni quien me la meta.

—Te quiero, pícara.

—Y yo a ti.

La floristería más cercana estaba solo a quinientos metros. Pensó que tenía tiempo suficiente para comprar las rosas y una caja de bombones que llevaría a casa de sus padres.

Al cabo de veinte minutos, Lidia salía de la ducha. Javier le había insistido que se tomara su tiempo, y ella lo hizo. Se puso el albornoz, cogió las tijeras del tocador y se sentó sobre la cama. De repente, una voz interior la alertó. Dando un respingo, encaró el pasillo hacia el salón mientras intentaba recordar dónde había dejado el móvil. Quería saber de Javier. Cuando llegó al vestíbulo, la puerta se abrió de un golpe y se estampó contra la pared al tiempo que la cerradura saltaba en pedazos. El estruendo la sobrecogió hasta hacerla palidecer. Tras el portazo, tres intrusos irrumpieron en el apartamento y Lidia cayó desplomada contra el suelo. Desvanecida y sin fuerzas para gritar, quedó a merced de los asaltantes.

—¿Quién eres tú? —preguntó uno de los individuos mientras la levantaba del piso con la delicadeza de un troglodita.

Ella, sin saber cómo, encontró el coraje suficiente y le propinó una patada en la entrepierna. Echó a correr hacia la puerta de la calle, pero de nada sirvió. Los otros dos la agarraron y llevaron a rastras hasta el sillón.

—¡Joder, coño! Estás muy buena, pero yo te mato. Ahora, quédate quietecita y dime quién coño eres.

—¿Quiénes sois? —inquirió ella con voz temerosa.

—¡Joder con la tía!

Lidia, aterrorizada e indefensa, con un temblor que no lograba contener, rompió a llorar. Luego, clavó la mirada en el suelo. Transcurrieron unos segundos. Rogó que la dejaran en paz y cerró los ojos. Entonces, escuchó unos pasos y el resbalón de la cerradura rodó por el suelo; alguien entraba desde el pasillo. Quien parecía ser el mandamás, chasqueó los dedos y, de repente, sintió un tremendo dolor. Un crujido de huesos rotos la dejó sorda, aturdida. El puñetazo que uno de los individuos le propinó la encajó contra el sillón.

Entre la rabia y el dolor, pudo apreciar que hablaban en voz baja. De nuevo, volvió a oír los pasos alejándose y, una vez más, silencio.

—Así que eres la mujer del hermano de Alberto. ¡Vaya, vaya! ¡Qué sorpresa! Y, dime, ¿dónde está tu amorcito?

—Salió esta mañana para Madrid —respondió ella con un hilo de voz.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué debería creerte?

—Tú me has preguntado.

—¿Qué haces aquí?

—He venido para darle una sorpresa, y resulta que nos hemos cruzado.

—¿Cuándo vuelve?

—No lo sé.

—Muy bien, se la darás, y nosotros te ayudaremos a hacerlo. Tendrá su sorpresa cuando regrese.

Cuando Javier llegó al apartamento, encontró la puerta abierta y restos de madera esparcidos por el suelo. Un reguero de sangre se adentraba en el salón. En ese instante, un escalofrío lo recorrió de pies a cabeza.

—¿Lidia? —Javier corrió hacia el interior de la casa.

Sentía en el pecho como si unas terribles zarpas lo oprimieran o un incendio calcinara sus pulmones y abrasara su garganta.

—¡Lidia! —al verla, corrió hacia ella.

Estaba tendida en el suelo sobre uno de sus costados en medio de un charco de sangre. Javier palideció y las bolsas resbalaron de sus dedos. Aún sin creerlo, se acercó hasta caer de bruces a su lado y posó las rosas junto a ella. Un grueso hilo de sangre se extendió hasta alcanzarlas.

—¡Por favor, Lidia! ¡Otra vez no! —gritó desconsolado.

Arrodillado y deshecho en lágrimas, se dobló sobre sí mismo y apoyó la frente sobre el frío mármol. Después, tomó las manos de la mujer y las llevó hasta sus labios. Las besó una y otra vez mientras repetía su nombre, pero ella no respondió. Su cuerpo yacía sin vida. No sabía qué hacer. Desesperado, corrió para llamar a la Policía.

Después de colgar el teléfono, cayó desplomado sobre el sillón. No lograba entender por qué Lidia había obrado así. ¿Por qué devolverle la esperanza para, luego, arrebatársela de nuevo? Ella viajó hasta Málaga para encontrarse con él. Se le veía feliz y con ganas de vivir. Durante la noche, creyeron tener todo el tiempo del mundo en sus manos. No sabían qué pasaría después, pero sí que debían aprovechar el momento. Tuvieron tiempo para amar, para recordar, para compartir. Tuvieron tiempo para

perdonarse el uno al otro y para reconocer sus propios errores, tiempo de vivir y, también, tiempo para morir. Sin embargo, todo ocurrió en un instante tan intenso como efímero.

Asimilar la situación no le resultó nada fácil. Descubrir que Lidia había sido apuñalada, le pareció de lo más inverosímil.

Más tarde, el comisario le recomendó que desapareciese durante un tiempo. Al menos, mientras durase la investigación.

—Ve a Madrid con tus hijos —le dijo—, te avisaremos cuando todo se aclare.

Javier esbozó una mueca de incredulidad y se llevó las manos al pecho.

—Se aclarará, tenlo por seguro —insistió el comisario.

Las investigaciones concluyeron meses después. Unos conocidos narcotraficantes habían sido los autores de la brutal paliza que causó la muerte a Alberto, quienes asesinaron a Venancio suministrándole una sobredosis de heroína y quienes acabaron con la vida de Lidia asestándole múltiples puñaladas. Tras la sentencia del juez, Javier se trasladó a Málaga con sus hijos.

22 DE DICIEMBRE DE 2010

El agua llegaba a su rostro pulverizada tras impactar contra las rocas, y el frío penetraba a través del jersey. Definitivamente, era hora de regresar junto a sus hijos.

Se incorporó, sacudió la cazadora y la colocó sobre sus hombros. Tomó los pétalos de rosa que guardaba en la cartera y, después de besarlos, dejó que echaran a volar por encima de las rocas hasta caer al mar.

Reclinado sobre el quitamiedos, observó la travesía de los pétalos y, poco a poco, los fue perdiendo de vista en la oscuridad mientras pronunciaba su último adiós.

En ese momento, le tentó la idea de caminar descalzo sobre la arena mojada y comprobar cómo las olas, que mansamente alcanzaban la orilla para morir en ella, borrarían las huellas que iba dejando atrás.

—Adiós, mi amor. Siempre.

ÍNDICE

1. 22 de diciembre de 2010 2. Vuelve pronto, papá

3. Una cita con el pasado 4. Cuando el río suena... 5. Buscando respuestas
6. De sorpresa en sorpresa 7. Un día como tantos 8. A golpes de timón 9.
Los Acosta

10. Una nueva vecina11. El encontronazo del rellano12. Un viraje
repentino13. Una oferta inesperada14. Borrón y cuenta nueva15. De
vuelta a lo mismo16. Un email inoportuno17. Tito Chuqui 16. Ya no te
quiero19. Mamá está muy rara20. Tito Alberto no vendrá21. De lleno con
la verdad22. Rosas de sangre23. 22 de diciembre de 2010